

Selecta

Ebony Clark

No soy yo,
eres tu



Tal para cual 2

No soy yo, eres tú
Bilología Tal para cual 2

Ebony Clark
Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prólogo

Un año antes...

-Por favor, señora, deje de aporrear la puerta. Ya le he dicho que hay aire suficiente y que no le va a pasar nada.

Estuve a punto de mandarle a la mierda y añadirle que no cogiera ningún atajo y disfrutara del paseo. ¿Es que aquel imbécil se creía que estaba hablando con una histérica? Ya sabía que no iba a pasarme nada y que aquello de asfixiarse en el ascensor era una leyenda urbana, que venían con reserva de aire suficiente como para no agobiarme. Pero aquel no era el problema. El problema era que tenía una vista en media hora y no llegaría a tiempo a menos que aquel idiota hiciera algo rápido.

Pegué la boca a la ranura entreabierto de la puerta del ascensor.

-Mira, como te llames... Es la cuarta vez este año que alguien se queda encerrado en el ascensor. Para mí, la segunda, por si te interesa.

-A lo mejor es que no hacen buen uso.

Apenas acerté a entender lo que decía aquel héroe de pacotilla. No estaba segura, pero *haciendo buen uso* de mi racionalidad profesional, me hice la sueca a su comentario. Ya le diría yo en cuanto saliera lo que pensaba de sus opiniones y en el punto exacto de su anatomía donde podía guardárselas. Fingí ser una dulce damisela en apuros, cosa que solía funcionar la mayoría de las veces.

-Oye... Ya sé que no voy a morir, no estoy sufriendo ningún ataque de histeria ni nada parecido. La cuestión es que tengo que estar en el juzgado en media hora. Así que, si pudieras darte un poco de prisa, te lo agradecería muchísimo... Y cuando digo muchísimo, no estoy hablando en sentido figurado, ¿vale? No sé si los de tu gremio aceptan propinas o no, pero llevo en el bolso un billete de cincuenta euros que está deseando encontrar nuevo dueño.

Silencio al otro lado. Vaya, quizá la oferta no fuera de su agrado. Podía ser que me considerase una roñosa por el importe de la propina ofrecida. Bueno, cincuenta euros no estaban nada mal, ¿no?

Escuché un golpe seco en la puerta y me aparté enseguida. Al otro lado, pude ver un único ojo de un color azul intenso, asomando por la ranura. El bombero que atendía la emergencia desde el otro extremo de la puerta del ascensor debía ser el dueño de aquel ojo. Y seguramente de otras partes del cuerpo humano que yo no podía distinguir, porque estaba atrapada en el maldito ascensor y aquel pequeño detalle lo impedía.

-Enséñemelo.

¿Qué? Sacudí la cabeza, creyendo que había escuchado mal.

-¿Cómo dices? -pregunté con desconfianza.

-Que me lo enseñe -ordenó él con tono seco-. Su billete de cincuenta euros.

-¿En serio? ¿Puedes acelerar mi rescate con la ayuda de una *propinita*?

Claro, yo no podía ver que la cara del bombero ya había cambiado a varios colores, mientras continuaba con mi absurdo y repugnante intento de extorsión que, por otro lado, iba a jurar sobre la Biblia no haber cometido si se daba la ocasión.

-Pues claro, señora. Para eso estamos.

Hum, no sé por qué, pero algo en su voz me decía que intentaba tomarme el pelo. De todas formas, estaba desesperada. Lucas me esperaba al otro lado, impaciente. Nuestra clienta era un miembro muy influyente de la comunidad nórdica del sur de la isla. Lucas era un gran orador, pero yo tenía todos los documentos del caso en mi maletín, conmigo dentro del ascensor. Y nuestros jefes ya nos habían advertido: como no le sacáramos hasta el último euro al marido de Greta, un rico empresario madrileño dueño de varias salas de fiesta, ya podíamos buscarnos otro trabajo.

Sin pensarlo, extraje el billete de mi cartera y lo deslicé hacia arriba y hacia abajo por la ranura de la puerta, como si fuera la sexy y seductora pierna de una *stripper* en un bar de carretera.

-Vaya, pues era verdad. Parece auténtico.

Solté una palabrota al escucharle.

-¡Pues claro que es auténtico! Pero ¿qué te has creído? -le grité, furiosa.

-No sé... Mi padre siempre decía que no me fiara de los abogados, que son unas ratas mentirosas... Pero no, oiga, parece que usted es de fiar. Y no tiene pinta de rata... Bueno, al menos desde esta distancia no, ¿por qué no se acerca un poco más para que pueda verla mejor?

-Me encantaría acercarme más, señor No Estoy Haciendo Una Mierda Para Rescatar A Una Buena Ciudadana... ¡Pero estoy sudando como si esto fuera el horno donde el diablo cuece a sus pecadores! Y si me muevo, la cosa va a peor...

-A lo mejor es que lleva demasiada ropa. ¿Por qué no se quita esa bonita chaqueta de Bimba y Lola? Le queda muy elegante, eso sí... Pero ahí dentro debe de haber unos treinta y cinco grados.

-¿Me estás sugiriendo que me desnude? Ay, Dios, esto es la pera... -De pronto caí en su sorprendente dominio de la moda femenina y le pinché en un arrebato infantil-: A ver, ¿cómo sabes que mi chaqueta es de Bimba y Lola, eres un diseñador frustrado o qué?

-Qué va. Es que le regalé una igual a mi madre por su cumpleaños, solo eso.

Miré con disimulo mi chaqueta de punto gris con los puños y cuellos ribeteados en negro. Combinada con mis vaqueros y mocasines, me parecía una excelente elección para llevar al juzgado; *arreglada pero informal*, como diría la madre de mi mejor amiga. Sin embargo, ahora que el agente de emergencias mencionaba el regalo de su madre, me hizo sentir mayor y poco atractiva. Seguro que lo notó, porque al segundo siguiente quiso arreglarlo... sin éxito, claro.

-Oiga, no se enfade... Le queda bastante bien, en serio... Se parece un poco a esa abogada de una serie de hace un millón de años... ¿cómo se llamaba? Tiene que acordarse, más o menos es de su

época, ¿no?

«Ally McBeal, idiota, era Ally McBeal», grité mentalmente, furiosa porque el tío, no contento con meterse con mi ropa, ahora me llamaba carroza en la cara.

-Sí, lo que tú digas... -corté bruscamente.

-¿O era *Remington Steel*? -se preguntó él en voz alta, hablando consigo mismo al principio:- Ahora no lo tengo muy claro, pero usted debe tener más o menos la edad de mi madre, ¿a que sí? Seguro que se acuerda.

-No soy cinéfila -mentí.

- ¿No? Pues debería... ¿No ha visto *Ben-Hur*, la versión original?

Me golpeé la frente con una sonora palmada. ¿De verdad? ¿De verdad me había tocado el bombero humorista? Estaba a punto de darme un ataque, pero no de risa precisamente. Iba a gritarle a pleno pulmón que se dejara de hablarme de series y películas, que se estaba pasando y mucho al insinuar que yo tenía edad para haberlas visto en algún cine el día de su estreno. Me detuve al instante. Ya veía por dónde iba... Mi instinto me decía que solo pretendía, muy mal, todo fuera dicho de paso, entretenerme mientras me sacaban de allí. Debía ser el psicólogo del grupo. O el chistoso, no estaba segura.

-Pero ¿qué dices? Mira, ¿vas a sacarme de aquí o no? -apremié.

-Ya le dije antes que sí, señora.

-Sí, ya sé que lo dijiste... Pero también dijiste que tenías que esperar que tu compañero encontrase no sé qué llave maestra... Y yo no tengo tiempo que perder. Conque, ¿quieres o no quieres los cincuenta euros?

Otro silencio.

-No sé... ¿Es que le sobran o qué?

La pregunta me dejó perpleja. Seguro que él intentaba darme conversación, tal y como le habían enseñado en sus cursos sobre cómo enfrentarse a situaciones límite. Pero no era mi caso. Miré el reloj de pulsera y se me aceleró el corazón.

-Pero ¿qué coño importa si me sobran o no, no te estoy diciendo que te los quiero dar? -casi le grité, tratando de no perder el control.

-Es que quiero que quede bien claro que me los quiere regalar.

Apreté los dientes.

-¡Pues claro que te los quiero regalar! Toma, hombre, cógelo ya... Y te compras la edición Oro de coleccionista de *Ben-Hur* y unas palomitas a mi salud... ¡Pero sácame de aquí! -Lo dejé caer por la ranura y sentí como unos dedos recogían el billete al otro lado de la puerta.

Después, un sonido que recordaba al crujido del papel de cebolla junto a un teléfono. Una emisora de radio. «Oye, que la loca del ascensor quiere dar un donativo para Bomberos sin Fronteras, ¿qué hago, lo acepto?... Sí, como una cabra, tío... Más vale que te des prisa con la llave maestra. Estoy por largarme a desayunar y dejarla aquí hasta que vengan los de mantenimiento del ascensor...».

No pude contenerme por más tiempo. Aporreé el ascensor con los puños, con el maletín y hasta con un par de patadas al estilo Bruce Lee que había visto en alguna película.

-¡Oye, que me estoy enterando de todo! -chillé.

—... Vale, lo intentaré... No te prometo nada... Está como una regadera, en serio... Es que la oyes hablar y parece la abogada corrupta de una película de la Mafia, tío... Bueno, una mezcla de eso y un palo de fregona desmelenado... Date prisa, tío, da un poco de miedo...

-¿Cómo te atreves? ¡En cuanto salga de aquí, te voy a denunciar! ¡A ti y a todos los del cuerpo de bomberos! ¿Tú para quién trabajas, para el Ayuntamiento, para el Cabildo...? Es que me van a oír... -Me lancé a las amenazas como una estúpida, viendo que era imposible que llegase a tiempo a mi juicio-. ¡Y devuélveme los cincuenta euros!

Seguí golpeando la puerta y perdí la noción del tiempo. De pronto, las dos hojas metálicas se abrieron por completo y me lancé a los brazos del primer ser humano que encontré. Resultó ser Lucas, quien no parecía tan contento de verme como yo a él. Me apartó con brusquedad y cara de fastidio.

-Vamos a llegar tarde. Greta pedirá mis huevos como primer plato y tu culo de postre, que te quede claro.

Miré a Lucas con sorpresa. Ni siquiera parecía un poquito preocupado por que yo hubiera pasado una hora completa de reloj atrapada en el ascensor. En fin, no se lo tomaría en cuenta, ya que los dos estábamos nerviosos por el caso que nos traíamos entre manos.

-Estoy bien, gracias -dije, intentando no parecer ofendida.

Él me devolvió una mirada más amable. El suelo tembló, como siempre, bajo mis pies.

-Por cierto, ese bombero de ahí me dijo que se te había caído esto. -Lucas señaló al hombre de casi dos metros y vestido de azul oscuro que abandonaba el edificio en ese momento, cargado con su mochila de material de emergencias.

Miré el billete de cincuenta euros y estuve a punto de perseguir al bombero para decirle cuatro cosas. Pero se me hacía tarde, así que lo dejé estar y le deseé al bombero mentalmente, suerte con su carrera en *El club de la comedia*.

Y así empezó todo...

Ahora que mi amiga Mimi ha logrado que su aplicación para ligar se convierta en un auténtico éxito, me he propuesto averiguar cómo es posible que haya triunfado cuando yo le auguraba un estrepitoso fracaso. Si tengo que tragarme mis palabras, necesito saber al menos en qué fallaron mis pronósticos. Porque, seamos sinceros. Soy abogada, especialista en divorcios. Algo tenía que saber yo de la condición humana y de sus muchas miserias.

Pero no. Mimi lo ha hecho. No hay memo soltero o incauta aburrída que no quiera crearse un perfil y probar suerte en eso del amor. Ahora, la chica que se arruinó al pretender que, en una isla con un clima genial, prosperase un negocio de adopción de pingüinos, es la chica que puso en marcha el negocio *juntaparejas* más boyante desde *Hombres, mujeres y viceversa*. La cuenta

bancaria de Mimi ha dejado de lucir aquel deprimente tono rojo chillón, que ha sido sustituido, para alivio de mi amiga, por un bonito azul cielo. Ahora, Mimi recibe avisos de su banco para ofrecerle préstamos y ventajas. Como si fuera una brillante mujer de negocios y los del banco se dieran de bofetadas para tenerla contenta y que no se lleve sus ganancias a la competencia.

Dicho lo cual, me reitero. Tengo que saber por qué Mimi ha triunfado, algo que me alegra sinceramente, y por qué llevo toda mi carrera rompiendo parejas cuando, como la canción de los Beatles, *todo lo que la gente necesita, es amor*. Así que he elaborado una lista de posibles factores o motivos que hacen que un ser humano, y en concreto una mujer, se lance a la loca aventura de emparejarse: - Porque es muy mono (vamos, que está como un tren).

- Porque contribuye a alguna causa humanitaria.
- Porque no le importa ir al súper.
- Porque quiere portarse como el perfecto caballero y ayudar a una dama en apuros, incluso cuando ella no necesita que la ayuden.
- Porque le gustan los animales.
- Porque es sensible y llora con las películas románticas.
- Porque es un fuera de serie en la cama.
- Porque nunca olvida tirar la basura.
- Porque siempre se acuerda de las fechas clave.
- Porque tiene tiempo para sus amigos y es capaz de escuchar sin juzgar.
- Porque sabe perdonar.
- Porque aguanta a tu familia.

Capítulo 1

PORQUE ES MUY MONO

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*.

No nos engañemos. Eso que dicen en las pelis románticas sobre la primera cosa que nos atrae del otro... es mentira. Una mentira como una catedral. Queda bien, eso es verdad, cuando dicen los protagonistas: «fueron sus ojos, los hoyuelos que se le forman en las mejillas cuando sonrío, el modo en que se ahueca el pelo tras las orejas...». Mentira, mentira podrida. Seamos sinceras. Nos fijamos en el culo, como ellos. En si está en forma o un poco fofo. En su corte de pelo y en si lo tiene casposo o grasiento. En si le huele el aliento. En las manos sí, eso es cierto. Pero no de una forma onírica y romántica. Es porque a ninguna le gusta ver unas manos callosas y de uñas roñosas acariciando sus pezones. También nos fijamos en la ropa, en si está limpia y no es de saldo, en como la combina. Si lleva pantalón estrecho al tobillo y calcetines blancos al aire, yo lo descarto definitivamente. Por supuesto, si se agacha delante de mí y le asoma la hucha, es que me largo sin despedirme. En eso nos fijamos. Y no conozco a ninguna mujer que me haya rebatido eso en años. Somos así. Pero sería interesante si alguna puede aportar algo más... ¿En qué te fijas tú? Ya sabes cómo funciona esto: deja tu comentario. Si es respetuoso o no, me importa una mierda. Este es mi espacio y mando yo. Si no me gusta, lo borro y a otra cosa mariposa. Hasta la semana que viene, si quieres.

Fdo.: *NomeCreonada*... cabreada y madrugadora forzosa.

Cerré de golpe el portátil tamaño pigmeo que tenía en los muslos desde hacía un par de minutos, desde que me había desvelado por enésima vez aquel mes. Y como en las ocasiones anteriores, parecía que el desvele me inspiraba una cita instantánea que me apresuraba a colgar en la web de Mimi. No fallaba... La música me llegaba desde el exterior y sabía que no eran imaginaciones... por enésima vez aquel mes. Vaya, ya estaba otra vez el idiota de las mancuernas. Así no había manera. Miré el despertador y chasquéé la lengua al comprobar que eran las siete y media. Resulta que por culpa de aquel energúmeno obsesionado con sus músculos, estaba yo madrugando más que cuando tenía los exámenes finales en la facultad. Si es que no se podía ser más majadero... Salté de la cama como una valquiria a punto de merendarse a una horda guerrera enemiga y me dirigí a la terraza con paso firme.

Eché una ojeada, con disimulo. A ver, que el aire era de todos y nada me impedía salir a mi terraza para respirarlo un poco si me apetecía. Me cerré hasta el cuello la rebeca multiusos —la llamaba cariñosamente *la piojera*, muy adecuada para ir al súper o bajar la basura— que me había echado sobre los hombros. Que no era plan salir al balcón en bragas y camiseta y que aquel idiota creyera que le enviaba señales erróneas.

Me hice la loca cuando aquel cuerpo de dios griego, sobre el que descansaba una cabeza cubierta por un espeso cabello negro, detuvo su ritual de movimientos al percatarse de mi nefasta sesión de espionaje. Joder... Contra mi voluntad, pensé: «es el puto Aquaman pero sin melena». Si es que tenía de todo y todo en su sitio. Aproveché para darle un repaso muy rapidito a los ojos de un azul intenso que ahora se clavaban en mí con una mezcla de curiosidad y burla. Me fijé en las

marcadas líneas de su mentón y en lo alto que era... El muy patoso casi daba con la coronilla contra la bombilla del tejado de la terraza cada vez que practicaba una serie de *me tiro en plancha y me levanto de un salto*... que seguro que el ejercicio tenía un nombre técnico, pero el deporte no era mi fuerte.

Tiré de las mangas deshilachadas de mi rebeca, estirando cada lado con la mano contraria, y crucé los brazos sobre el pecho. Aquel hombre parecía tener rayos láser en las pupilas y, opción A, me estaba escaneando de arriba abajo como si fuera Terminator a punto de elegir algún arma destructora con la que hacerme picadillo. Opción B, intentaba adivinar si debajo de aquella ropa antilibido que yo llevaba, había un conjunto sexy de catálogo de lencería que me convertía en la mujer de sus fantasías y me perdonaba la vida.

Como no decía nada, levanté la mano en el aire, cuidando mucho que no se abriera mi rebeca y destruyera sus ilusiones con la visión de mi camiseta de los Minions agujereada. No fue un saludo. Era más bien una forma de decirle «Oye, que te he pillado mirando y empieza a resultar un poco violento».

Claro que él podía decirme lo mismo. Porque tampoco es que yo le hiciera ascos a la espléndida visión de su anatomía. Pero yo tenía una excusa y él no. A mí me había despertado una música estridente que resultó ser el tema principal de la película de *Rocky, Eye of the Tiger*. Vamos, que del susto, había pegado un salto en la cama como si tuviera al mismísimo Rocky subiendo y bajando las escaleras de mi edificio y aporreándome la puerta para anunciarme que iba a partirse la cara en un combate.

Y no era la primera vez. El vecino macizo me tenía hasta los ovarios. Así que en cuanto pudiera recuperar el habla perdida por el impacto de aquellos abdominales, pensaba decirle cuatro cosas.

-¡Buenos días! -me gritó el muy descarado desde su terraza.

Por supuesto, no contesté a su saludo afable. Me limité a gruñir, sin perderme detalle de cómo se moldeaba su espalda mientras él se inclinaba para dejar una pesa en el suelo.

-Hola, vecina -insistió él, ignorando mi expresión malhumorada-. Espero no haberte despertado.

¿En serio? Me pareció que se estaba pitorreando de mí. Cualquiera que viera mi aspecto, mi pelo enmarañado y las legañas aún pegadas en mis párpados, sabía perfectamente que acababa de tirarme de la cama.

-Me gusta madrugar -continuó él, sonriente. Se estiró para recoger la toalla que había dejado en el suelo y secarse el sudor del pecho.

¿Ya había dicho que el torso de aquel hombre era lo más parecido a una plancha de adoquines del Leroy Merlin? Traté de no pensar en ello y le dediqué otro de mis gruñidos encantadores.

-Oye, perdona si te he molestado. Pero cuando no tengo guardia, me gusta entrenar temprano. Así aprovecho mejor el día.

¿Cuando no tengo guardia? ¿Y qué era, médico, policía...? Me picaba la curiosidad, pero antes muerta que parecer interesada.

-Pues qué suerte -dije con evidente sarcasmo.

-Para compensarte, te dejo elegir la música, si quieres.

«Qué generoso», pensé. Compartir su discografía pasada de moda con su vecina desconocida y con pinta de no comerse un rosco. Estuve a punto de decirle dónde podía meterse su oferta, pero me contuve.

-Tienes cara de haber pasado mala noche. ¿Te apetece un chocolate con churros? Hay una cafetería a la vuelta de la esquina. Yo termino en diez minutos. Si quieres, nos vemos abajo y te invito. Por las molestias.

Aquel tío estaba alucinando. Me despertaba un domingo a las siete y media y encima pretendía que me fuera a tomar churros con él como si nada. Ahora sí que valoré seriamente mandarlo a la mierda, sin rodeos.

-Mira... como te llames -empecé a hablar, segura de que mi voz sonaba como la de la niña de *El exorcista* cuando pasaba su peor racha de posesión demoníaca. Mejor, así le quedaba bien claro lo que opinaba de sus churros y de sus abdominales-. ¿Tú sabes qué día es hoy? Lo digo porque me has levantado con ese himno para nostálgicos y casi me da un infarto. Y así, desde hace un mes. Que no quiero parecer la vecina revientafiestas, ¿sabes? Pero ¿qué tal si, en adelante, te marcas tus tropecientos flexiones a la hora en la que el resto de los mortales no esté durmiendo? O por lo menos, cuando lo hagas, te montas tu película en cine mudo y así no fastidias al vecindario.

La expresión cordial del hombre desapareció y fue sustituida por otra de desconcierto y puede que enfado. Se colocó la camiseta con rapidez y fue recogiendo lentamente sus cachivaches de musculitos.

-No te ofendas, ¿vale? Es que se me iban a atragantar los churros -añadí con una sonrisa triunfal. Por lo visto, le había chafado a conciencia su plan dominical.

-No me ofendo. Y para tu información, ya he terminado. Pero como estoy en mi casa, mañana toca a la misma hora, princesa. Conque, si no te conviene, te compras unos tapones y listo.

Abrí la boca para lanzarle unas cuantas amenazas al más puro estilo del lejano Oeste. Pero se ve que él llevaba más tiempo despierto y su capacidad de reacción estaba muy por encima de la mía.

-Tranquila, que ya me voy. Ya puedes disfrutar de tu magnífico día con las cosas que las tías amargadas como tú suelen hacer -dijo, ufano-. Nos vemos mañana, vecina.

Y al despedirse, todavía tuvo el cinismo de lanzarme un beso volado. Deseé tener el poder de teletransportarme hasta su terraza para hacérselo tragar.

Menos mal que el toque de unos dedos en mi hombro me sacó de la espiral de pensamientos violentos en la que había entrado. Me volví hacia Mimi, apretando los dientes.

-¿Otra vez te ha despertado el vecino? -me preguntó, somnolienta.

Asentí, poniendo mi mejor cara de arpía calculadora.

-Otra vez -repetí con tono frío-. Este no sabe con quién ha topado. Mañana mismo me entero de quién es el presidente de la comunidad de vecinos de ese edificio. Les voy a meter un puro que se van a enterar.

-Joder, Dani. No te lo tomes como algo personal. Si es que tienes el oído fino, reconócelo. Yo ni

me entero. Acabo de levantarme porque olvidé poner en silencio el móvil y no paran de entrarme notificaciones de WhatsApp.

-No tengo el oído fino. Lo que tengo es el sueño ligero y problemas para conciliar el sueño. No pienso permitir que este idiota me toque diana un domingo y se vaya de rositas. Ni hablar. - Mantuve los ojos clavados en la terraza de enfrente-. Esto es la guerra, Mimi. Si quiere pelea, se la voy a dar. Pues buena soy yo...

-Dani... Que te conozco -me advirtió Mimi-. Que el pobre hombre no hace más que entrenar. Cualquiera que te oyera, diría que está montándose una orgía en pleno balcón.

-No me regañes. Y no te pongas de su parte. Lo hace para fastidiar, eso está claro. ¿Pues no ha querido el tío invitarme a desayunar?

-Coño, Dani, pues haber aceptado. -Mimi me dio un codazo en las costillas, divertida-. A lo mejor, hasta te cae bien. Y a lo mejor, se te quita esa cara de chupar pepinillos en vinagre que llevas puesta desde...

-A ver qué vas a decir... Que te veo venir. -La miré con cara de reproche.

-Dani... Yo solo digo que lo de tu excedencia te está pasando factura, solo eso. Y aunque no lo reconocerás nunca, te molesta que Lucas no te haya llamado ni una sola vez para interesarse por ti.

-No metas a Lucas en esto -la paré en seco. Intuía por dónde iba y no me gustaba.

-No le he metido yo, Dani. Lo haces tú misma. Porque lo has idolatrado durante años y ahora te sientes dolida porque él, y esa es la verdad, tiene su propia vida. Y tú, amiga mía, no formas parte de ella ahora que ya no compartís trabajo ni despacho.

-Somos amigos, eso no ha cambiado -repliqué sin demasiado convencimiento.

En el fondo, Mimi tenía razón. Por más que me lavaba los dientes, no podía quitarme de la boca aquel extraño sabor a decepción. Y en parte, se lo debía a Lucas. Mi compañero de trabajo, mi complemento perfecto en los juzgados. Recordé cómo hacíamos de poli bueno y poli malo —yo hacía siempre de malo, por supuesto— cuando algún cliente nos contaba la película de su vida, que resultaba ser una gran patraña. Recordé cómo nos mirábamos el uno al otro y, sin decir una palabra, le adivinábamos las intenciones al cliente y nos poníamos de acuerdo con la estrategia que debíamos seguir en el caso.

Recordé todas las veces que nos quedábamos hasta tarde en la oficina y pedíamos comida china en el restaurante que había en nuestra misma calle. Lo atento que era cuando me guardaba la última empanadilla rellena... Lo bien que le sentaban sus pantalones de pinza y su camisa de Emidio Tucci a juego. Lucas sí que era la fantasía de cualquier mujer. Trabajador, detallista, leal...

¿He dicho que estaba casado? Lo estaba. Con Irene. Rubia, alta, delgada, elegante, siempre con el cabello en su sitio. Perfecta. Y muy lista. Había sido la primera de su promoción, como Lucas (también tenían eso en común). Era pediatra, de las mejores. Las mamás se la rifaban en la consulta de la clínica privada donde trabajaba. Irene les hacía a los niños sus trucos de magia con sus Pin y Pon y ellos ni rechistaban cuando les tocaba revisión o vacuna. Los niños la adoraban. Además, en su tiempo libre, Irene era voluntaria de todas las causas benéficas. Campeona regional

de golf en la categoría femenina, experta cocinera, amante hija de sus padres... Una *crack* en todo ¿Se notaba demasiado que no me caía bien? Y no es porque le hubiera echado el lazo a Lucas antes que yo. En realidad, Irene daba un poco de miedo. Era como una especie de replicante de *Blade Runner*. Un ser superior de otra galaxia que se hacía pasar por humana para pasar desapercibida y que, tal vez, aguardaba el momento para descubrir su verdadera identidad y acabar con nuestra raza a golpe de su palo de golf.

En cualquier caso, no era asunto mío. De hecho, nunca había pensado tanto en ella como desde que me había cogido la excedencia. Cuando Lucas y yo trabajábamos codo con codo, Irene me era indiferente, o eso creía yo. Tenía la sensación de que le ganaba terreno porque Lucas pasaba más tiempo conmigo que con ella. Me conformaba con eso, así de mezquina era yo. Pero ahora, me daba cuenta de que estaba equivocada. Para Lucas me había vuelto invisible al parecer, en todos los aspectos. Ni un *¿cómo estás?*, ni un *¿necesitas hablar?*, ni un *vuelve, te echo de menos*. Sí, para qué mentir. Estaba decepcionada y mucho. Y puede que Mimi tuviera razón y Lucas fuera la causa. E Irene por extensión, aunque no fuera demasiado justo con ella. Porque Irene no tenía la culpa de ser tan perfecta. Pero ella lo tenía y yo no. Yo solo tenía a Mimi. Y al idiota del piso de enfrente que me despertaba un domingo a las siete de la mañana. Y ese ni siquiera era nada mío.

-Anda, vamos a prepararnos un desayuno de esos que tienen de todo, como en las pelis americanas. -Mimi me echó el brazo por los hombros para obligarme a entrar. Me conocía. Sabía que cuando se me metía algo entre ceja y ceja, no lo dejaba estar.

-¿Tortitas, huevos con jamón, judías y todo eso? -La miré, preguntándome de dónde íbamos a sacar toda aquella materia prima que no formaba parte de nuestra dieta habitual y que no encontraríamos en la nevera. A lo mejor, Marín se había dejado caer con una cajita de croquetas recién salidas de la freidora...

-Pero ¿qué dices? -Rio Mimi, sacudiendo la cabeza-. Empecemos con zumo de naranja y unos sobaos con café con leche y luego ya veremos. Nuestra versión *Spanish* del desayuno.

Asentí. Me parecía buena idea, ya que la exhibición atlética del vecino me había desvelado... por enésima vez.

Capítulo 2

PORQUE CONTRIBUYE A ALGUNA CAUSA HUMANITARIA

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

El otro día iba paseando por la playa. Sola. Con mis zapatillas colgadas al hombro y mi capuchino del Starbucks a medio beber. Me senté en la orilla un rato, en la arena húmeda que queda cuando baja la marea. Me daba pereza recorrer los tres kilómetros de vuelta. Total, ni que me entrenase para los Juegos Olímpicos. Así que ahí estaba yo, disfrutando de mi soledad. Más contenta y en paz que la Elsa de Frozen cuando se suelta la melena y congela Arendelle. Y no habían pasado ni cinco minutos cuando empiezo a percibir cierto alboroto alrededor. Unos chicos han montado campamento de botellón a dos metros de mí, se terminan sus hamburguesas y lanzan los envoltorios sobre la arena, fuman tabaco y marihuana y tiran las colillas donde les parece, y ponen reggaetón al máximo de volumen que permiten sus móviles. Pienso que me hago vieja, porque tengo ganas de zurrarles para que aprendan modales y civismo. Me contengo. Un conocido vagabundo de la zona a quien los del barrio apodamos el Ruso, se acerca a pedirles las sobras de su comida. Ellos se ríen en su cara, se burlan de su cazadora vaquera nevada de los ochenta, cortesía de la parroquia del Carmen. Lo espantan de allí como si el pobre tuviera la lepra. Estoy a punto de levantarme y hacer que se traguen las risas, pero algo llama la atención de los chicos, también la mía; la del vagabundo no, se ve que el pobre tiene bastante con procurarse algo que echar al estómago; sale corriendo. Unas luces emiten destellos mar adentro. Me fijo bien. Es la lancha de la Guardia Civil y otra de Salvamento Marítimo. Qué raro, en zona de bañistas... Sospecho que una patera ha desviado su ruta y, sin querer, ha llegado a este lado de la isla. Los chicos se apresuran a sacar sus móviles de última generación y se meten en el agua hasta la cintura para grabar de cerca lo que pasa. Los escucho hablar. Ni cinco minutos tardan en ponerse al día, deben tener algún enchufe en el 112 o línea directa con radiosucesos. Está confirmado, es una patera, otra de las muchas que llegan a las islas, cargadas de almas en busca de una oportunidad. Por fin, uno de ellos se me acerca y me dice que si le saco una foto con los de Salvamento mientras intentan rescatar los cuerpos, vivos o muertos, de los tripulantes. Lo miro con una mezcla de asco, vergüenza ajena, rabia y tristeza. Qué cabrones... Por cosas como esta, desconfío de los seres humanos. Y por cosas como esta, también mantengo la esperanza, supongo. Porque a unos capullos que juegan a ser mayores fumando porros en la playa les divierte presenciar un rescate y hacerse fotos para colgarlas en las redes. Pero en el mar, algunas buenas personas intentan poner a salvo a unos infelices. No pienso quedarme a verlo, no tengo tripas para eso. Sé que a lo mejor este no es el lugar ni el momento. Y diréis que a qué viene esta historia lacrimógena... Pues no viene a nada. Vosotros seguid con vuestro empeño en buscar a la media naranja. Entre tanta mierda, seguro que queda gente buena. Seguro que hasta alguno de vosotros ha descubierto alguna vacuna o es miembro de alguna ONG o colabora en alguna causa o cuidando viejecitos los fines de semana. Ya está, dicho. Ya sabéis, dejad un comentario. O no. Haced lo que queráis, la verdad. Es que esta semana me parece que lo vuestro es pura frivolidad. ¿Buscar pareja? ¿Y para qué? ¿Para sentirnos seguros y queridos y pensar en la suerte que tenemos de no ser el mendigo o el de la patera? Ya, ya sé que esto es así. Y que cada cual se busca la vida como puede, incluso concertando citas con desconocidos para encontrarle sentido a su existencia... Pero es una mierda. Bueno, espero que tengáis tiempo de leerlo antes de que mi amiga, el alma máter de este cotarro, descubra que he colado este alegato derrotista en su web.

Fdo.: *NomeCreonada*... Apática y escéptica.

Los chicos del turno me observaban expectantes. El cabo Ortega acababa de soltar la bomba y sabía que, de todos, yo era el miembro del grupo que podía suponer un obstáculo a lo que proponía. Sabía que esperaban que montara en cólera, así que decidí no decepcionarlos.

-A ver si lo entiendo... -Me rasqué la coronilla mientras mordisqueaba una rosquilla casera, obsequio del cabo, expresamente horneada para sobornar las voluntades más férreas como la

suya-. Lo que pretendes es que nos desnudemos delante de una jauría de tías cachondas.

-Y que nos saquemos unas fotos -apuntó el Culebra, un bombero de Málaga a quien apodaban así, no porque fuera amante del mundo reptil, sino por las generosas dimensiones de su pene, descubiertas en las duchas durante el período de formación.

-Hombre, dicho así... Coño, Álex, suena un poco degradante -dijo Ortega, ofreciéndole a su amigo otra rosquilla.

Tragué de un bocado el manjar sin apartar los ojos de Ortega.

-Es que es degradante -señalé, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando ahora a mis compañeros-. ¿Y se puede saber a quién se le ha ocurrido la genial idea?

-A mí no me mires -replicó Casanova, otro al que el mote le venía de perlas y cuyo verdadero nombre era Mateo.

Era un donjuán de madre italiana y padre cordobés, bien parecido y conocido en todos los garitos de ligue de Cádiz. Su especialidad era la seducción lacrimógena. Se las ingeniaba bien con las mujeres, vendiendo su personaje de hijo de padres divorciados, falto de cariño, sensible, poeta aficionado... Pero puede que dijera la verdad y no fuera el artífice de la propuesta. No necesitaba aquella propaganda para ligar.

-Pues alguno ha sido -insistí, dispuesto a encontrar al culpable.

-Joder, Álex, tampoco es para que abras una investigación en plan *Mentes Criminales* -objetó M.A., un negro de casi dos metros, Martín Abocu Sánchez en la partida de nacimiento. A este le habían bautizado M.A., por el de *El equipo A*, cuando en un rescate en montaña, se había negado a subir al helicóptero porque decía que tanta altura le daba grima. Desde entonces, el cabo le dispensaba de aquellas tareas y le asignaba el puesto de conductor para evitarle los nervios.

-Vaya, M.A., va a resultar que esto es cosa tuya -le apunté con mi taza de café humeante.

-No me jodas. ¡Tú, Séneca, suelta esa revista porno y dile al memo este quién ha sido! -M.A. le lanzó un tenedor al bombero que se mantenía un poco alejado del grupo, distraído con su lectura.

El aludido gruñó, cerró su revista y se quitó las gafas de cerca, guardándolas con mucha ceremonia en su funda.

-Para que te enteres, simio parlante, no es una revista porno. Es el *Muy Interesante*, y estaba leyendo un artículo *muy interesante* sobre los fenicios antes de que me lanzaras el tenedor. - Séneca me miró y sonrió, poniendo aquella expresión mezcla de niño bueno y filósofo que le había valido su mote-. A ver, ¿qué te pasa, hermano? Bueno, sí, es cosa mía. Ya tienes un culpable. Ahora, vete a muscularte un poco al gimnasio y deja de darnos el coñazo, ¿vale?

-¿Se te va la pinza o qué, Séneca?

-Ya me conoces, soy un blando. El otro día, contactó conmigo esa chica de la Fundación Bomberos sin Fronteras contra el hambre... Me dijo que se le habían ocurrido un par de ideas. Que podíamos organizar un evento para recaudar fondos para la fundación, que como nuestro colectivo tiene tanto gancho, sería una forma genial de contribuir a la causa.

-Ah, claro... Y así fue como te embaucó para que nos pongamos en cueros como los Full Monty -

masculle.

-Hombre, tampoco hay que quedarse en cueros. Bailamos un poco y nos quedamos en gayumbos, si quieres -puntualizó Ortega.

-¿Y lo del calendario?

-Eso lo hacen casi todos los bomberos, Álex. Los australianos lo hicieron... Y los de Bilbao, mira tú, y eso que allí no son tan guapos. Y es por una buena causa -le recordó Culebra.

-Y tú estás deseando pavonear tu culebra delante de esas tías, no lo niegues -lo acusé, soltando una palabrota al quemarme los labios con el café ardiendo-. En serio, chicos, ¿es que no tenemos vergüenza? Joder, que por aquí nos conocemos todos... ¿De verdad vamos a hacer esto? Porque ya me veo aguantando bromitas hasta en la cola del supermercado.

-Álex, no seas dramático -dijo Ortega, el mayor del grupo-. Que tú sabes que por aquí se nos quiere mucho. Nadie va a reírse de nosotros.

-Ortega, que tienes un hijo en primero de Bachiller y ni un pelo de barba -le recordé-. Que el pobre se está matando con las mancuernas para parecerse a su padre y todavía usa la talla de los doce años. Lo vas a traumatizar. Y las compañeras de clase se lo comerán con papas. Que las crías a esa edad son muy crueles y lo sabes.

-A Diego la idea le parece buena. Y mi Luisa dice que se sentirá orgullosa de que su marido luzca palmito -se rio Ortega, dándole un manotazo a M.A. cuando este intentó coger otra rosquilla-. Sin pasarse, colega, que esto era para sobornar a Álex.

-Si ya sabía yo que tanto agasaje no era normal -me quejé, tomando sin embargo otra delicia pastelera de Luisa-. Mira, yo no lo veo.

-Venga, hombre, no seas aguafiestas. Que, como dice Séneca, es para una buena causa.

-Claro. Pero resulta que ya soy socio de Acnur, de Médicos sin Fronteras, de Unicef, de la Asociación Española Contra el Cáncer... A este paso, me vendo a trozos para las buenas causas del mundo -gruñí, aunque, en el fondo, me parecía que mis compañeros eran las mejores personas del globo. Siempre dispuestos a ayudar, siempre dispuestos a meterse en *fregaos* para poner su granito de arena en lo que fuera necesario.

-Deja de protestar, tío. -Séneca me atizó con la revista en el hombro-. Desde que lo dejaste con Silvia, andas todo el día mosqueado como pollo sin cabeza.

-No hables de lo que no sabes -le advertí, torciendo el gesto.

-Álex, hermano... Ya ha pasado casi un año y sigues peleando por el piso -insistió el otro con cabezonería-. ¿No sería mejor vendérselo, coger tu parte y seguir adelante con tu vida?

-Antes me dejo cortar las pelotas sin anestesia -sentencié, aunque me daba cuenta de que mi actitud era bastante infantil.

-Pero, tío... Si el piso te importa una mierda. ¿Qué ganas tú con este desvele? -preguntó Ortega. Me conocía bien y sabía que el asunto del piso me mantenía últimamente de constante malhumor.

-No tenéis ni idea. Me dejé el alma reformándolo. Todos los malditos días que no tenía guardia. Ella quería cambiar hasta la última estantería y ahí estaba yo con el taladro de la mañana a la

noche.

-Ya lo sabemos... -terminó Ortega por mí con tono de aburrimiento-. Que Silvia era muy cansina y te tenía como un esclavo, lo has contado un millón de veces. Pero ahora que ya no estáis juntos, ¿no sería mejor que pasaras página? Tío, cógete una excedencia, viaja un poco y conoce algunas chavalas. Que digo yo que alguna habrá que te aguante.

-¿Una excedencia? -Lo miré espantado, ignorando el último comentario-. No fastidies, Ortega. Sabes que este trabajo es mi vida.

-Pues coge unas vacaciones, desconecta, vive un poco... Desde lo de Silvia, haces más guardias que nadie, vas a terminar jubilándote a los cincuenta con la espalda rota. Eso no es vida, Álex. Vete, viaja... Y a la vuelta, date un garbeo por esa perfumería donde trabaja Silva, haz las paces con ella y verás que te sacas la mala sangre que te ha dejado la ruptura.

Miré a Ortega como si en lugar de a mi cabo, estuviera contemplando a un tipo desconocido cuyo cerebro había sido sustituido por alguna forma de vida alienígena.

-Eso sí que no. -Sacudí la cabeza repetidamente-. ¿Hacer las paces... con Silvia? No la conoces, Ortega... Ni yo tampoco, créeme. Resulta que pensaba que mi novia era la Bella Durmiente y resultó que en realidad era Maléfica. Pero los cuernos los traía de fábrica, te lo juro, porque yo le fui fiel como un perro hasta el último día.

-Valor, colegas. Ahora toca otra vez la parte en la que nos cuenta como Silvia se ventiló al representante de Emporio Armani y cómo los sorprendió en plena faena cuando ella echó mal las cuentas del cuadrante de guardias.

El que había hablado era Séneca y lo miré con rabia.

-Me habría gustado verte a ti en esas.

-Coño, Álex. Que no es el fin del mundo, colega. Todos los días se separan parejas y nadie se muere.

-Se lo montó con él en mi cama, Séneca -recalqué con resquemor-. En mis sábanas de los Vengadores. Ese cabrón estaba bebiéndose mi Albariño, comiéndose las albóndigas de mi madre y meando en mi retrete, mientras yo hacía horas extra para comprar el comedor de Ikea que Silvia quería.

-O sea, que todo esto es por el comedor de Ikea... O porque todavía estás pillado por ella -observó Séneca como si nada, concentrándose de nuevo en su revista.

Casi me atraganté con el café al escuchar aquella afirmación.

-¿Has bebido, Séneca? ¿De guardia?

-Ni gota, hermano. Pero me parece que Silvia todavía te pone.

-¿Pero no has escuchado una palabra de lo que he dicho?

-Pues sí. De hecho, Álex, llevas un buen rato dando la paliza con tus lloriqueos. Y por eso he llegado a la conclusión de que la única solución a tu problema, es que la perdones y vuelvas con ella. Después, si quieres, te curas el orgullo enviándola a la mierda tú mismo. -Séneca me dedicó un guiño y centró su atención en la lectura, indicando con ello que daba por zanjada la

conversación.

-Séneca tiene razón. Silvia metió la pata, eso está claro. Pero si no puedes dejar de pensar en ella, lo mejor sería que le dieras otra oportunidad. La vimos la otra noche y parecía hecha polvo. Me contó que el representante la dejó plantada al final -dijo el Culebra, con aquella expresión socarrona que sacaba de quicio a Álex.

-Ese no es mi problema. Y no es que no pueda dejar de pensar en ella, tíos. Es que no puedo dejar de pensar en lo que me hizo -puntalicé.

-Lo mismo es. Porque aquí sigues, lamiéndote las heridas y tocándonos los cojones todos los días -dijo M.A., palmeándome sin embargo la espalda para decirme que me comprendía y apoyaba-. Por cierto, me ha dicho un pajarito que tu vecina ha vuelto a denunciarte con el casero.

-Menos cachondeo, ¿vale? Si no fuera porque soy un profesional...

-Ya estamos otra vez... *Tenía que haberla dejado en aquel ascensor cuando tuve oportunidad.* - El Culebra imitaba mi voz, bastante bien por cierto.

-Pues sí, tenía que haberlo hecho. Aquel día me pareció una bocazas *tocanarices* y parece que no ha cambiado nada.

-Tío, invítala a cenar. Y le cuentas lo del ascensor, a ver la cara que se le pone -sugirió Séneca, conteniendo la risa.

Los iba a mandar a todos a paseo, pero el pitido estridente de la emisora sonó de repente. Dejamos de inmediato lo que teníamos entre manos para escuchar el aviso. El cabo Ortega chasqueó la lengua.

-En marcha, chicos. Otro gilipollas que ha quemado un contenedor de basura en el paseo marítimo.

-¿Lo ves, Álex? Esto sí es una putada. Ya llevamos cuatro hoy. Si cojo al cabrón bromista, lo meto en el contenedor y le prendo fuego de nuevo con él dentro. -Ortega cogió la emisora y se la colgó en el bolsillo del chaquetón.

-Hola, mamá. -Yo sabía que mi tono sonaba robótico, pero ni siquiera me molesté en disimularlo.

Aquella no era una llamada de esas que hacen las madres para preocuparse por sus hijas, si han comido bien esa semana, si va todo bien en el trabajo, si han conocido a alguien especial. Y eso era porque mi madre no era de ese tipo de madres. Mi madre era de las otras. De las que solo te llamaban para hablarte de sus muchas dolencias inventadas, de sus problemas para llegar a fin de mes y de los chismes que circulaban en su edificio y que a mí me importaban una mierda. Ella era de las que culpaban al mundo de todas sus desgracias y a mí, especialmente, de una desgracia concreta. Yo era la causante de que mi padre la hubiera abandonado, cambiándola por una mujer treinta años más joven. Yo era la responsable, porque yo le había presentado a Claudia, mi compañera de apuntes en la facultad. Yo era la horrible hija que había eliminado del corazón de mi padre todo rastro de amor por su mujer y lo había empujado a los brazos de Claudia, la rompeparejas despiadada.

Por supuesto, no había tenido nada que ver que mi madre se hubiera tirado los casi treinta años de su matrimonio jodiéndole la existencia a mi padre. Los gritos, los ataques de histeria, los arrebatos de celos, los intentos de suicidio —solía tomarse dos o tres comprimidos de Nolotil y tirar el resto del blíster a la basura para que no viéramos el engaño— que solo eran llamadas de atención, las deudas contraídas por las compras compulsivas de cosas que jamás usaba... Así era mi madre, una experta en estropearlo todo y en echar su mierda sobre los demás.

A pesar de ello, no colgué. Nunca lo hacía. Supongo que le aguantaba la retahíla de reproches porque, aunque sabía que mi madre no merecía mi tiempo, me remordía un poco la conciencia por la parte de razón que pudiera tener sobre el desencadenante de su desgracia. Una cosa era cierta: yo los había presentado. Claudia había sido mi amiga. Y por esa razón, yo le regalaba a mi madre unos cuantos minutos a la semana. Para que pudiera recordármelo y quedarse a gusto y seguir con su existencia egoísta en la que nunca hubo tiempo ni voluntad para la comprensión.

Me quedé de pie frente a la pequeña isla de silestone de nuestra apañada cocina. Aspiré aire con fuerza y me resigné. Se me iba a atragantar la fruta que pretendía preparar como tentempié, pero allí seguía, silenciosa. Con el móvil pegado a la oreja, sosteniéndolo contra el hombro no sin cierta dificultad. Con la mano izquierda intenté dominar el movimiento rotatorio y rebelde de un hermoso melón Galia, mi favorito. Con la mano derecha, clavé un afilado cuchillo en el centro del melón, ensartándolo con gran habilidad, justo en el momento en el que mi madre me lanzaba su recriminación número diez de los diez minutos que llevaba taladrándome el cerebro.

-... Y entonces, la muy zorra se ha cruzado conmigo en el pasillo del embutido y la niña malcriada, como iba haciendo lo que le daba la gana, me ha tirado encima su batido de chocolate... Te lo dije, te dije que esa no tenía ni idea de cómo educar a un crío... ¡Lo ha hecho a propósito, esa puta de tres al cuarto!

-Mamá -la interrumpí, asqueada de la violencia que había en su tono, asqueada del contenido de sus afirmaciones... asqueada de ella, en realidad-. Estoy segura de que no ha sido a propósito. Y la niña es una niña. Joder, no creo que tenga una mente maquiavélica y esté planeando desde la guardería cómo fastidiarte la ropa. Además, tienes un montón de supermercados cerca de tu casa. Pero no, coges el coche hasta otro barrio... ¿Se puede saber por qué cojones tienes que ir a comprar al mismo súper que frecuenta Claudia? ¿Acaso eres masoquista?

Yo sabía la respuesta. Lo hacía por pura maldad. Mi madre vivía en un lujoso edificio cerca del centro comercial El Muelle. Por generosidad de mi padre, ella se había quedado con aquel piso con vistas espectaculares al mar. En su zona, disponía de supermercados de todas las cadenas y marcas. Sin embargo, mi madre disfrutaba incomodando a Claudia cada vez que coincidían en el Hipercor de Siete Palmas, muy cerca de donde Claudia y mi padre habían comprado su piso. Mi madre se comportaba como una drogadicta que cada semana se iba a por su dosis. Y cuando volvía, más loca, cruel y arrebatada que de costumbre, me llamaba para ponerme al día de sus delirios.

-Me gusta el embutido ibérico al corte del Hipercor, ya lo sabes -se excusó, y pude escuchar una

risita maléfica al otro lado del teléfono.

-Lo que te gusta es darle por culo a Claudia, y lo sabes -la corregí.

-No, querida. De darle por culo ya se encarga tu padre -me recordó con otra risita.

Me contuve. No quería colgarle sin decirle al menos adiós. Miré el reloj de pared de la cocina para descubrir, aliviada, que los quince minutos de gloria de mi madre, tocaban a su fin. A veces, me sentía como esos familiares que visitaban a sus presos en la cárcel, solo que al revés. Yo no contaba los minutos deseando que el tiempo se detuviera, deseando poder compartir un segundo más con un ser querido, chorizo, violador o lo que fuera, pero querido para mí al fin y al cabo. No. Yo rezaba por que la llamada terminase y yo pudiera volver a lo mío y hacer lo que fuera para desintoxicarme del veneno de mi madre.

-Bueno, tengo que dejarte -anuncié, sin molestarme siquiera en fingir que la idea me entristecía.

-Siempre con prisas -se quejó ella-. No entiendo que estando en el paro andes tan ocupada, de verdad.

-No estoy en el paro -le recordé por centésima vez-. Estoy en excedencia, que es distinto, y por voluntad propia.

-Como si estuvieras en el paro-insistió ella-. Y todo porque ese guapito del despacho no te hace ni caso.

-Pero ¿de qué hablas? -Ahora sí que empezaba a cabrearme su prepotencia.

-¿Tú piensas que soy idiota, Dani? Te largaste porque Lucas prefiere a su guapa y perfecta mujercita en lugar de a su compañera cutre con pelo de escoba. Te lo dije. Te dije que te acostaras con él y aprovecharas el tiempo que pasaba contigo. Te advertí que, si no lo hacías, esa perra de su mujer lo ataría en corto. ¿Y qué ha pasado? ¡Ahí lo tienes! El guapito con su mujer y tú compartiendo piso con la loca mantenida de tu amiga Mimi y su novio *hippy cagacroquetas*...

-Mimi no está loca. Y no es una mantenida. Vamos a medias con los gastos... Y Marín no es *hippy*, y su negocio... -refuté, a punto de estallar. No por lo que decía de mis amigos, sino por todo lo anterior-. Mira, déjalo. Si es que no sé ni por qué te doy explicaciones. Tú, como siempre, lo corrompes todo... Tengo que dejarte, mamá, en serio... Me quedo sin cobertura.

-Daniela, no te atrevas a colgarme -advirtió ella, con el mismo tono que solía emplear para castigarme cuando era una niña.

Casi podía verla, apuntándome con su dedo índice con la uña perfectamente esmaltada de rojo, con su ceja dibujada arqueada, enviándome a mi cuarto sin cenar después de haberme arreado una buena bofetada por algo grave que yo había hecho, como cambiar de canal en la televisión sin permiso o comerme la última loncha de jamón serrano sin avisar. Por suerte, allí estaba siempre mi padre, esquivando la vigilancia del perro guardián para meterse en mi cuarto y llevarme unas galletas Oreo con un vaso de leche.

Pobre papá. Cada día que pasaba comprendía lo injusta que había sido con él, pretendiendo que soportara a mi madre solo para que aquella parodia de familia que no lo era, permaneciera unida. ¿Cómo podía haberle exigido algo así, si ni yo misma era capaz de aguantarla? Y eso que yo había

pasado nueve meses dentro de su cuerpo... Todavía me preguntaba cómo era posible que todo aquel veneno que había en ella no me hubiera hecho palmar antes del parto.

-Mamá, en serio, se me acaba la batería...

-¿No dijiste que era la cobertura? Daniela, no me cortes...

Demasiado tarde. Ya lo había hecho. Y estaba llena de rabia. Siempre lo estaba después de hablar con ella. Hundí el cuchillo varias veces en el pobre melón inocente al que le tocaba pagar el pato de la charla con mi madre.

Una mano firme en mi antebrazo frenó el ataque homicida contra el maltrecho melón.

-Está muerto, te lo juro.

Me volví hacia Mimi y sonreí al escuchar su suave tono de voz, aquel que actuaba como un bálsamo sanador cada vez que lo empleaba conmigo. Solté el cuchillo y miré las rodajas de melón, que parecían haber sido cortadas por un ciego aquejado de párkinson.

-Ojalá pudiera odiarla. Así no me sentiría tan mal por que me diera asco-confesé.

Mimi me pasó el brazo por los hombros.

-No puedes odiarla. Eres demasiado buena para eso... Aunque eres una loca asesina de melones.

-Me soltó un beso sonoro en la mejilla-. Tengo que contarte un montón de novedades de nuestra aplicación de citas. ¡Va viento en popa! Y hay un montón de empresas que quieren anunciarse en ella...

-¿Nuestra? -Se lo pregunté un tanto acojonada. Conocía a Mimi y temía que pretendiera involucrarme más allá de mis citas esporádicas para demostrarle que, tarde o temprano, su negocio del amor estaba abocado al fracaso.

-No pongas esa cara. Cualquiera diría que acabas de enterarte de que Bruce Willis está muerto en *El sexto sentido* -rio Mimi.

La miré, fingiendo sorpresa.

-No fastidies, ¿está muerto?

Mimi me dio un cachete, me robó un pedazo gigante de jugoso melón y lo engulló, hablando con la boca llena.

-Como el melón, *gilitonta*.

Pensé que la adoraba. Adoraba que fuera comprensiva hasta para faltarme, con aquellos insultos tan entrañables, tan desprovistos de mala intención, tan... *Mimi's*.

-Dame un minuto -pedí-. Me doy una ducha para quitarme el veneno que mi madre me escupió encima, y estoy contigo.

-¡No tardes! -gritó Mimi desde el salón, abriendo ya su portátil.

-Me lo pintes como me lo pintes, no vas a convencerme. No pienso desnudarme delante de una jauría de lobas hambrientas -sentencié, mientras terminaba de revisar, como cada inicio de turno, el material del camión.

-Hombre, no seas plomo. -Mateo me lanzó uno de sus guantes, atizándome en el hombro. El

malagueño aprovechó para atizarme también con el suyo.

-Tío, si serán solo unos minutos. Mira, bailamos un poco y nos tomamos unas copitas con las chavalas. Ayudamos con la venta del calendario y después nos marchamos a casita.

-Que no. Y para las fotos tampoco cuenten conmigo, ya lo aviso. -Me bajé de un salto del camión y mis dos compañeros me siguieron.

-Oye, Álex, que no eres el centro del universo. Somos un equipo y aquí las decisiones las tomamos entre todos -recordó el malagueño.

Me detuve en seco y me crucé de brazos frente a ambos.

-Eso es cuando decidimos cosas que afectan al turno. Como salvar vidas y ese tipo de cosas - repliqué con sarcasmo-. A mí nadie me va a obligar a que enseñe las vergüenzas, que os quede bien claro.

-Pues tú verás. Porque el fotógrafo ya está en el despacho de Ortega -informó Mateo, exhibiendo una amplia sonrisa de satisfacción.

Abrí la boca para protestar. Pero no tuve tiempo de decir nada más. En unos minutos ya estaba el turno al completo acicalándose para posar delante de un tipo con camiseta rosa que no paraba de dar órdenes como si aquello fuera una misión militar.

Me quedé en el despacho del cabo, esperando pacientemente el sermón sobre mi intransigencia. Mientras aguardaba, eché un vistazo al dossier que la responsable de la asociación benéfica había dejado aquella mañana. Lo ojeé distraídamente... Las fotos de aquellos niños sin hogar machacados por la tragedia en Siria o jugando con palos y piedras en África, se me clavaron en el corazón. De todas, especialmente una instantánea de una cría que no debía tener más de diez años. Mostraba con orgullo sus gafas graduadas con las que ya podía estudiar sus libros de texto. Bajo la fotografía, podía leerse un mensaje que ella misma parecía haber escrito en su cuaderno reciclado: «Gracias por mis nuevos ojos; de mayor, quiero ser médico...».

-Joder. -Cogí uno de los peines que alguien había dejado sobre el teclado del ordenador de Ortega. Me lo pasé con rapidez por el cabello para contener los mechones rebeldes.

Impulsivamente, me saqué la camiseta por la cabeza y la tiré sobre la pantalla del ordenador. Crucé en un par de zancadas la distancia que separaba el despacho de las cocheras, donde tenía lugar la sesión fotográfica. Los chicos ya estaban apostados en distintas posiciones: unos a medio subir del camión, otros haciendo poses mientras tiraban de alguna manguera o sostenían alguna herramienta de trabajo... «Vaya, esto va a ser el fin de mi dignidad», pensé.

El cabo Ortega me miró, conteniendo la risa. Me palmeó los hombros con camaradería.

-A ver, Borja, que tenemos otra víctima... -Llamó al fotógrafo y este acudió, aplaudiendo y dando pequeños saltitos de alegría con sus zapatillas Sketcher lila con purpurina.

-¡Maravilloso, maravilloso! -canturreó el tal Borja, atusándome el pelo que acababa de peinarme y frotándome en el pecho un poco de crema hidratante en los pectorales.

-Oye, no te pases... -me quejé, un poco incómodo por la mirada de admiración que leía en los ojos del fotógrafo.

-Tú déjame a mí, mi amor... Ortega, no me habías dicho que te guardabas este pedazo de bombón en la trastienda -comentó, maravillado. Se paseaba alrededor de mí con excitación, buscando el atrezo perfecto para su nuevo modelo. Finalmente, sacó de su bolso un bote de betún y me untó un poco en las mejillas, la frente y el torso-. Vas a vender esos calendarios como si fueran papas con mojo a los guiris de los cruceros, querido.

-Ya, claro... Oye, Borja... tú termina rapidito antes de que me arrepienta -le corté con antipatía.

Borja susurró algo al oído de Ortega y el cabo asintió. Se ausentó un instante y regresó al par de minutos con algo en los brazos. El gatito que era la mascota del turno, un bicho antes piojoso al que habíamos rescatado durante un incendio en un piso de okupas drogadas. Los muy cerdos se habían largado después de prenderle fuego al piso, propiedad de una importante entidad financiera. Habían dejado al gato encerrado en una nevera vieja y de no ser por Séneca, que tenía el oído fino y lo había escuchado maullar, el pobre animal estaría ahora dando serenatas en el cielo adonde fueran a parar los mininos miserables como él.

Aquel día, le habían curado algunas quemaduras que no habían sido causadas por el incendio, sino por los cigarrillos que aquellos cabrones que tenía por amos le apagaban en el lomo. Le faltaba medio rabo, un colmillo y media oreja. Por su aspecto deplorable y porque casi no lo cuenta en el incendio, lo habíamos bautizado Quasi, acortando el nombre del famoso jorobado de Notre Dame. La verdad es que el pobre animal tenía mejor aspecto desde que lo habíamos convertido en la mascota del turno.

-Joder, Ortega, no metas a Quasi en esto. Bastante ha tenido ya el pobre -dije, pero el cabo me lo puso en las manos igualmente.

-Vas a quedar muy mono, ya verás -aseguró Borja, aplaudiendo de nuevo-. Vas a llevártelas de calle.

-A la calle es donde no voy a salir cuando se venda ese calendario -objeté a regañadientes-. Van a hacer chistes sobre esto hasta que me muera.

-Pero ¿qué dices? ¿Tú sabes lo que conmueve a las chicas ver a un hombretón como tú jugándose el pellejo por un gato? Anda, súbete a eso de ahí, que estás para comerte...

Eso de ahí era uno de los vehículos con autoescalera, la cual habían desplegado a medias. Borja me dijo que me subiera hasta la mitad sin soltar al gato y me lanzó el casco de intervención para que lo sostuviera en la otra mano.

-Ahora mira hacia mí, bombón. Eso es... Aprieta al gato contra tu pecho... ¡Oh, voy a morir de amor! ¡Pero qué tío más mono!

Traté de pensar en otra cosa mientras aquel fotógrafo histriónico chillaba como una cacatúa y disparaba su cámara una y otra vez como si cada disparo le provocara un orgasmo.

«Esto es humillante», pensé. *¿Qué tío más mono?...* Si algún día recupero la dignidad después de esto, seré un tío con suerte.

Capítulo 3

PORQUE NO LE IMPORTA IR AL SÚPER

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

Esto va para ti, *RegalitoDelosDioses*, hombre, atractivo, treinta y cinco años, de profesión dentista, en busca del amor. En respuesta a tu perfil en el que te describes como (y copio literalmente): un amante de la cocina a quien le encanta hacer la compra en compañía y busca chica con las mismas inquietudes, para hacerla feliz mientras los dos deciden en el pasillo de las salsas si a los raviolis le ponen la de pesto o la de setas... ¿Eres idiota o qué? ¿En serio pretendes ligar con el viejo truco de hacerte el sufrido amo de casa y chef experto? Espabila, *RegalitoDelosDioses*. A nadie le gusta ir a la compra. Es una tortura, una pérdida de tiempo... Dios bendiga la compra *online* y el reparto a domicilio. Pero ¿todavía te crees que hay mujeres que van a perder el culo por malgastar el poco tiempo libre que les queda eligiendo la salsa de tus puñeteros raviolis y haciendo la cola de la caja? De verdad, tío, despierta. Vale que estoy siendo bastante subjetiva, lo confieso. Pero ¿qué es esa soberana memez de pelar la pava en el súper? Te diré lo que pienso yo de eso. A mí me gusta ir al súper a mediodía, cuando el resto de los mortales está en casa comiendo. Muchas personas eligen esa hora por pura lógica y sentido práctico, me consta. Yo también. Así me aseguro poca competencia con las ofertas, poca concurrencia en las cajas y me ventilo la compra en un plis plas. Tengo mis rutinas y mis manías. Y si voy al súper, el lugar más divertido y enriquecedor de la historia del romanticismo (ojo al sarcasmo), lo que quiero es largarme cuanto antes. No echar allí la tarde, ni contar las latas de atún alineadas en una estantería, ni que me cuentes la receta de las torrijas de tu abuela... Salvo que seas Jordi Cruz y te lo quieras montar conmigo... ¿Lo pillas?

Fdo.: *NomeCreonada*... Hambrienta.

Miré a mi alrededor con disimulo. No es que me importara demasiado, pero la experiencia me había enseñado que si te veías obligada a hacer algo incorrecto, era mejor no contar con testigos. Como era la hora de comer, el supermercado solía estar despejado de público a aquella hora. Así que tiré de la cajita de fresas hacia mí, con la clara intención de arrebatársela a quien la sujetaba por el otro extremo. Era la última unidad y no estaba dispuesta a perderla. Yo la había visto primero, era lo justo. Vale, él había sido más rápido y había llegado antes que yo. Su brazo musculoso había esquivado la caja de limones y los aguacates que eran la oferta del día. Pero las fresas serían mías o yo dejaba de llamarme Daniela. Ya tenía en mi cesta de compras un frasco de nata montada y una botellita de Albariño, y Mimi había dicho que llegaría a eso de las nueve. El plan era sushi, fresas con nata de postre y *El diario de Bridget Jones*. Ni de broma me iba a reventar el plan aquel ladrón de fresas de tres al cuarto.

-Mala suerte, vecina. Yo las vi primero. -Él también tiraba de la cajita, mientras me sonreía con expresión maliciosa. Estaba claro que no iba a rendirse.

-No es verdad. Estabas pesando esos limones. -Señalé los de su cesta-. Te has tirado en plancha a las fresas en cuanto has visto que yo las miraba.

-Insisto. -Él dio un último tirón a la cajita y, como sus dedos eran más largos y fuertes que los míos, las fresas terminaron en el fondo de su cesta de compra.

Lo miré con los ojos inyectados en sangre.

-Lo haces para fastidiar, ¿verdad? Seguro que ni siquiera piensas comértelas -lo acusé, recordando que no había más clientes cerca.

Sería fácil quitarle la caja de fresas, atravesar el pasillo de las galletas, torcer a la derecha por donde las latas de atún y llegar hasta la caja victoriosa. Aunque insistiera en su versión de los hechos, ¿a quién iba a creer la cajera? ¿Al cachas de casi dos metros o a la mujer indefensa de metro y medio con pinta de no romper un plato? Por si tenía que echar mano de mi repertorio de caras, ensayé la de víctima inocente mientras me inclinaba hacia la cesta de mi enemigo.

Él adivinó mis intenciones y se apresuró a interceptar su cesta, colocando una de sus piernas kilométricas entre el objeto de mi codicia y yo.

Le clavé otra mirada fulminante que no tuvo mayor efecto que arrancarle una risita socarrona.

-No tan rápido, tramposa. A ver... Negociemos esto como personas adultas -propuso él, cruzándose de brazos sin perder de vista ni uno solo de mis movimientos.

Seguro que no se fiaba de mí. Era lógico, yo tampoco me fiaba de mí.

-Eso va a ser imposible, vecino -pronuncié la última palabra con el mismo tono burlón con el que él la usaba.

-¿Por qué? -quiso saber él.

-Porque para eso harían falta dos adultos. Y por aquí, yo solo veo uno -repliqué, y me incliné nuevamente en un loco intento por salirme con la mía.

Él siguió mi desesperado ademán y, al intentar detenerme, nuestras frentes chocaron estrepitosamente. Me la froté, dolorida, mientras mascullaba un par de palabrotas.

Por su parte, él también frotaba la suya y con gran satisfacción pude observar la mancha rojiza que mi propia cabeza había dejado en su cara de facciones... ¿bastante atractivas? Pero, a ver, esto era el colmo, ¿por qué le ponía yo ahora calificativos amables cuando lo único que me interesaba era el botín de las fresas? Lo achaqué a la conversación que había tenido con Mimi sobre Lucas. Y al mensaje que Lucas me había enviado aquella mañana. Lo primero me había removido algunos sentimientos que yo creía controlados. Lo segundo me había hecho polvo, lo confieso. Pero ahora no se trataba de Lucas, sino de aquel tío cachas que pretendía sisarme el postre y a quien yo estaba dispuesta a pulverizar si se atrevía a soñar que podía.

-Oye, esto está tomando un rumbo peligroso -le advertí con ojos chispeantes de rabia-. Hagamos una cosa. ¿Por qué no lo echamos a suertes?

Busqué con rapidez una moneda en el monedero que pendía de una de las presillas delanteras de mis vaqueros. Le mostré el euro fugazmente. Pareció meditarlo unos segundos, pero en cuanto asintió, lancé la moneda al aire, haciendo que cayera, intencionalmente, en el interior de su cesta de compra.

Él se agachó para recuperar la moneda y comprobar el resultado.

Aprovechando aquel descuido suyo, me hice con las fresas y corrí hacia el pasillo que conducía a la caja de pago. Mientras emprendía la huida, podía escuchar como él me seguía los pasos como un galgo. Por suerte, una señora mayor muy despistada, y llovida del cielo en mi caso, se estrelló

contra él. Lo escuché maldecir en voz baja y entretenerse cuando la viejecita le pidió que le hiciera el favor de bajarle un bote de alubias de una estantería superior.

«Ah», pensé con malicia, «¿qué sería de nosotras sin nuestras queridas abuelitas?» Me coloqué detrás del último cliente que había en la cola de pago. Al instante, sentí su aliento acariciando mi nuca.

-Ya veo de qué palo vas -me susurró con los labios muy cerca de mi piel, provocando que se me erizase hasta el último pelo no depilado del cuerpo.

-No sé de qué me hablas -le contesté sin volver la cabeza, fingiendo que no me inmutaba.

-Yo creo que sí -insistió él, con aquella voz ronca, extrañamente suave.

Una voz que, contra mi voluntad, hacía que el *Kama Sutra* al completo pasara por delante de mis ojos como si fuera la proyección de una película erótica. Y eso que intentaba concentrarme todo lo que podía en el movimiento mecánico de las manos de la cajera. Con gran habilidad, la chica elevaba la compra de la cinta móvil, pasaba cada producto por el escáner de código de barras y lo lanzaba con destreza al otro lado para su embolsado.

Nata montada, vino, bandeja de escalopes de ternera, lata de guisantes, paté de ibérico, picos camperos, sus manos en mi cintura, mis uñas en su trasero... *para, para...* Esto no podía estar pasando. Respiré hondo y me empeñé en concentrarme como una verdadera *padawan* al límite de sus fuerzas, con un pie en el lado tenebroso -¿o debería decir lujurioso?- que era lo que aquella voz me sugería mientras me hacía cosquillas en la nuca.

-Eres de esa clase de mujeres que siempre se salen con la suya, ¿verdad? Guapas, muy preparadas, independientes y seguras de sí mismas. Te he calado. Ahora, piensas largarte con mis fresas y en cuanto llegues a casa, vas a comértelas en compañía de tu novio mientras le cuentas cómo me has humillado en el supermercado. Y después, los dos brindaréis con esa botella de Albariño y echaréis un polvo a mi salud, ¿me equivoco?

-Yo no tengo novio, idiota.

Me arrepentí enseguida de haberle dado aquella información. ¿Me había vuelto imbécil de repente? ¿A qué venía que le proporcionara más munición para que se metiera conmigo?

-¿Novia tal vez?-preguntó él, todavía demasiado cerca de mi cogote.

Me giré, apretando los labios, indignada por su curiosidad y por la miradita socarrona que leía en sus... maravillosos ojos azules... Mierda, tenía que salir de allí cuanto antes o acabaría por invitarle a comerse sus malditas fresas en mi apartamento.

-En serio, no quiero parecer una borde... -empecé, midiendo mis palabras. La cajera nos miraba de reojo, conteniendo la risa.

-Demasiado tarde -cortó él, sin apartarse un centímetro de mí.

-De verdad, ¿cómo decírtelo sin que te ofendas? -le dije en voz baja, señalando la línea amarilla marcada en el suelo que establecía la distancia entre los clientes. Le clavé una mirada glacial-. Estás invadiendo mi espacio. Y mi privacidad.

-¿Es cierto que no tienes novio? -ignoró mi comentario y arqueó las cejas, como si esperase mi

respuesta con tanta emoción como los resultados de una prueba de paternidad.

La idea estuvo a punto de hacerme reír, pero me contuve, por si aquel memo lo interpretaba como una concesión. Ni le contesté. Volví a mirar hacia delante, soportando la humillación de que la cajera, quien, por lo visto, se lo pasaba en grande a mi costa, me guiñara un ojo.

-Además de tramposa, embustera -me acusó él, insistente-. Te he visto muy acaramelada en tu terraza. Hace un par de noches. No es que estuviera espiando, ¿vale? Tenía calor y salí a tomar un poco el aire. Y allí estabas, entregada a los brazos de algún soplagaitas que, no me explico cómo, te soporta. Seguro que se llama Borja. O Rodrigo. Últimamente, todos los soplagaitas que les gustan a las tías como tú, tienen que llamarse con alguno de esos nombrecitos ridículos de niño pijo.

Vaya, percibí cierto resquemor al respecto, pero hice como que no me interesaba. Un paso en falso, y mi vecino podía interpretarlo como el salvoconducto para contarme su infancia marcada por un ejército de malvados Borjas y Rodrigos.

-No era yo -respondí, suspirando de aburrimiento. Enfadada conmigo misma, porque ya estaba otra vez dándole explicaciones sin darme cuenta.

-Pues llevaba esa misma rebeca que llevas puesta. -Rozó con sus dedos mi prenda.

Aparté el brazo como si sus dedos me hubieran quemado a través de la rebeca. Recordé de pronto que a veces la dejaba colgada en el manillar de la puerta de la terraza. Mimi debía haberla usado la otra noche. Marín nos había hecho una visita y los dos habían salido a contemplar las estrellas y seguramente a morrear sin que me sintiera incómoda. Mientras, yo me tragaba sola el final de *Wonderwoman*, llorando como una estúpida por la heroicidad del piloto protagonista y atiborrándome de palomitas del Mercadona. Sí, había sido un gran plan, pero no el que el ladrón de fresas imaginaba... ¿Y por qué él se tomaba tanto interés en mi ropa? Menuda memoria tenía.

-Pues no era yo. Y aunque lo fuera, no es asunto tuyo. -Zanjé la cuestión, observando con regocijo como la cajera escaneaba por fin mi cajita de fresas. Mías, mías, mi tesoro... Por un momento, me sentí como el Golum de *El señor de los anillos*. Le dediqué a mi vecino una fugaz sonrisa cargada de veneno.

-Pues no. Pero que sepas que te ha salido el tiro por la culata. -Él lo susurró de nuevo en mi cuello y mantuve una seria lucha interior para no girarme a averiguar de qué mierda hablaba. Venció mi curiosidad y ladeé un poco la mejilla, enrojando al instante.

Allí iba el encargado de frutería, arrastrando su carretilla por el pasillo, cargada de al menos tres docenas de relucientes y rojas cajas de fresas frescas recién llegadas del distribuidor. Miré con rabia la fecha de caducidad de la que yo estaba pagando en ese momento. Vencían al día siguiente y ya se veían un tanto pochás.

-Que te aprovechen, vecina. Me voy a por un par para mí, que esta noche tengo invitados.

Ví como se alejaba en dirección a la frutería, contoneando su fabulosa anatomía (tenía que recordar no utilizar esos adjetivos con él).

-No te enfades con Álex. Es un amor de hombre.

Abrí los ojos como platos al escuchar el comentario de la cajera. La chica me devolvió mi tarjeta de débito con una sonrisa, fijándose en el DNI que yo guardaba después de mostrárselo para nada. Al parecer, cualquiera podía robarte la tarjeta, que eso de las comprobaciones de identidad no se estilaba por aquel barrio.

-Y feliz cumpleaños, Daniela...

La miré, preguntándome si era una especie de superdotada o algo así. ¿Cuántos datos era capaz de leer en la fracción de segundos que había durado la exhibición de mi documento de identidad?

-Que pases un feliz día. Y, en serio, no le tengas en cuenta a Álex...

-¿Perdona? -Sacudí la cabeza, sorprendida.

-Digo que no le tengas en cuenta sus bromas. Álex es un buen tío -repitió ella, entornando los párpados como si rezase y acabara de entrar en comunión con Dios-. A mi abuela ya le ha abierto la puerta dos veces este mes. Imagínate, la pobre tiene demencia senil y se olvida las llaves dentro cuando sale. Menos mal que no ha hecho falta llamar al cerrajero, porque te cobran un pico, ¿sabes? Es una suerte que tengamos por el barrio a un bombero. Y que sea tan buena gente, ¿a que sí?

¿Bombero? Vaya, tenía que ser. Ahora ya entendía tanto machaque de músculos a las siete de la mañana.

Cogí mis bolsas y abandoné el supermercado antes de que la cajera mi hiciera el relato completo de las obras de caridad de aquel hombre que me sacaba de quicio.

La cajera terminó de pasar las fresas y me miró con suspicacia.

-¿Algún problema, Pili? ¿Tengo el pelo graso o qué? -Me lo tomé con humor, aunque ya sabía por dónde irían los tiros.

-Álex, eres un chico malo y lo sabes -dijo ella, guiñándome un ojo y regalándome un vale descuento para la próxima compra-. Has mortificado a esa pobre por diversión.

-¿Pobre, dices? -Me guardé el vale en el bolsillo trasero del vaquero, adonde iban a parar todos los que me daba con su mejor intención y terminaban después en la lavadora por descuido mío-. Esa mujer es un dolor. Me ha declarado la guerra, ¿lo sabías? Mi casero dice que nunca un inquilino tan bueno le había proporcionado tantos quebraderos de cabeza.

-¿Será que le gustas? -La cajera retuvo mi cambio y apoyó la barbilla en la palma de su mano, soñadora-. A lo mejor está enamorada de ti en secreto, ¿te imaginas? A lo mejor te quiere...

-Oh, sí... Claro que me quiere... pero fuera del vecindario. O de la isla, no estoy seguro -puntalicé con sorna.

-No seas así, hombre. Dale una oportunidad. -La cajera entrecerró los párpados-. Parece un poco solitaria.

-¿En serio? -Me incliné con curiosidad, dispuesto a averiguar cuanto pudiera de mi enemiga- ¿Qué sabes de ella?

-Poco, y no me lo explico, con lo cotilla que soy yo... -La cajera bajó la voz y puso su mejor

expresión de espía-. Suele venir sola a comprar. Cosas de soltera, ya sabes, nada de pañales ni potitos ni compras en plan familia numerosa y todo eso. Pero un par de veces ha venido con otra chica, bastante simpática por cierto, nada que ver con ella... Creo que comparten piso porque echan sus cosas a la misma cesta y se pelean por pagar y todo. Ahora que lo pienso, ¿serán pareja?

Fingí que la idea no me desanimaba. Pero si era sincero, aquel matiz sobre la posible orientación sexual de mi vecina no me había gustado. Aunque no sabía por qué. Por mí, aquella tía más agria que un pepinillo en vinagre podía montárselo con el equipo femenino de vóley playa al completo. Pero no... La idea me escocía un poco, esa era la verdad.

-No, no, espera un momento... Ya me acuerdo. -Pili palmeó con alegría, como si acabara de enterarse de que le había tocado la lotería-. Esa otra chica, la simpática... Esa sí que tiene novio... ¡Es ese de *Mimi Croqueta Canaria*! El que se hizo superfamoso con la furgoneta *food truck*, ¿te acuerdas? El negocio ha sido un *boom* sin precedentes desde que abrieron el primer McDonald aquí. Ahora tiene varias franquicias: en el aeropuerto, en el puerto de Mogán, Playa del Inglés y Maspalomas, y en Bahía Feliz, creo... Los dos han venido juntos alguna vez a por provisiones para sus croquetas... ¿te lo puedes creer? El tío debe estar forrado, pero se hace la compra él mismo, ¿no es encantador?

-Encantador a tope... -murmuré, imitando su tono de protagonista adolescente de serie Disney. Así que mi vecina había dicho la verdad. La que contemplaba las estrellas era su amiga con su novio chef *superfamoso* que estaba forrado a base de liar croquetas.

-No seas malo, Alex...

-Si no lo soy...

-Bueno, para que lo sepas, acabo de enterarme de que es su cumpleaños. Y además, creo que tu vecina quisquillosa es abogada o algo así. Lo sé porque otro cliente la saludó el otro día y, mientras hablaban, pude pillar que le daba las gracias por haberle llevado tan bien su caso de divorcio.

Hum... Una chupasangre de juzgados... No me extrañaba. Le sobraba mala leche y ya podía imaginármela, escupiendo ante el juez sus argumentos como si se hubiera tragado todos los códigos legislativos desde la época de los romanos. Y era su cumpleaños. Conmovedor. Seguro que lo celebraba con sus amigos vampiros del oficio. Pues que le aprovechara.

-Oiga, *señogita*, ¿me puede *desig* en qué *pasilla* están los *seguealeg*?

Pili, la cajera detective, se volvió con cara de pocos amigos hacia el chico pecoso con cara de escocés y ortodoncia.

-¿Acaso tengo *caga de sabeglo* todo, ricura?

El chico se esfumó enseguida.

-¡Me tienen frita estos estudiantes de intercambio!-Me miró con expresión de fastidio-. No pegan un palo al agua, se la pasan surfeando y montando fiestas, y vienen aquí a molestar a una cuando estoy en lo más interesante conversando con mi mejor cliente...

-Pili, mujer, que solo preguntaba por sus *seguealeg* -la interrumpí, conteniendo la risa.

-Pues que vocalice mejor, que no sé cómo narices aprueban si ni siquiera saben hablar... Ay, espera, que acabo de acordarme de un chiste buenísimo que me han contado hoy, que no tiene nada que ver pero te va a encantar...

Me reí. A Pili se le daba bastante bien contar chistes. La escuché con atención.

-Una mujer le enseña a su marido una tabla de la Ouija con un cuchillo y un pollo muerto encima. Y va y le dice: «Paco, he comprado esta tabla de cortar y no sé qué narices pasa, que el pollo ha resucitado ya ocho veces...» ¿Lo pillas? ¡Resucitado!

Volvía a reír. Menuda era Pilar... Debía tener buen humor para aguantar a la cantidad de imbéciles que se metían a comprar a última hora con una lista de cincuenta artículos. Y a su jefe, que por lo visto era un auténtico tirano.

-*Señorita* Pilar... está formando un atasco en la cola. ¿Le importaría dejar su faceta cómica para su tiempo libre?

Pili se atragantó al escuchar la llamada de atención del encargado del supermercado, quien se había plantado junto a su caja con los brazos cruzados y pinta de haberlo escuchado todo.

-Perdone, señor Ramírez, es que no sé qué le pasa al dichoso datáfono que no coge línea... -mintió, dándole al aparato unos golpecitos con el índice y devolviéndome el cambio con una sonrisa-. Aquí tiene, señor. Que tenga un buen día.

-Gracias a usted. Igualmente. -Torcí la boca hacia un lado, seguro de que la labor de espía de Pili no había llegado a su fin. Con suerte, en la próxima compra me pondría al corriente de los más oscuros secretos de mi vecina gruñona. Estaría bien contar con munición extra, por si se ponía pesada con mi casero y me obligaba a utilizar la artillería pesada.

Capítulo 4

PORQUE SIEMPRE SE ACUERDA DE LAS FECHAS CLAVE

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

¿Dos en una misma semana? Pues sí... Debo haberme vuelto una sentimental. O me aburro. Y ya veo que te has dado mucha prisa en contestar a mi comentario, *RegalitoDelosDioses*. ¿Qué es eso de que soy una zorra resentida y manipuladora? Pues peor me lo pones. ¿Dices que ya has conseguido una docena de invitaciones para conocerte? ¿Tú no eras dentista? ¿Será que les toca la limpieza anual? Ea, tu comentario ha sido eliminado con éxito. En serio, sin rencores, que lo cocines bien...

Fdo.: *NomeCreonada*... Sigo hambrienta, pero me apañaré.

Miré el reloj para comprobar la hora. Las once de la noche. Estaba claro que a Mimi le había surgido algo importante y había olvidado nuestra cita. Con cierta pereza, deslicé el dedo por la pantalla del móvil y revisé los mensajes de WhatsApp. Me salté la docena de mensajes de cortesía de gente a quien yo le importaba un rábano en realidad y las llamadas de mi madre tóxica, quien cada año me recordaba que seguía soltera y que me veía más vieja y con menos posibilidades y que la culpa era mía y solo mía por no hacer caso de sus consejos. Me detuve un instante en el que había enviado mi padre, una fotografía de él y Laurita, sonrientes ambos. La niña elevaba sobre la cabeza de los dos una cartulina rosa con las palabras *feliz cumpleaños* escritas con caligrafía infantil y un enorme corazón violeta dibujado. Qué mona...

Y yo qué imbécil. Estaba siendo de nuevo injusta. No era culpa de ellos que estuviera celebrando mi treinta y ocho cumpleaños en pijama y más sola que la una. Mi padre había acompañado la foto con un mensaje que decía: «Deja que te vaya a buscar. Laurita quiere cantarte cumpleaños feliz en persona y soplarle una vela.» Yo le había contestado que había quedado con unas amigas. Una mentira piadosa, como siempre. Por no decirle la verdad. Que me sentía miserable por sentir celos de aquella criatura que me pintaba corazones. Que me sentía culpable por no ser capaz de quererla y protegerla como haría cualquier hermana mayor.

Pasé con rapidez el mensaje de mi padre y, sin querer, o tal vez queriendo, porque así de idiota era yo, leí de nuevo el mensaje que Lucas me había enviado a primera hora del día: «Que pases un feliz día, Dani. Por aquí todos te echamos de menos. Tomaremos unas cañas esta noche a tu salud»... Qué amables, brindarían por mí. El muy cerdo ni siquiera se había molestado en personalizar algún *gift* con mi nombre, me enviaba el vídeo clásico de los ratones saltando sobre las teclas de un piano e interpretando *Happy Birthday*... Había tenido que contenerme para no contestarle y decirle dónde podía meterse su felicitación.

Mojé otra fresa en la copa de vino y me la metí en la boca, aplastándola entre los dientes con

rabia. Tenía que calmarme. En una hora todo habría pasado. Solo necesitaba superar aquella hora que me separaba de la media noche. Tenía aquella botella de Albariño para mí sola y cuando la cosa se pusiera deprimente, pensaba atacar las pipas aguasal y puede que incluso los cacahuets recubiertos de chocolate.

Le lancé una mirada de complicidad a René Zelweger haciendo de Bridget en la pantalla del televisor. En ese momento, perseguía en bragas a Mark Darcy por aquella calle de Londres. Qué fenómeno era Bridget. Ni siquiera sabía por qué me gustaba tanto, porque era un auténtico desastre de mujer. Torpe y bastante ingenua. Puede que fuera por eso precisamente. Su deliciosa imperfección era lo que la convertía en única para Mark Darcy. También la convertía en el objeto de mi obsesión. Era el claro ejemplo de que Mimi tenía razón y yo no. Pero no pensaba darme por vencida tan pronto.

-No tan deprisa, Bridget. No lo tienes en el bote -advertí, apuntándola con mi copa de Albariño y añadiendo con tono cruel-: En esta peli aún no lo sabes. Pero no te las prometas tan felices, amiga. Todo se tuerce en la segunda parte, que lo sepas.

Ahora ella había descubierto que Mark no la había abandonado, que el pobre solo se había acercado a aquella librería para regalarle un nuevo diario... Se besaban, ella cubierta únicamente con su rebeca y sus bragas, en aquella calle de Londres, con un frío de pelotas... Vaya, no había caído en ese detalle. Parece que todas las solteronas que picaban la cuarentena tenían su propia rebeca piojera de uso indeterminado. Estiré la manga de la mía con cierta emoción y me limpié con ella algo húmedo de la mejilla. Debía haberme salpicado jugo de fresa, seguro. No es que estuviera llorando ni mucho menos...

Escuché la canción de Gabrielle al final de la película, hipnotizada por los créditos que ascendían por la pantalla... Me gustaba aquella canción. Pero me hacía pis, así que apagué el televisor y salí en estampida hacia el baño.

Al regresar, miré mi copa de vino vacía y la botella de Albariño a la que aún le quedaba para rellenar otro par. «A la mierda», me dije. No iba a andarme con excentricidades. Me llevé el Albariño a la terraza, me senté en el cómodo silloncito esquinero y subí los pies para apoyarlos en la fresca barandilla de aluminio. Bebí directamente de la botella, sintiéndome como aquellos vagabundos que deambulaban por la estación con su tetrabrik de Don Simón.

Y entonces lo vi. El vecino cachas estaba allí plantado en su propia terraza, con los codos apoyados en el barandal y su perfil tan masculino, la mirada perdida en algún punto del firmamento... y vestido tan solo con unos calzoncillos tipo bóxer que realzaban de un modo diabólico su anatomía de infarto. Y estaba solo. Así que, una de dos, la fiesta se le había ido al garete o se lo había inventado solo para dar pena y hacerse con las últimas fresas.

Fingí que no me había dado cuenta y volví la cabeza hacia el lado contrario, no fuera que le diera por darme conversación y tuviera que cerrar el último episodio de mis treinta y siete años con unos cuantos vete a la mierda. Que tampoco era plan.

-Vecinaaaaa.

Me hice la loca cuando aquella voz grave que provenía del balcón de enfrente comenzó a llamarme. Parecía que la trajera el viento, como cuando Orson Wells llamaba a Joan Fontaine en la versión clásica de *Jane Eyre*. Solo que la de mi vecino estaba claramente teñida de pitorreo y en lugar de persuadirme para regresar a Thornfield, lo único que pretendía era fastidiarme para vengarse por lo del súper.

-Vecinaaaa.

El muy majadero insistía. Chasquéé la lengua, contrariada. Bajé los pies de la barandilla, di un último trago largo y con la botella de Albariño a punto de ser declarada vidrio reciclable, me alongué en el balcón.

-Deja de llamarme, idiota. Vas a despertar a todo el vecindario -susurré, cerrándome la rebeca hasta el cuello como si quisiera prevenir, de un modo bastante absurdo, el ataque del conde Drácula.

Él cambió de postura, se inclinó un poco más, cruzó los antebrazos y apoyó la barbilla encima. Pese a la hora, la luna le iluminaba como un potente foco y pude distinguir perfectamente cómo se marcaban los músculos en la curvatura de su espalda.

-¿Y tu fiesta?

No sé ni por qué se lo pregunté y me arrepentí enseguida, aunque demasiado tarde. El vecino ya se erguía dispuesto a responder a mi pregunta como si me importara un huevo de pato lo que me dijera.

-Se fastidió en el último momento -confesó, pero no parecía decepcionado.

-Qué pena -contesté, intentando mostrarme empática pero sin éxito.

-Sé que mientes -dijo él, y me pareció escuchar una risa queda atravesando la distancia que nos separaba-. Pero te perdono. Porque lo tuyo es mucho peor y soy así de buena gente.

¿Lo mío? Pero ¿de qué estaba hablando aquel memo?

Otra vez aquella risa que, tal vez por el efecto del Albariño, me acariciaba lentamente el oído y se introducía como un gusanito jugueteón por mis sentidos.

-Cuando volví a casa después de nuestro duelo por las fresas, me di cuenta de que había olvidado comprar pan -explicó, y yo sabía que me clavaba la mirada mientras lo hacía-. Bajé de nuevo al súper a pillar un par de barras y Pili, la cajera, me lo contó.

No tenía ni idea de lo que Pili le había contado. Pero decidí que aquello era demasiada intimidad. Porque yo estaba un poco en las nubes y creo que hasta empezaba a fantasear con la imagen de su cuerpo escultural cubierto tan solo por aquellos bóxer confeccionados para el pecado.

-Que hoy es tu cumpleaños, vecina. Que le enseñaste el DNI cuando pasaste la tarjeta de crédito -siguió él, esperando mi reacción.

Por supuesto, seguí callada como si me hubieran cercenado la lengua o las cuerdas vocales. En aquel instante, creo que habría podido acudir al Registro Civil y cambiarme el nombre, sin pensarlo. O al salón de tatuajes que había a dos calles. Les habría dicho: «Adelante, poned mi

nuevo nombre, sin contemplaciones»... Humillación. Maldita cajera fisgona. Ahora sí que le había dado munición al vecino para que me tomara por una... por una... ¿por una qué? Por lo que era, ni más ni menos. Una desgraciada que cumplía treinta y ocho en la soledad de su apartamento porque su mejor amiga había olvidado que lo celebrarían juntas.

-Oye... ¿estás bien?

Su pregunta me dejó helada. Ahora su tono no tenía matices burlones. Parecía sinceramente preocupado. Puede que fuera por aquellas dos lagrimitas traidoras que se habían deslizado por mis mejillas hasta los labios y que yo, ansiosamente, ya había relamido con la punta de la lengua en un intento desesperado por que él no las viera.

-Ey... No llores... Por favor...

-A la porra... -murmuré, dando un trago largo, directamente del gollete de la botella. Cerré los ojos un momento. Seguro que si le ignoraba, se aburriría y me dejaría en paz. Intenté concentrarme en nada y parecer absorta, a ver si era suficiente para despistarle. Por suerte, nuestra calle estaba poco frecuentada aquella noche y resultaba agradable estar allí, casi en silencio... Casi.

Tenía que estar soñando. Era la única explicación a que ahora estuviera escuchando una versión muy almibarada de Alejandro Fernández interpretando *Las mañanitas... Estas son las mañanitas que cantaba el rey David, a las muchachas bonitas se las cantamos así, despierta, mi bien, despierta, mira que ya amaneció...* Pero esto... ¿qué carajo era? Abrí los ojos bruscamente y apreté los dientes al ver como mi vecino, el ladrón de fresas, me apuntaba como su teléfono móvil, del que salía aquella felicitación musical no apta para gente como yo, a la deriva.

-Pensé que te haría ilusión -dijo, apagando la música enseguida cuando yo le apunté con mi botella-. Ey, tranquila... No vayas a lanzarla, que puedes matar a algún peatón ahí abajo.

-No voy a lanzarla... -repliqué, y anuncié con tono un tanto infantil-: Voy a bebérmela.

-¿Tú sola?

-¿Y eso qué?

-Nada, eso nada. Pero como es tu cumpleaños, pensé que lo celebrarías en compañía de alguien -explicó él, apoyándose en la barandilla con la clara intención de quedarse allí toda la noche para contemplar mi debacle.

«Yo también», pensé con resquemor. Pero había rechazado la oferta de mi padre y mi dulce hermana, a quien yo ninguneaba. Mis colegas del despacho preferían tomarse una copa en mi nombre que compartir una cena conmigo. Mimi me había dejado tirada y seguramente ahora estaba demasiado ocupada tirándose a Marín en su apartamento. Y mi hámster escapista había pasado a mejor vida en una de sus travesuras. Así que... sí, me la bebería sola. Y ojalá me subiera pronto a la cabeza y pudiera dormirme y olvidarme para siempre de aquel cumpleaños horrible.

-Venga, no seas boba...

-¿Qué eres, un acosador o qué? -lo interrogué con desconfianza.

Se rio, enigmático.

-¿O qué? ¿O qué? ¿Nunca dejas de preguntarte todo? -rio de nuevo y, al hacerlo, se le formaron

unos atractivos hoyuelos en las mejillas.

Yo debía estar ya pedo. Sentí el impulso repentino de saltar a su balcón, lo cual era una locura porque nos separaban unos cuantos metros, y hundir mis labios en aquellos agujeritos tan varoniles. «Calma, Daniela, calma... que te pierdes por el camino», me aconsejé a mí misma.

-¿Te apetece que salgamos a tomar algo para celebrarlo? -ofreció mi vecino cachas a quien yo no tragaba.

-¿Para qué, para luego hundir mis labios en los hoyuelos de tus mejillas?

Mierda, mierda, mierda... ¿yo había dicho eso? Pero ¿en qué bodega demoníaca habían madurado aquel vino? Miré con disimulo la etiqueta. Ni siquiera era uno de reserva.

Por suerte para mí, un coche atravesó la calzada que separaba nuestros edificios y el rugido del motor dispersó mi pregunta estúpida en la atmósfera.

-Perdona, no te he oído... ¿qué has dicho? -Él se inclinó.

Por un momento, temí que cayera al vacío. Pero no. Era ágil el bombero, como no podía ser de otra manera. Contra mi voluntad, lo imaginé trepando por mi balcón y cargándose como un saco sobre sus magníficas espaldas, después de que yo hubiera volado medio edificio mientras dejaba al fuego una tortilla y me ventilaba todas las temporadas de *Juego de tronos* con el volumen de mis auriculares a toda castaña.

-Digo que estoy ocupada, ¿no lo ves? -Di otro trago largo, intentando demostrarle que aquella fiesta de cumpleaños conmigo como única invitada era la bomba.

-Vale, lo capto. No insisto más. Que te diviertas, vecina.

Se dio media vuelta, mostrándome su espectacular trasero y su espalda que podría sostener el globo terráqueo como si fuera la de Atlas. Me alegré de que se diera por vencido y no pudiera ver cómo salivaba mientras me imaginaba que me liaba la manta a la cabeza y aceptaba su invitación. «Joder, Mimi, ¿tenías que dejarme plantada justo el día de mi cumpleaños?». Me sentí estafada por mi amiga. Seguro que su aplicación para ligar estaba siendo un éxito. Pero puede que estuviera olvidando que existían otros tipos de afecto que no tenían nada que ver con el sexo y el romanticismo.

Regresé al salón, valorando seriamente si abría una lata de cerveza. La mezcla con el vino podía ser la solución para mi problema de insomnio. Y entonces, vi que la lucecita de mi móvil parpadeaba insistentemente. Lo cogí y chasquéé la lengua, había activado el modo silencio sin darme cuenta. Diez llamadas perdidas, cinco de mi madre (otro año que se olvidaba de felicitarme) que ignoré y el resto de Mimi... Abrí la última conversación de WhatsApp... Tenía una docena de mensajes de Mimi. Los leí, mordéndome los labios con rabia y remordimiento...

MIMI_22:00: ¿Vienes o qué? Marín y yo llevamos más de media hora esperándote en La Marinera, donde habíamos quedado. Date prisa, el camarero está mirando tu asiento como si creyera que somos un par de pirados que han quedado a cenar con el hombre invisible. Te estoy llamando y me salta tu buzón de voz.

MIMI_22:30: Dani, hemos pedido unos entrantes porque estoy famélica. Llevo dos cañas y empiezo a fantasear con beberme hasta el agua de los jarrones, ¿ha pasado algo? ¡Coge el móvil!

MIMI_22:40: Dani, habíamos encargado un arroz negro con chipirones y ni me atrevo a decirle al camarero que no vas a venir. Porque... vienes, ¿verdad? Oye, coge el móvil y pierde el culo hasta aquí, que Marín está empezando a mosquearse y

ya sabes que es un amor, pero se le está poniendo una cara de «se va a enterar Daniela cuando llegue» que da grima... El pobre canceló una entrevista en la radio para estar en tu cumple, ¡date prisa!

MIMI_23:00: Dani, nos hemos comido el gofio escaldado con cebolla roja, las puntitas de calamar y las papas con mojo verde. Como no coges el teléfono y no contestas a mis mensajes, voy a pensar con calma y suponer que te has olvidado de nuestra cita. Entiendo que no vendrás. Le voy a decir al camarero que nos ponga para llevar el arroz y voy para casa. Que sepas que cuando llegue, te espera una buena...

«Idiota, idiota»... Tiré el móvil contra el sofá, pero me arrepentí enseguida y lo recuperé para marcar el número de Mimi.

No hizo falta. Escuché el sonido de la llave en la cerradura y al instante, el huracán Mimi, seguida de Marín, el maestro de las croquetas, me arrolló. Los dos se plantaron frente a mí y contemplaron la pinta deprimente que tenía, en pijama y zapatillas y habiéndome zumbado una botella de vino yo solita. Creo que comprendieron que ya estaba bastante hundida y decidieron no hacer leña del árbol caído con sus reproches.

-Creí que habíamos quedado en casa y te habías olvidado -dije con mi mejor cara de metepatas.

-Pero mira que eres... *Fingí* que me había olvidado -subrayó Mimi-. Te dije que quedábamos en La Marinera para celebrar el nuevo contrato de Marín con la cadena Riu. Era una excusa para celebrar tu cumpleaños, *tontalculo*. Te vas a comer el arroz negro frío, por *gili*. Pero si hasta te habíamos llevado una tartita de Guirlache...

Me enseñó la caja con el membrete del famoso restaurante a pie de playa y Marín, a su vez, me mostró el envoltorio rojo de la pastelería que contenía la tarta.

-No tengo perdón -asumí, dejando caer los brazos con expresión de sincero arrepentimiento.

-No, no lo tienes. Pero como te queremos igual, nos vamos a comer todo esto. Trae un par de platos y unos cubiertos, pedazo de burra. -Me empujó hacia la cocina, pero me retuvo un momento antes para abrazarme fuertemente-. ¿En serio creíste que nos íbamos a olvidar de tu cumpleaños? Marín, dale tú un guantazo, que si se lo doy yo, voy a sentirme fatal. Que soy muy sensible y odio la violencia.

-Yo paso de violencia. Prefiero comerme la cobertura de chocolate crujiente de la tarta, la parte que más le gusta. Así aprenderá. -Me besó en la mejilla, demostrándome que los dos estaban más preocupados que enfadados por el plantón.

-Venom se ha escapado -anuncié la pérdida de mi hámster como si fuera la guinda del pastel de mi vida que se arruinaba por momentos.

-Te he dicho un millón de veces que esos bichos no son de fiar -rio Mimi-. ¿Por qué no adoptaste un pingüino cuando tuviste oportunidad?

Me dejé abrazar y besar y después los miré, preguntándome qué había hecho yo bien para merecerme unos amigos así. Era un misterio. Pero me alegraba de que estuvieran.

Capítulo 5

PORQUE LE GUSTAN LOS ANIMALES

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

Hoy estoy de luto. Bueno, casi de luto. Los que tenéis animales seguro que me entendéis. Mi hámster se ha ido. O muerto. O desaparecido... No estoy segura. Pero tengo una cosa clara, chico que busca chica o al revés: si te gustan los animales, ponlo en tu perfil, es importante. Que después vienen las sorpresas, las alergias y las rinitis y los *quítame de ahí esas pipas de comida para ratones, que las confundo con semillas de sésamo y las pongo en la ensalada...* Si te gustan los animales, déjalo bien claro, que luego te encuentras con amigos bienintencionados que te regalan un hámster y tú te sientes fatal porque te has dejado la tapa del retrete abierta y, nadie sabe cómo, ese roedor logró escalar y tirar de la cisterna... Y es un ejemplo, ¿vale? No es que me haya pasado a mí. En fin. Hombres y mujeres en busca del amor... ¿alguien puede explicarme cómo es posible que un animalito tan diminuto pueda dejar un vacío tan grande?

Fdo.: *NomeCreonada*... Con remordimientos.

Y aquí estaba yo, un viernes por la noche, en aquella tienda de animales de la planta baja del centro comercial. Disimulando, a ver si, con suerte, el dependiente no se acordaba de mí. Pegué literalmente la nariz en el cristal de la urna, donde aquellos ratoncitos tan graciosos daban vueltas en el interior de su rueda de paseo. Ya había escogido uno desde el principio, pero me quedé allí un buen rato, contemplando extasiada cómo los roedores seguían con lo suyo, ajenos a cualquier otra distracción que no fuera el incesante movimiento de la rueda roja.

Me gustaban aquellos bichos. Me gustaba que fuera casi imposible distinguirlos. Me gustaba que tuvieran aquella vida en miniatura en la que los problemas del mundo no significaban nada, que fueran felices en su pequeño universo, comiendo pipas y ejercitando la musculatura en aquella carrera absurda que no les conducía a ningún sitio. En el fondo, me sentía un poco identificada con ellos. Solo que en mi caso, la rueda era un tanto mayor y maldita la gracia que me hacía el entrenamiento.

Antes de dejar el trabajo, solía consolarme con los cafés que compartía en los descansos con mi Mark Darcy particular, el culpable de mi pasión por los roedores y quien me había regalado el primero, para que me hiciera compañía porque él no podía ni quería. Lucas García. El hombre perfecto. Alto, rubio, ojos azules... El maldito se parecía al marido de la Pataky, el australiano que interpretaba al Thor de *Los Vengadores*. Lucas había sido el primero de su promoción de Derecho. Una fiera en los juzgados. Un bombón andante con un defecto insalvable. El problema del dedo. No es que lo tuviera roto ni deforme ni nada de eso. Es que alguna zorra más lista y más rápida que yo le había ajustado una alianza hacía cinco años. Y Lucas era más leal que el marido sufrido de *El diario de Noah*. Ya podía su mujer ser un adefesio con pelo de estropajo, que no lo era, que Lucas era incapaz de mirar a otra que no fuera ella. Llevaba colgado el cartel de *mírame y no me toques* y eso lo hacía aún más... apetecible. No porque me fueran los tríos ni los amores

imposibles. Ni siquiera porque me diera morbo intentar levantarlo a Don Perfecto a Irene Campos, que así se llamaba la afortunada. No era eso. Es que Lucas era sencillamente... ideal. Y como no podía tenerlo, pues allí estaba. Buscando la compañía de un hámster y pensando alguna excusa para no confesar que al anterior me lo había cargado sin querer.

-¿Vienes a llevarte otro? ¿Le buscas novia al del mes pasado?

Me sobresalté al escuchar la voz a mi espalda. Me golpeé la frente con el cristal y los ratoncitos se apresuraron a esconderse en la casita de plástico que les servía de refugio. Miré al empleado de la tienda de animales, preguntándome cómo era posible que con tanta gente como pasaba por allí, tuviera que acordarse precisamente de mí.

Reparé en su pelo cortado a cepillo, decolorado en el flequillo en un tono anaranjado, y en la argolla que colgaba de su oreja izquierda. Leí mentalmente la chapita identificativa de su camiseta verde.

-¿Te conozco? -le pregunté con desconfianza.

-Supongo. Me acuerdo de ti. Te vendí un hámster ruso el mes pasado. Soy Javi, tu asesor personal de mascotas, ¿en qué puedo ayudarte? -Se señaló la placa con orgullo, subrayando con el dedo índice las letras y la frase que acababa de recitar escritas bajo su nombre.

-Humm -lo medité unos segundos-. Es posible que sí. A ver, Javi, ¿tienes alguno de estos que venga con garantía?

-¿Con garantía de qué? ¿Le ha pasado algo al otro? ¿Te ha mordido?

Pensé con rapidez. La verdad es que iba a sonar fatal si le contaba la verdad. Que había dejado la jaula abierta un momento y el muy bribón, no sabía cómo, había escalado hasta el retrete abierto y había sido succionado por el desagüe al tirar de la cisterna. No me había dado tiempo ni de reaccionar. Cuando quise darme cuenta, aquel cabroncete al que al principio había confundido con un matojo de mi propio pelo, ya iba camino de la cañería general del edificio.

-Se escapó. Debió pensar que la vida en mi piso era muy aburrida -respondí, analizando la expresión del otro a ver si se tragaba la historia.

-Vaya, qué mala suerte. ¿Has comprobado si está escondido en algún armario?

-Pues claro... Claro que lo he comprobado. He buscado hasta bajo las alfombras y nada -seguí con la mentira, ya que parecía que el tal Javi no sospechaba nada. Y no sabía que en mi casa no había alfombras.

-Pues vaya -repitió-. En ese caso... ¿algún color en especial?

-¿Puede ser ese, exactamente igual que el otro? -Señalé a un pequeñín que asomaba el hocico con curiosidad.

-Así que una mujer de ideas fijas. -Javi sonrió-. Bueno, puedes llevarte el que quieras. Con una condición.

Lo miré con desconfianza. A lo mejor aquel tipo estaba interpretando que podía tomarse ciertas libertades.

-No te asustes, mujer, que no voy a pedirte una cita -me tranquilizó el dependiente enseguida,

riendo abiertamente, como si la mera idea de tontear con alguien como yo fuera aún más absurda que la mentira que le había contado-. Tienes que prometerme que tendrás más cuidado con este. No te lo tomes como algo personal, ¿vale? Duran poco y es normal que uno asuma que no les tiene que tomar demasiado cariño. Pero es que me saca de quicio cada vez que viene una madre buscando un ruso para su niño insoportable de cinco años.

-Si te consuela, yo ya pasado de los treinta. -Torcí los labios en una mueca sarcástica.

-Ya, ya... Eso salta a la vista. Solo digo que... bueno, tú míralo bien. -Señaló al ratón que husmeaba ahora algo entre sus virutas de madera-. Este pequeñajo tiene apenas dos años para vivir la vida a toda leche, ¿entiendes? Promete que lo cuidarás bien.

Fruncí el ceño. Joder, este tío sabe que me he cargado al otro.

-Mira... Javi, si venderme al bicho te supone un dilema existencial, casi que me llevo uno de esos peces de ahí. -Desvié la mirada hacia las peceras cuadradas del otro extremo de la tienda.

-No, qué va... El enano es tuyo si lo quieres -sonrió Javi, conciliador-. Ahora mismo te lo pongo en una cajita. ¿Quieres también una bolsa de comida y algunas varitas de roer?

Qué hábil, el tío pretende venderme media tienda apelando a mi conciencia.

-Solo el hámster, gracias -respondí con sequedad-. Por suerte, me queda un surtido de todo gracias a su antecesor huído.

-Perfecto. Pues te lo llevo a la caja, ¿vale?

-Estupendo. -¡Por fin! He estado a punto de confesar hasta cuando robaba los caramelos en la tienda de chuches del barrio-. Pagaré con tarjeta... Para que vayas preparando el datáfono, digo.

-Claro, sin problema...

Lo acompañé mientras rebuscaba la cartera en el interior del bolso. Mierda, tenía que hacer limpieza cuanto antes. No encontraba la maldita cartera entre tanta porquería. Aparté con los dedos unas cuantas multas viejas de zona azul de aparcamiento y se me quedó pegado al dedo índice un envoltorio vacío de chocolatina Bounty derretida. ¿De cuándo era aquel pegote? ¿Y por qué no me la había comido, con lo que me gustaban?

-Mierda...

-¿Necesitas ayuda?

Me giré al escuchar la voz. Apreté los labios sin ocultar lo mucho que me incomodaba la compañía.

-Vaya, qué sorpresa... El que faltaba. ¿Qué tal, vecino, vienes a por algo para picar entre horas? Me parece que te equivocas de tienda, musculitos. En esta no venden batidos de proteínas de esos.

También era mala suerte que me topara con aquel idiota precisamente allí, con lo grande que era la isla. Estaba claro que no era mi día de suerte. Como si no fuera bastante aguantar a aquel mamarracho luciendo bíceps cada mañana a ritmo de *Eye of the Tiger*. La verdad, me había sentido un poco culpable por quejarme del ruido y fastidiarle el entrenamiento mañanero. Pero el remordimiento se me pasaba en cuanto me topaba con él en la calle. El muy imbécil desplegaba sus encantos como si creyera que las tías tuviéramos que caer rendidas a sus pies por el efecto de

sus pectorales bajo la camiseta. Mejor no pensarlo.

-Los de mi turno hemos adoptado un gato -informó como si pensara que realmente me importasen sus motivos para coincidir allí-. Pero mis compañeros suelen olvidar que no es un peluche. Y me toca venir a por sus *friskies* o el pobre gato no come.

-Qué bien...

Álex apoyó un codo en el mostrador, girando el torso hacia mí y observando con diversión cómo mantenía el tipo mientras buscaba la tarjeta de crédito en el desastre que era mi bolso.

-Son cincuenta euros -anunció el dependiente de pelo naranja.

-¿Cincuenta? -pregunté, un tanto sorprendida por el precio. Lo miré entre los párpados entrecerrados-. Oye, el otro me costó treinta y cinco. ¿Qué pasa, se trata de algún impuesto revolucionario para clientes pardillos?

-Es que este mes nos quedamos sin existencias. Y como te llevas de los últimos, pagas más.

-Pues qué bien. A lo mejor vuelvo el mes que viene a ver si pilló oferta -dije con ironía.

-A lo mejor. O a lo mejor, te quedas sin este tan mono y el siguiente te sale mordedor.

-Chico, dale el ratón si aprecias en algo tu pellejo -aconsejó Álex, quien lo pasaba en grande viendo que he logrado encontrar el monedero.

-Encantado. En cuanto pague.

-Oye, que tengo dinero....

-Y yo un contrato temporal. Si no hay *money money*, no hay *mouse mouse*. -Javi le guiñó un ojo al bombero.

Parecía que aquellos dos se habían confabulado contra mí para tomarme el pelo. Valoré seriamente la situación y, de un modo muy racional y adulto, valoré también la posibilidad de coger la caja con agujeritos que contenía al hámster y salir corriendo sin pagar.

-Tío, dale el ratón. -Álex sacó su cartera y le entregó su visa al dependiente-. Ni te imaginas cómo se pone cuando no consigue lo que quiere.

Qué cínico. Todavía está resentido porque me quejé a su casero.

-No necesito tu dinero -repliqué, orgullosa.

Ignorándome, Álex tecleó su clave en el terminal del banco y después, me entregó la cajita que contenía a mi nuevo compañero de piso.

-Aquí tienes, *Diana*... Intenta no comértelo -me susurró al oído con tono jocoso.

Estuve a punto de estrellarle el bolso en la cara. El muy cabrón me comparaba con aquella mala malísima de una serie de ciencia ficción de los ochenta. Una villana de campeonato, un reptil disfrazado de humana que se desencajaba la mandíbula para engullir a inocentes ratoncitos como si fueran boquerones en vinagre.

-Gracias. -Le arranqué la caja de las manos-. Y tú intenta no ser tan gilipollas la próxima vez que te vea.

-Cómo nos ponemos, vecina... Cualquiera diría que acabo de hacerte un regalo.

-No es un regalo, idiota. En cuanto encuentre la cartera, te lo devuelvo. No vaya a ser que

decidas pagármelo dedicándome alguna de tus sesiones de entrenamiento y me dé un infarto de la impresión -lo pinché, mientras continuaba buscando, sin éxito, la dichosa cartera.

-Ah, ya veo... Orgullosa hasta el final. Pues toma, por si se te olvida. -Metió por la abertura de mi bolso la factura que le había entregado el dependiente.

-Descuida, que en cuanto llegue a casa, anotaré esta deuda en mi lista de prioridades, justo después de encontrar el anillo único y antes de robar los planos de la *Estrella de la Muerte*. -Le sostuve unos segundos la mirada, furiosa. Acto seguido, la aparté con brusquedad para clavarla en el dependiente, quien permanecía con los codos sobre el mostrador, contemplando la escena con expresión divertida-. ¿Y tú qué miras? ¿No tienes nada que hacer por la tienda... alimentar a los peces, cepillar a los conejos... timar a otra clienta...?

-Oye, conmigo no la pagues... -El chico levantó las palmas de las manos, sin perder la sonrisa, y añadió de buen humor-: Me caes bien... Eres una friki en toda regla.

-No soy friki -objeté.

-Dice la verdad. No lo es. Ni siquiera es humana... Bajo esa apariencia inofensiva y ese metro cincuenta, se oculta una peligrosa forma de vida alienígena ansiosa por parasitar sobre algún pobre mortal indefenso. -Álex se hizo a un lado y me dejó pasar antes de que lo arrollase de camino a la puerta.

-Vete a la...

Cerré la boca de pronto. Una clienta tiraba con insistencia de la manita de su hija pequeña. La mujer colocó a la niña bajo su protección y le tapó las orejas con las manos para evitar que escuchara alguna palabrota.

-Mira, te vas a librar porque hay mucho público -advertí, empujando con la pierna la puerta y lanzándole otra mirada fulminante-. ¿Sabes qué? Pídele a ese que te preste una vitrina, métete dentro, luce tus musculitos y pon tu mejor cara de memo. A ver si, con suerte, te adopta alguna monitora de aerobio veinteañera y te perdemos de vista...

Álex me siguió hasta el pasillo que conducía a las escaleras mecánicas de bajada al *parking*.

Apreté el paso, intentando recordar dónde había aparcado el coche. ¿Era el *parking* azul o el amarillo? Lo del aparcamiento tenía que hacérmelo mirar. En una ocasión había salido del cine y había tenido que esperar una hora hasta que se despejó el aparcamiento para dar con mi coche. Por suerte, ahora lo vi a pocos metros. Lancé un juramento al descubrir el papelito cuidadosamente doblado bajo el limpiaparabrisas de mi Toyota gris. Más publicidad de los del lavado de coches. Se veía que la mugre de mi Toyota atraía como la miel a las abejas a los de aquel negocio. Abrí la puerta del vehículo, cogí la publicidad y la hice una pelota antes de arrojarla sobre el asiento del copiloto para que le hiciera compañía a las otras diez que había acumulado aquel mes. ¿Por qué no las tiraba algún día? Puede que fuera algo del subconsciente, una alerta para recordarme que, tarde o temprano, a mi corcel le tocaba un buen baño.

Dejé la cajita con el hámster en el mismo asiento y accioné el contacto. Bajé la ventanilla, pensando que un poco de aire fresco me calmaría el sofoco. Una estupidez en realidad, porque no

conocía ni un solo aparcamiento de centro comercial en el que corriera el aire. Parecía que los diseñaban expresamente para que se asemejaran a cámaras mortuorias o algo así. De todas formas, aspiré con fuerza, arrugando la nariz al percibir un aroma fresco que no provenía del cemento de la columna pintada de amarillo. No, no era la columna. Con disgusto, comprobé que el bombero seguía allí. El muy cansino me había seguido e inclinaba la cabeza hasta casi meterla en el habitáculo de mi coche.

Pisé el embrague, con toda la intención de meter la primera y acelerar.

Álex fue más rápido. Con un movimiento que fue visto y no visto, alargó el brazo hasta las llaves y las quitó del contacto.

-Venga ya... ¿en serio? Mira que no estoy de humor, te lo aviso...

-No te has puesto el cinturón -me recordó él, cortante, agitando además en la mano libre, mi teléfono móvil-. Y te dejabas esto.

Gruñí. Debía haberlo olvidado en la tienda mientras buscaba la cartera.

-Pues has hecho tu buena obra del día, mira por dónde -me mofé-. Ahora, ya puedes largarte a rescatar gatos de los árboles o lo que sea que suelen hacer los imbéciles como tú en su tiempo libre.

Álex chasqueó la lengua, sin achicarse un ápice ante mi más que evidente intento por ridiculizarlo.

-Muy mal, abogada... He oído por el barrio que eres una rompematrimonios sin escrúpulos. Pero desde que te conozco algo más, he descubierto que se quedaban cortos contigo.

-Me partes el corazón. Si no tuviera claro que no sabes deletrear escrúpulos, hasta me sentiría ofendida... Y devuélveme las llaves si no quieres que saque mi libro de hechizos y te desintegre, que llego tarde. -Estiré el brazo, pero él puso las llaves fuera de mi alcance con expresión traviesa-. Oye, no estoy de humor... Mis llaves.

Álex despegó los labios. Debía sentirse bastante idiota por haber corrido por todo el aparcamiento para devolverle su dichoso móvil. Pero miró hacia otro lado con distracción y no dijo nada.

-No te entretengo más, abogada. No quisiera que por mi culpa, llegaras tarde a algún aquelarre y tuvieran que buscarse otra maestra de ceremonias. Suerte con tu mascota. -Depositó las llaves, muy suavemente, sobre el salpicadero del coche.

¿Y por qué estaba ahora tan colaborador? Lo vi alejarse y contra mi voluntad, me fijé más de la cuenta en lo bien que le sentaban los vaqueros y en lo bien que se ajustaba la camiseta a la poderosa musculatura de su espalda.

«Cuidado, Daniela... ni hablar de tener este tipo de pensamientos con este individuo concreto», me advertí a sí misma.

No tuve tiempo de nada más. Al segundo siguiente, algo suave y pequeño se movía entre mis pies y a punto estuve de aplastarlo con el pedal del acelerador.

-¿Pero qué...? -Tiré del freno de mano para inmovilizar el coche y me agaché con dificultad,

palpando los bajos de los asientos en un vano intento de atrapar al hámster sin romperle algún hueso-. Pero ¿se puede saber cómo has salido de esa caja? Es que no me lo puedo creer... Todavía voy a tener que explicarle al del flequillo que he perdido al maldito ratón a diez metros de la tienda... No fastidies, chiquitín... Vuelve a la caja, por favor... Venga, no me hagas esto... Te prometo que te dejaré roer todos los cordones de playeras que quieras.

No se me ocurría nada más tentador para una mascota que arruinar los cordones de cualquier calzado. Sonreí mi propia ocurrencia disparatada. Allí estaba, intentando sobornar a un ratón escapista y reptando bajo la tapicería de un Toyota de segunda mano.

Me estiré aún más, cayendo hacia un lado de tal modo que mi cabeza descansaba en el asiento de al lado, sobre mi brazo derecho, mientras con el otro brazo seguía intentando atraer al ratón hacia mi mano. No podía ni plantearme abrir la puerta para estar más cómoda. Sabía que en cuanto lo hiciera, el pobre bicho saltaría al cemento. El aparcamiento estaba bastante concurrido, no solo por vehículos sino también por carritos de la compra que la gente dejaba abandonados en cualquier esquina. Las posibilidades de que sobreviviera y no fuera aplastado por algún coche, por un peatón despistado o por un carro del Carrefour eran tan escasas que deseché de inmediato la idea.

-Venga, amiguito, no seas suicida... Vuelve a la caja... Que van a declararme persona *non grata* entre los de tu especie si la diñas el primer día -supliqué, lanzando un gemido al comprobar que se me había quedado atascada la mano bajo el asiento-. No me fastidies... Lo que me faltaba... Esto no puede ir peor...

Como respuesta a mi afirmación, un ligero golpe en el cristal de la ventanilla del coche me obligó a elevar la mirada. Otra vez el bombero, con su cara bronceada y su sonrisa de anuncio de Colgate. ¿Pero no dijo que se iba? «Tierra, trágame y no me escupas hasta 2030», pensé, muerta de vergüenza. Para disimular, apoyé el codo del brazo libre en el asiento y dejé que mi mejilla sudorosa descansara en la palma de la mano. La temperatura había subido por lo menos diez grados o, al menos, eso me parecía. Puede que fuera el esfuerzo de buscar al hámster o la visión del bombero *tocanarices*, no estaba segura.

Álex metió de nuevo la cabeza por la ventanilla, realizando un fugaz análisis de la situación.

-¿Me quieres explicar cómo rayos has acabado así? -Lo preguntó sin esperar respuesta, ya que yo lo miraba como si quisiera de verdad llevar a cabo mi amenaza de desintegrarle con algún conjuro.

-Ya ves, me apetecía relajarme un rato aquí. -Le dediqué una sonrisa forzada.

-¿Aún no lo has atrapado? -preguntó Álex, ignorando mi sarcasmo.

En el fondo, se sentía un poco culpable, porque había visto perfectamente al ratón a la fuga y no había hecho nada para evitarlo. Tal vez por aquella razón, su conciencia le había hecho dar media vuelta antes de llegar a la escalera mecánica y regresar a la tienda de animales. Pero ni en sus sueños más surrealistas esperaba encontrarme en aquella situación.

-Oh, sí, tranquilo... Si estamos la mar de bien. Es que hemos decidido intimar un poco aquí antes de montarnos la juerga en mi casa... -Me mordí los labios, reprimiendo el dolor que empezaba a sentir en la muñeca que permanecía atrapada bajo el otro asiento.

Álex desvió la mirada hacia el lugar donde yo miraba con cierta desesperación.

-La madre que me... ¿cómo demonios has metido la mano ahí? Espera un momento, abriré la puerta y te ayudaré a sacar la...

-¡No, ni se te ocurra abrir la puerta! Ese enano traidor acabará hecho puré en cuanto lo hagas - dije, llamando al ratón como si fuera un gato, siseando-. Vamos, ratoncito, no seas travieso... vuelve a tu caja...

-¿Le siseas a un hámster? -Álex se llevó la mano a los ojos y los restregó, estupefacto-. No me lo puedo creer... Anda, quédate quieta. Seguro que mañana me arrepentiré de esto, pero ahora voy a sacar tu garra de urraca de ahí...

-¿Para que pueda darte un guantazo por meterte donde nadie te llama?

-Para que me pagues lo que me debes... Cierra el pico y deja que te ayude. Y que conste que lo hago porque no quiero tener en mi conciencia la muerte de ese pobre hámster. Bastante desgracia tiene con que lo haya adoptado una psicópata -se burló, mientras abría la puerta del otro lado con mucho cuidado y con un par de movimientos casi felinos, atrapaba al escurridizo ratón y lo devolvía a la cajita-. Este amigo ya está a salvo. Ahora la dueña, antes de que me arrepienta.

-Oye, que si voy a tener que agradecértelo hasta que muera, mejor me dejas aquí, ¿eh? Que ya pediré una pizza con el móvil y me apañó hasta que...

-¿Hasta qué? ¿Hasta que se te gangrenen los dedos? Serás orgullosa... -Rebuscó en mi bolso, dando fe de que lo de no encontrar mi cartera no había sido en absoluto un truco para no pagar.

Mi bolso contenía todo un pequeño ecosistema de vida en forma de caramelos derretidos, pelos pegados a envoltorios, papeles y un largo etcétera de objetos que él parecía no estar dispuesto a identificar, lo cual agradecí.

-Si me dices lo que buscas, te ayudo.

-Algo... algo como esto... -Me mostró con expresión de victoria un tubito de crema hidratante para manos. Sin perder un segundo, desenroscó la tapa y apretó el tubo, sacando una buena cantidad y frotándose las palmas de las manos con ella.

-Ah, muy bien, perfecto. Me alegra que te guste mi crema de manos... Cuando termines con ella, tengo una barra de labios de Max Factor que le iría de perlas a tu tono de piel -mascullé, enfadada. En realidad, un poco asustada porque ya no sentía el brazo de estar en aquella incómoda postura.

-Pero mira que eres bocazas... -Ni me miró. Se inclinó y se empleó a fondo, frotándose enérgicamente el antebrazo y la muñeca que había quedado atrapada en la estructura metálica bajo el asiento. Comenzó a tirar con suavidad de mi extremidad y como por arte de magia, mi brazo fue liberado y se reunió con el resto de su dueña para alivio de la susodicha.

Durante un instante, nuestros rostros quedaron muy cerca. Tanto que el aliento de él me rozaba la

mejilla, provocando que mi piel se erizara para mayor tormento. Mis ojos quedaron atrapados en la mirada azul del hombre y algo extraño, irracional, nuevo e inquietante, se removió en mi interior.

«Tiene que ser una broma. Serán gases, por la comida mejicana de anoche...». Me incorporé a toda prisa. Me froté el brazo y la mano, juramentando entre dientes una buena parte de mi repertorio borde espanta buenas intenciones.

-De nada -dijo él, irguiéndose lentamente y enroscando con mucha parsimonia el tapón en el tubo de crema. Me lo devolvió sin apartar la mirada.

«Se creará que me intimidan esos ojos azules del color del océano...». Quería decir algo mordaz. Sin embargo, parecía que mi voluntad estaba siendo anulada por aquella mirada que seguía esperando algo, tal vez un... ¿gracias?...

-No querrás una propina... Por lo de sacarme del aprieto. -Aleluya. Por fin mi cerebro ponía orden y mantenía a raya los disparatados pensamientos que, por un instante, habían surgido mientras aquel liante me hipnotizaba con sus ojos.

Él sacudió la cabeza, visiblemente enfadado.

-Está visto que... Déjalo así, ¿vale? Me daré por pagado cuando me devuelvas los cincuenta euros...

-... que *no* te pedí -puntalicé, recobrando la compostura y cruzándome de nuevo el cinturón de seguridad sobre el pecho.

-¿Cómo? -Álex frunció el ceño.

-Digo que nadie te ha pedido que hagas de caballero andante -aclaré, dedicándole una sonrisa artificial que funcionaba estupendamente en los juicios, aunque que no resultaba tan infalible con bomberos cabreados-. Pero, de todas formas... *G-r-a-c-i-a-s*.

Mis los labios deletrearon la palabra como si estuviera a punto de atragantarme con cada sílaba de aquella simple palabra de siete letras. Me estaba poniendo morada del esfuerzo y él lo sabía. Se reía con la mirada...

-Me vale, me vale... -me interrumpió-. Que no quiero que te dé una parálisis facial por mi culpa.

-Perfecto. Estamos en paz.

-Cuando me devuelvas los cincuenta euros -me recordó.

-Pues vale, ¿los quieres en efectivo o te hago un bizum a tu móvil?

Me tiré a la piscina de cabeza. Ni siquiera tenía de eso, pero sonaba bien cuando Mimi utilizaba su teléfono para pagar en los restaurantes.

-¿Es que quieres que te dé mi número? -Ahora él arqueaba las cejas con malicia.

-Sí, claro... para apuntarlo en la lista negra de llamadas.

-Ya me parecía. En ese caso, ya me los darás cuando coincidamos por el barrio.

-¿El teléfono o el dinero?

-El dinero... Joder, cómo eres. -Él se pasaba la mano por el pelo con expresión derrotada.

-Claro. No puedo esperar el momento. -Y era cierto. Cuanto antes saldara la deuda, antes me

olvidaría de que él y sus magníficos ojos azules existían.

Derrapé ruedas como si fuera Fernando Alonso dándolo todo en competición. Supe que mi vecino estaba deseando que aparecieran los de seguridad para darme un escarmiento. Pero, por suerte para mí, debían estar en la hora del bocata, porque ni rastro. Así que me di a la fuga, sintiéndome como Geena Davis en *Thelma & Louise*, sexi, aventurera y peligrosa. Y también un poco idiota, lo confieso.

Capítulo 6

PORQUE ES CAPAZ DE ESCUCHAR SIN JUZGAR

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

Tengo una duda existencial que tiene que ver con dos cítricos: naranjas y mandarinas... Pongamos que las naranjas representan a las relaciones sentimentales y las mandarinas a otras relaciones afectivas. ¿Os habéis dado cuenta de una cosa? Cuando nuestra media naranja nos escucha media hora mientras repasa los mensajes de su teléfono, nos parece la cosa más grande del mundo e inmediatamente lo elevamos a la condición de ser divino y celestial. Pensamos: qué buena suerte la mía, qué buena persona es, qué comprensivo/a, ahí está, perdiendo su tiempo conmigo y con mi bajón en lugar de estar por ahí con su gente pasándolo bien... Y ya está, canonizado/a, ya tenemos una deidad a la que adorar y de la que presumir y ventilar sus muchas virtudes.

Y ahora pasemos a las mandarinas, que son divisibles y más pequeñas y se pueden compartir con otros durante una tarde en la playa. Pensemos que cada mandarina representa a nuestro círculo de amigos, no hay uno igual, como los gajos de la mandarina, unos traerán pipa y otros no. Vamos a reflexionar sobre lo que ocurriría si nuestro amigo o amiga del alma, ese o esa que lleva escuchándonos toda la vida, ofreciéndonos palabras de aliento ante los problemas, aconsejándonos bien cuando estamos ofuscados y atendiendo nuestras llamadas aunque sean las tres de la madrugada... Si ese amigo o amiga nos falla una vez, una sola, le ponemos una marca negra con alguna tinta indeleble que es casi imposible borrar, por más que el tiempo pase y te des cuenta de que aquel fallo no tenía tanta importancia.

Así somos de exigentes. A la media naranja se le perdona todo o casi todo, porque para eso nos quiere y nos hace sentir especiales, y porque nos da miedo perderla y no encontrarle sustituta, ¿verdad? Pero al amigo del alma, lo enviamos al banquillo a la menor cagada. A lo mejor, solo a lo mejor, deberíamos anhelar menos conservar esa media naranja y saborear más cada gajo de la mandarina...

Fdo.: *NomeCreonada*... Amante de las mandarinas.

-Hola, Claudia, ¿me pasas a mi padre?

Como siempre que llamaba a mi padre, sentí una especie de opresión en el pecho. No era rabia, ni siquiera rencor. Era... tan solo una extraña sensación de pérdida. Claudia había sido una buena amiga durante la época universitaria. Una leal compañera en quien había confiado hasta el día en que ella y mi padre me habían comunicado oficialmente que mantenían una relación sentimental. A partir de aquel día, se había desatado el caos. Había sido el fin de una bonita amistad. Mi madre me culpaba por haberle presentado a mi padre a aquella *puta revientamatrimonios*, como solía llamar a Claudia cuando se entregaba a fondo en su ejercicio cansino de buscar un culpable. Yo sabía que mi madre había sido la única responsable de la ruptura de aquel matrimonio. Ella solita, con sus reproches, sus enfermedades inventadas, sus celos infundados y sus mil maneras de asfixiar a mi padre, a quien había convertido en un hombre triste que vivía para su asesoría fiscal. Un pobre hombre que intentaba no sucumbir a la tentación de tirarse por la ventana cada vez que mi madre lo llamaba fracasado y le decía que no tenía agallas para dejarla.

Aun así, no podía perdonar a Claudia por ser el detonante del desmembramiento familiar. Después de aquel verano en el que me habían confesado que se veían a escondidas, no había

vuelto a verla. Me limitaba a llamadas impersonales como aquella. A veces, ni siquiera la saludaba. Le soltaba un *pásame a mi padre* cargado de veneno. Y Claudia, comprensiva y dócil, obedecía. Y eso hacía que me sintiera todavía peor persona. Sin embargo, no podía evitar tratarla con la misma frialdad cada vez que hacía la maldita llamada.

-Daniela... Me has leído el pensamiento. Iba a llamarte ahora -respondió Claudia, y su voz temblaba ligeramente al hablar.

Una señal de alarma se activó en mi cerebro.

-¿Ha pasado algo? -pregunté, aunque no estaba segura de querer escuchar la respuesta. Mi instinto me decía que algo iba mal.

-No te asustes, Daniela.

«Vaya, la frase perfecta, la que causa justo el efecto contrario cuando se pronuncia», pensé.

-Mira, no tengo tiempo para misterios. ¿Me pasas a mi padre o lo llamo al móvil? Es que antes lo intenté y no lo coge -apremié con tono cortante.

-Tu padre no está en casa, Dani. Y tampoco en el despacho. Acaba de llamarme para decirme se lo han llevado al hospital hace un momento. Por favor, no te asustes -repetió-. Me pidió que no te dijera nada, pero igualmente pensaba llamarte. Lo han llevado a San Roque.

-Pero ¿está bien?

-Tenía una opresión en el pecho y han llamado a los servicios de emergencia. Cuando han llegado, le han dicho que lo iban a trasladar al hospital para hacerle unas pruebas. Querían descartar una angina de pecho -informó Claudia con precipitación, añadiendo-: Yo voy para allá ahora. Estoy esperando a que venga mi hermana a recoger a Laurita.

Apreté los labios. Laurita... La pequeña Laurita, mi medio hermana de cinco años a quien no conocía porque mi maldito orgullo me impedía acudir a los cumpleaños cada vez que me invitaban. La pequeña Laurita, una miniatura de mi padre con los ojos verdes y el cabello pelirrojo de Claudia. Una niña que era el fruto del pecado y la traición, según su madre. Una criatura a quien yo no conocía porque era una grandísima idiota llena de reproches incapaz de perdonar. Me sentí, para variar (y esto era un sarcasmo), una mierda.

Claudia interpretó mi silencio como indiferencia. Seguramente pensaba que su problema para encontrar a alguien que cuidase de Laurita me traía sin cuidado. No la culpaba. Yo también habría pensado lo mismo si tuviera por hijastra a una egoísta amargada que jamás le había hecho un regalo por Navidad a la niña.

-Pues... -¿Qué podía decirle? ¿Que la recogía e íbamos juntas al hospital? Se me atragantaría el ofrecimiento-. Nos vemos allí entonces. Supongo que no está en planta aún.

-No creo. Deben de tenerlo en urgencias mientras le hacen las pruebas. -La voz de Claudia era un débil murmullo al otro lado del teléfono-. Daniela... Te agradezco que te adelantes. Mi hermana ha dicho que no llegará antes de una hora.

-No tienes nada que agradecerme. Por si lo has olvidado, todavía es mi padre -repliqué, arrepiñiéndome enseguida. Joder, ¿cómo es que nunca quería ser grosera y siempre lo era?

-Lo sé. Perdona... Bueno, ya nos vemos en el hospital. Te dejo, Laurita está muy nerviosa. Parece como si sospechara que le estoy ocultando algo.

-Está bien. Adiós. -Colgué con brusquedad.

-¿Va todo bien?

Elevé la mirada hacia la puerta y asentí. Mimi frunció el ceño con desconfianza.

-Mientes. No tienes cara de que todo vaya bien.

Suspiré y me tapé los ojos con las manos, saturada por el torbellino de emociones que me asaltaba.

-Mi padre está en el hospital -solté de pronto.

-Mierda... ¿Es grave? -Mimi acortó la distancia.

-Ni idea. Su muj... -Hasta la palabra me quemaba en los labios y rectificué- Claudia dice que los de emergencias se lo han llevado por si era una angina de pecho.

-No te preocupes, Dani. Seguro que está bien.

-No me preocupo -mentí. Pero cuando Mimi se inclinó para obligarme a mirarla, no pude contener las lágrimas.

-Si no te preocupas, ¿por qué estás llorando? -preguntó Mimi con suavidad.

-Porque soy gilipollas, Mimi... Soy gilipollas.

Mimi no me contradijo. No podía, porque sería una mentira de las gordas y entre amigas no estaba bien mentirse. Yo casi podía escuchar sus pensamientos. Sí, era gilipollas. A veces, incluso me ganaba el puesto de gilipollas número uno de toda la isla. Pero ella me conocía como la palma de su mano. Sabía que era una gilipollas con sentimientos en el fondo. Y ahora, lo que necesitaba era que una buena amiga me diera un ligero empujoncito. El que necesitaba para perder el culo hasta el hospital y reconciliarme con las personas que habían dejado un hondo vacío en mi vida cuando había decidido eliminarlas de ella.

Mimi me abrazó con fuerza.

-Ven aquí, pitufa gruñona. Ya tendrás tiempo para fustigarte. Pero no ahora. Ahora es el momento de irse cagando leches al hospital. Te acompaño.

-Mimi... Me encanta cuando me hablas como Sam Sagaz a Frodo. -Me sorbí los mocos, emocionada-. Eres mi *Pepita Grillo*.

-Serás gili... vamos.

Por suerte, todo había quedado en un susto. A mi padre le dieron el alta al día siguiente. Yo me quedé con él toda la noche, mirándolo mientras dormía por el efecto del sedante que le habían dado. Casi de madrugada, le había dicho a Claudia que se fuera a descansar a casa y que la avisaría si había novedades. No fui muy sincera al principio. Tuve la intención rastrera de no decirle nada ni siquiera si la cosa se ponía peor. Pero antes de marcharse a cuidar de Laurita, me llamó al pasillo. Había traído un par de vasitos de café de la máquina expendedora y me ofreció uno. Sabía a rayos, pero calentaba el estómago, así que le di las gracias con tono impersonal.

Se sentó a mi lado, cabizbaja y yo temí que hubiera escogido precisamente aquel momento para hacerme todo tipo de confesiones o reproches. Porque estaba hecha polvo, y ella también. Y con aquel panorama, creo que me sentía incluso dispuesta a enterrar el hacha que mi estupidez y las maniobras de mi madre habían desenterrado entre nosotras dos.

-¿Te acuerdas de cuando nos quedábamos a estudiar de noche en la biblioteca? -me preguntó, mirándose fijamente las uñas cortas sobre las rodillas.

Asentí, lacónica.

-Siempre me daba rabia que sacaras más nota que yo -confesó, esbozando una sonrisa triste y mirándome de lado-. Te envidiaba, ¿sabes? Por lo buena estudiante que eras, ya me entiendes. No tenía mala intención. Era una envidia sana.

-¿Por eso te liaste con mi padre? ¿Por qué te daba rabia que sacara más nota? -Se lo solté a bocajarro y mi pregunta le estalló en plena cara. Palideció aún más, pero no se ofendió. Volvió a sonreír, con una sonrisa tan sincera que me partió el alma.

-Me enamoré de él, Dani. No pude evitarlo. -Otra confesión. Una más y ya podríamos irnos de copas cualquier sábado, modo irónico encendido.

«¿Y por qué nunca hemos hablado de ello?», pensé. Era absurdo si lo meditaba. Nunca habíamos tenido una conversación o una discusión o lo que fuera sobre lo que yo opinaba de lo que había hecho o sobre lo que la había empujado a ocultármelo. Simplemente, mi madre y yo descubrimos que se veían y un buen día, Claudia y yo dejamos de hablarnos... Fin de nuestra amistad.

-Sé que no me vas a perdonar -añadió-. Y no me importa, la verdad. Yo le quiero. Le quiero de verdad, Dani. No me importa si sigues enfadada toda la vida conmigo. Tengo una hija maravillosa. Y tengo a tu padre y le querré todo el tiempo que Dios quiera dejarlo a mi lado. Solo hay una cosa que me entristece... Él sería muy feliz si viera que te preocupas por Laurita. Es muy bueno, Dani, no me dice nada. Pero le conozco, yo sé que sufre cada vez que Laurita le dice que quiere verte y tiene que inventarse alguna excusa para no decirle la verdad...

-¿Y cuál es la verdad? -la interrumpí, mirándola a los ojos. ¿Cuál creía ella que era la verdad? ¿Creía que la odiaba, que odiaba a Laurita?

-Que te mueres de ganas por conocerla. Pero que tienes miedo de dar el paso, porque crees que no hay sitio para ti en nuestras vidas -dijo, cubriendo mi mano con la suya.

La aparté como si me hubiera enchufado una descarga eléctrica de diez mil voltios. Clavé los ojos en ella, sorprendida por lo mucho que me conocía después de todo.

-He sido la hermanastra mala de Cenicienta mucho tiempo, Claudia. No sé si podré cambiar eso -murmuré.

Ella me palmeó el muslo y suspiró.

-Siempre se puede cambiar, Dani. Siempre si uno quiere. -Me quitó el vaso vacío de café de las manos y lo lanzó a una papelería. Cogió el bolso y se alejó por el pasillo, arrancándome la promesa de llamarla si era necesario a la hora que fuera.

La seguí con la mirada mientras su figura se hacía cada vez más pequeña en el corredor, hasta

desaparecer a lo lejos. Se había ido y, sin embargo, me pareció que hacía bastante que no la sentía tan cerca.

-No puedo creer que me dejes tirada hoy.

Oí la recriminación de Mimi mientras rellenaba por tercera vez mi copa de vino. Después, regresé a mi cómoda postura en el sofá frente al televisor. Estiré las piernas sobre la mesa y la miré, levantando mi copa hacia ella.

-No te dejes tirada -dije con parsimonia, apoderándome del mando a distancia y ocultándolo bajo mi trasero.

Conocía a Mimi y sabía que en un par de minutos trataría de quitármelo para que le dedicara toda mi atención. Pero yo me había propuesto disfrutar de una maratón de Iron Man, mi superhéroe favorito. Me recordaba un poco a mí misma, excepto por lo de estar podrido de pasta y por la armadura metálica. Era listo, bastante cínico y un poco insoportable. Era un yo pero con pene, ahora que lo pensaba.

-Sí lo haces -insistió Mimi-. Te lo comenté hace una semana. Te pedí que me acompañaras esta noche.

-¿Y te contesté que sí? -La miré frunciendo el ceño.

-Algo así.

-Pues no me acuerdo -repliqué, bastante segura de que no lo había hecho.

-Bueno, fue como uno de esos gruñidos tuyos, que nunca sé bien qué significan...

-Ah, entonces fue un gruñido y no un sí -puntalicé, convencida ahora de que Mimi quería liarme, con todas sus mejores intenciones, para que abandonara el exilio al que yo misma me había condenado desde hacía semanas.

-Mira, da igual -estalló Mimi-. Da igual si fue un sí rotundo, un a lo mejor o un me lo pensaré. Quítate ese pijama horrible, date una ducha, ponte algo decente y vámonos de copas.

-¿Qué tiene de malo mi pijama? -quise saber, estirando la blusa de mi parte de arriba con un Snoopy de color indefinido después de un millón de lavados.

-Dani... -La expresión de Mimi era ahora condescendiente. Se sentó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros-. En serio, no quiero ofenderte. Pero te estás convirtiendo en una versión muy peligrosa de Bridget Jones.

-Me gusta esa chica. -Torcí los labios en una mueca-. Y a ti también, no lo niegues.

-No lo niego. Pero a pesar de sus fracasos, ella sigue teniendo sueños y fantasías. Los persigue, va tras ellos... Sin embargo, aquí estás tú. Con el pelo hecho unos zorros, sin depilar, usando pijamas que espantarían incluso a un presidiario que llevase cinco años sin mojar...

-Oye, te estás pasando... -me defendí, preguntándome si en lo del presidiario al menos no tendría un poquito de razón.

-Me paso porque te quiero, ya lo sabes.

-Vaya, pues quiéreme menos, Mimi -protesté, forcejeando cuando ella descubrió el mando del

televisor bajo mi trasero y se lo guardó en el bolsillo de sus vaqueros, saltando del sofá para que no lo recuperase.

-Dani... Esto es importante para mí. Sabes que me viene de perlas para mi negocio. Tengo que observar y analizar... Esa chispa sorprendente y maravillosa que se enciende entre dos personas cuando se hablan, cuando se miran, cuando se tocan por primera vez...

-Mimi... Lo único que vas a observar esta noche es a unos cuantos buenorros luciendo cuerpazo. Y a un montón de tías locas por echar un polvo -lo resumí cuanto pude, en un vano intento por neutralizar los esfuerzos de mi amiga por convencerme.

-No seas vulgar, Dani.

-Y tú no seas ingenua. -La apunté con mi copa-. Que tu negocio suba como la espuma y te hayas convertido en la gurú del amor por internet, no significa que las reglas de ese juego las hayas inventado tú.

-Puede que yo sea una ingenua -dijo Mimi, dolida-, pero tú te has olvidado de vivir, Dani. Así que, dime, ¿cuál de las dos crees que tiene un problema de verdad?

-Para mí, esto es vida -la contradije, añadiendo-: Un buen vino, unas palomitas, una sesión de Toni Stark zurrando a los villanos...

-¡Venga ya! Corta el rollo, Dani. Ni tú misma te crees esta película de autoconvencimiento que te has inventado.

-Te equivocas, estoy muy, pero que muy convencida. -Metí la mano en la fuente de palomitas que tenía a mi vera y engullí una buena cantidad. Seguí hablando con la boca llena, sin importarme lo que me habían enseñado de pequeñita sobre los buenos modales.

Mimi no dijo nada más. Me arrebató todo, las palomitas, el vino... Apagó el televisor y me dio un par de azotes en los pies para que los bajara de la mesa. Desapareció durante dos minutos y regresó, mostrándome una percha en cada mano. De la izquierda colgaba un vestido que me había comprado el año pasado para nuestra cena de empresa. De la derecha, un top diabólico negro con un enorme corazón de lentejuelas y la frase en inglés «muerde mi corazón».

-No quiero excusas. Elige uno y pierde el culo a vestirte. El plato fuerte de la noche empieza dentro de una hora y no pienso perdérmelo -advirtió Mimi, con aquel tono dulce que no engañaba a nadie y menos a mí. Tras aquella voz falsamente candorosa, se ocultaba una Mimi realmente cabreada y dispuesta a tomarse la revancha si le daba plantón aquella noche.

Contemplé el vestido rojo y negro con escote clásico y el top. Cualquiera de las dos prendas me parecieron imposibles de combinar con mi mala leche actual. Como si adivinara mis pensamientos, Mimi agitó las perchas frente a mí, impaciente.

-Me importa un pepino si te vienes con tus mejores harapos en plan Cenicienta o te pones una bolsa de basura por encima. Pero como no estés lista en media hora, ya te puedes olvidar de hablarme en los próximos...

-Vale, vale... -la interrumpí-. Para el carro, que te pones agresiva y no te pega nada. ¿Qué será lo próximo: amenazarme con obligarme a escuchar toda tu discografía lacrimógena de Alejandro

Sanz? Venga, dame el top antes de que me arrepienta.

Mimi sonrió y me lo lanzó. Atrapé la prenda en el aire, rabiosa porque ella se saldría con la suya. Me arrastré hacia el cuarto de baño y cerré de un portazo.

-¡Y maquíllate un poco! Que pareces recién salida de una película de zombis.

La escuché gritándome al otro lado de la puerta. Tuve ganas de mandarla a paseo, por su amable observación sobre mi aspecto. Pero después de darme una ducha rápida, cepillarme bien el pelo y aplicarme unos retoques de su maletín de maquillaje de la Srta. Pepis, mi nueva imagen pareció menos enfadada con Mimi.

Vaya, si hasta parecía mona en el espejo... ¿Sería solo un efecto óptico? ¿Serían las ganas que tenía de demostrarle a Mimi que se equivocaba y que yo estaba estupenda incluso encerrada como una monja de clausura?

-Dani, estás... ¡radiante! -exclamó Mimi en cuanto me vio.

¿Radiante? Aquel adjetivo me sonó a telefilme alemán de los sábados al mediodía, de esos que la televisión pública compraba a porrillo y que hacían llorar a las abuelitas desde los créditos iniciales hasta el final. Definitivamente, Mimi se reblandecía cada día que pasaba por culpa de su nuevo negocio. Me lo callé, no fuera que provocase otro de sus ataques de ira y me atacase con sus gominolas de osito favoritas.

-Y me han sobrado diez minutos -anuncié, con una sonrisa más falsa que la del Joker cuando parecía que iba de broma y luego se cargaba medio Gotham.

-Pues andando, que tengo entradas vips en la discoteca con invitación a copas.

-Mira, ahora sí que me has animado. ¿Cuando dices copas te refieres a ron de sabor incalificable de garrafón o a una copa de verdad?

-Me refiero a un Santa Teresa de reserva -aplaudió Mimi, recogiendo los bolsos de las dos y las llaves de casa y empujándome al rellano.

-¡Yupiiii! -grité en tono infantil, aplaudiendo también y pulsando el botón de llamada del ascensor. Venía del piso seis y nosotras vivíamos en el cinco. Era un dato irrelevante, lo sabía. Excepto porque cuando la puerta del ascensor se abrió, todo mi sarcasmo desapareció de un plumazo. ¿Qué diablos hacía allí el vecino cachas de enfrente?

-¡Sorpresa! Hola, vecinas -dijo él, amigable, haciéndonos un hueco enseguida para que Mimi y yo nos subiéramos en el ascensor.

Entré sin responder y me pegué lo que pude al cristal contrario al lugar donde se encontraba él. Por su parte, Mimi lo saludó, tan simpática como siempre, mientras me lanzaba una de sus miradas interrogantes y silenciosas.

Le dije, en una mezcla patética de lenguaje de signos y cine mudo, que era el tipo que me despertaba cada mañana. Mimi era muy lista, enseguida interpretó correctamente el movimiento de mis labios que intentaban formar palabras pero que en realidad parecía que me había dado una parálisis facial. Seguro que la ayudé con los gestos que hacía, elevando con disimulo los brazos sobre mi cabeza, como si sostuviera una pesa invisible, abajo y arriba...

-¿Estás bien?

Él se volvió hacia mí. Me pilló justo cuando trataba de vocalizar la palabra *idiota* refiriéndome a él mismo y doblaba uno de mis brazos presionando mi diminuto bíceps con el dedo índice.

-Ya veo que sí -comentó él, ignorándome enseguida y centrando su atención en Mimi-. Como tu amiga es muy rara, prefiero hablar contigo. Cuando se le pase el ataque de emoción al verme, dile que ya no tendrá que preocuparse más por su vecino de enfrente. Mi casero tenía que recuperar su piso para un hijo que se ha divorciado. Y como además, está harto de que se quejen de su inquilino, me invitó a mudarme en cuanto pudiera. Pero como es buen tío, se enteró de que un amigo suyo tenía un piso libre en este mismo edificio y me avisó. Así que, ¡sorpresa! Ya tenéis vecino nuevo. Estoy en el seis C, por si necesitáis algo... Ya sabes, azúcar, café...

¿Sorpresa? Tuve ganas de quitarme mi sandalia de tacón de aguja y clavarle las orejas al espejo del ascensor. Pero incluso para alguien que no tuviera conocimiento como yo sobre derecho penal, era fácil comprender que aquello era considerado delito.

-Qué bien. En ese caso, bienvenido, vecino. Soy Mimi -dijo Mimi, más contenta que unas castañuelas.

Por suerte, ya habíamos llegado a la planta baja y la puerta del ascensor se abrió. Empujé al flamante nuevo vecino, dispuesta a salir de aquel espacio reducido antes de que la amabilidad de mi amiga y del nuevo inquilino me produjera un ataque de diabetes.

Me detuve un segundo en la puerta y lo miré con extrañeza. Recordé que aún le debía los cincuenta euros del hámster y rebusqué en el bolso con rapidez. Por suerte, llevaba efectivo. Le puse el billete en la mano, evitando tocarle directamente.

-Ya está, deuda saldada. Estamos en paz. Y que sepas que aunque huelas de maravilla, no pienses que voy a permitirte que nos toques diana a las siete, te lo advierto...

Me tapé la boca de inmediato. ¿Aunque huelas de maravilla? ¿Y yo por qué tenía que decir algo así? Sí, era cierto que olía de maravilla. El aroma de su colonia fresca se había quedado impregnado en mi hombro pese a mis esfuerzos por mantener las distancias. Pero ¿por qué lo había dicho?

-Gracias, tú también hueles de maravilla. -Él se inclinó sobre mí, bastante a decir verdad, ya que me pasaba casi medio metro de estatura. Pero abrió el portal antes de que tuviera tiempo de decirle un par de cositas poco amables como bienvenida.

-¿Ese es el que te despertaba todas las mañanas? -Mimi me palmeó la espalda-. No me extraña que estuvieras desvelada. Está como un tren, Dani. ¿Y a qué venía lo del dinero?

-Ya te lo contaré.

-Cuéntamelo ahora, que me tienes en ascuas.

Gruñí como respuesta. Y que Mimi lo interpretara como quisiera.

Capítulo 7

PORQUE ESTÁ COMO UN TREN, LE GUSTAN LOS ANIMALES, SABE ESCUCHAR, PARTICIPA EN ALGUNA CAUSA HUMANITARIA Y LLORA CON LAS PELÍCULAS ROMÁNTICAS... PERO ¿EXISTEN?

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

Nadie es tan perfecto... Tiene que haber trampa en alguna parte si repasas una lista de virtudes para comprobar que tu posible media naranja cumple alguna o varias, y resulta que hace un pleno. Da miedo, ¿verdad? Desconfiad, desconfiad... Seguro que si arañáis bien la superficie, encontraréis algo, algún fallito que os permita gritar: ¡ajajá, lo sabía!, ¡una multa de zona azul!... En serio, no busquéis la perfección, no existe. Y es un alivio.

Fdo.: *NomeCreonada*... pero hago actos de fe.

Todavía no me creía que hubiera aceptado la maniobra de extorsión de Mimi. Pero ahí estaba yo. Ya había encajado dos copas de Santa Teresa, cortesía del encargado de la discoteca Big Ben donde se celebraba aquella gala benéfica. Mientras Mimi revoloteaba por todas partes, grabadora en mano, recabando impresiones de los asistentes al evento, yo apoyaba los codos en la barra y le hacía señas a una camarera simpática con mi vaso de tubo vacío.

-¿Otro igual?-me preguntó ella, arqueando la perfecta línea rojiza de su ceja, en armonía con su cabello ondulado y el tono de labios.

-Por favor -contesté, suspirando.

-Te vas a coger una buena. Con este son tres en media hora. Vas a estar pedo antes de que los chicos empiecen a quitarse la ropa -sonrió, sirviéndome igualmente aquel néctar de dioses.

-No he venido a verlos -repliqué, notando mi voz un tanto pastosa.

-Claro. Eso dicen todas.

-Oye, no te confundas. Yo solo estoy haciéndole un favor a una amiga -insistí. Me molestaba que me metiera en el mismo saco que aquel grupito del fondo. Las observé de reojo.

Parecía una despedida de soltera. Al menos, las diademas en forma de pene y las bandas con toda clase de frases soeces impresas, cruzadas sobre los vestidos, así lo indicaban.

-A mí no tienes que darme explicaciones. Yo estoy deseando que aparezcan. -Me guiñó un ojo la camarera y se apartó para servir a otro cliente.

De repente, las luces de la discoteca se atenuaron. La voz estridente del *disc-jockey* sonó en todos los altavoces distribuidos estratégicamente por el local para dejar sordos a los clientes.

Mimi se reunió conmigo. Nos habían dado una posición preferente frente a la pista que hoy se había convertido en escenario. Mimi tiró de mí con fuerza y me arrastró hasta la primera fila, justo en el momento en que todo quedaba a oscuras. Tuve que empujar un poco a un grupo desquiciado detrás de mí que casi logra hacerme caer de bruces en el escenario. Mierda, aquello iba a convertirse en un campo de batalla... Todas aquellas chicas querían hacerse un selfi con los

bomberos en cueros y harían lo que fuera para conseguirlo. Aunque para ello tuvieran que aplastarle los huesos a una pobre abogada en excedencia que pasaba por allí por casualidad.

Contuve el aliento, temiendo seriamente por mi vida. Por fin, los primeros acordes de una conocida y vieja canción de Tom Jones inundaron el local. Los focos iluminaron la pista central y allí estaban... Siete hombres que parecían sacados de cualquiera de las novelas eróticas de moda. Siete fantasías sexuales en movimiento. Siete maravillas musculadas, contoneándose a ritmo de *Sex Bomb*, con sus trajes azules de intervención, sus cascos con linterna y sus cuerpos de infarto adivinándose bajo toda aquella ropa... No me extrañaba que las chicas gritasen como energúmenas. El golpe de efecto había sido brutal. Como si abrieran el cofre del tesoro de un pirata y de él salieran las cincuenta sombras del tal Grey, todas juntas. La temperatura en el local había subido por lo menos diez grados y las chicas que estaban detrás de mí ahora sí que habían perdido el juicio. Sus aullidos estaban a punto de reventarme los tímpanos y se apretaban contra mi espalda como si quisieran atravesarme para llegar hasta el objeto de su deseo.

Me volví, furiosa.

-¡Chicas, calma, calma! Que me vais a matar -les grité, aunque dudaba mucho que me entendieran en medio de aquel caos de música, chillidos y hormonas revolucionadas.

-Pero ¿tú los has visto bien, hermana? Voy a comprarme una docena de calendarios... ¡están tremendos!

Una de ellas me obligó a girar la cabeza hacia la pista.

¿Hermana? ¿Qué les pasaba a aquellas chifladas? ¿Cómo que *hermana*? No éramos hermanas. Y aunque lo fuéramos, la tía parecía muy dispuesta a cometer fratricidio conmigo con tal de hacerse con el trofeo en forma de bombero sexi que teníamos delante.

Aquellos bailarines amateur iban despojándose de sus prendas de trabajo con movimientos bien ensayados. Primero los chaquetones, quedándose con los pantalones que se sujetaban a los hombros con unos tirantes dorados. No llevaban nada bajo la chaqueta, excepto sus músculos engrasados con algún tipo de loción que los hacía brillar como dioses griegos.

Ahora estiraban los tirantes mientras daban un par de giros y balanceaban las caderas, y al volverse hacia el excitado público, las sujeciones se soltaron como por arte de magia, y las costuras de los pantalones se abrieron por ambos lados. Adiós a los pantalones, hola a siete pares de piernas que cortaban el hipo... Mi hermana recién descubierta aquella noche se desplomó literalmente sobre mí. ¿Le habría dado un infarto?

-Oye, que corra el aire... -protesté, un poco mareada por la presión de la multitud a mi espalda y por el ron que había ingerido.

-Dani, ¿te encuentras bien? Te has quedado blanca...

Escuché la voz preocupada de Mimi a mi lado. Pero ni siquiera mi buena amiga pudo salvarme de lo que iba a suceder. Justo cuando los chicos se quedaban en calzoncillo largo Calvin Klein, un empujón violento me lanzó a los pies de uno de ellos.

El tipo se quedó inmóvil frente a mí. Llevaba su casco aún puesto. Supuse que no tenían

intención de quitárselos, por aquello de preservar su intimidad y evitar ser acosados por un centenar de mujeres ardientes en cuanto terminaran su actuación.

Estuve allí tirada a sus pies, en una postura bastante humillante, durante unos segundos que se convirtieron en una eternidad. Finalmente, él se inclinó y sujetó mi mano, tirando de ella fuertemente. Me elevó casi en el aire y choqué contra su pecho musculoso. Nuestro encuentro fugaz hizo que todos mis sentidos se disparasen. Aquel olor... Incluso con tres copas de ron encima y con todos aquellos perfumes penetrantes en el ambiente me resultó familiar...

-Empiezo a creer que quieres algo conmigo -me susurró al oído, con una voz que tenía todos los matices de la palabra pecado.

La canción de Tom Jones seguía sonando y él no me soltaba. Lejos de eso, me hizo girar con un par de vueltas de bailarín experto. Las mías eran de pato mareado, me arrepentí de haberme puesto aquellas sandalias de tacón de aguja que ahora me hacían sentir insegura y torpe. Recordé aquella escena de *Dirty Dancing* en la que Baby se olvidaba de los pasos de baile e improvisaba. Hice un par de piruetas ridículas que arrancaron carcajadas al público.

No sé en qué estaba pensando, me sentí abochornada por mi estúpido intento de imitación de la protagonista de una película de culto para cuarentonas románticas. Miré a todas aquellas locas que silbaban y aplaudían y me miraban con una mezcla de envidia y rabia. Estaba segura de que habrían dado lo que fuera por estar en mi lugar. Sin embargo, lo único que yo quería era despertar de aquella pesadilla humillante. Avancé entre los bomberos, con la clara intención de desaparecer, pero uno de ellos me sujetó de la muñeca y me arrojó contra otro, quien me recogió hábilmente, obligándome a deslizar la palma de mis manos por sus brillantes y marcados abdominales. Un tercero apoyó una rodilla en el suelo y me obligó a sentarme sobre la que mantenía elevada. Y de un modo muy teatral, el que llevaba la colonia de nombre pecado, me rescató de sus colegas y me abrazó con fuerza por detrás. Me mantuvo pegada a su pecho, sus brazos rodeaban los míos y sus manos apresaban las mías sobre mis muslos para evitar que huyera. Podía sentir el potente latido de su corazón muy cerca de mi oído, sus caderas presionando levemente contra mi cintura... Mi propio corazón latía en modo taquicardia... Él dejó que los últimos acordes de la canción sonaran mientras nuestros cuerpos se balanceaban al unísono.

Cuando la música cesó, yo me encontraba aún entre sus brazos. Me apartó lentamente, dejando que toda yo, temblorosa y excitada, me quedara plantada en medio del círculo que habían formado los *strippers*. Como colofón, me subieron sobre los hombros de los dos más cercanos... Pero él ya había desaparecido de la pista.

Sentí en la cara los flashes de las cámaras de un centenar de móviles. «Qué suerte», pensé, desesperada. Ahora mi expresión desencajada y mi pelo hecho un asco, serían *trending topic* en Instagram, Telegram, Facebook y WhatsApp...

Me solté como pude y escapé del círculo de vicio, porque aquellos tíos no podían ser descritos de otra manera. Prácticamente, me lancé a los brazos de Mimi, quien me rescató entre carcajadas y sollozos de risa.

-¡Ha sido... la bomba! -exclamó, todavía con la voz rota por las carcajadas.

-No me digas... En cuanto localice a la lunática esa que me ha lanzado a la pista, voy a comerme su hígado -amenacé. Aunque, honestamente, no estaba para esos manjares de venganza. La cabeza me daba vueltas y ni siquiera pasados unos minutos en los que el ambiente se relajó un poco, desaparecía la sensación de mareo. Muy al contrario, iba en aumento y la discoteca empezaba a convertirse en un crucero al que se tragaba una enorme tempestad.

-Creo que se me ha ido la mano con la bebida -confesé.

-Sí, tienes mala cara... Te acompaño a casa -me ofreció Mimi enseguida.

—¿Estás de coña? Tienes que quedarte... Aquí tienes material para rato. -Ni sé cómo logré articular la última frase.

-No pienso dejar que te vayas sola en este estado.

-Si vivimos a dos calles... Te quedas, y no discutas, que me duele la cabeza -insistí, mientras Mimi sacaba su monedero para pagar el calendario benéfico que una de las camareras le ofrecía.

-Toma, voy a comprar uno para el piso y un par más para regalar -dijo Mimi, feliz, entregándome su adquisición.

Se lo devolví, enfadada.

-No vuelvas a pedirme este tipo de favores, ¿vale? Tendré suerte si recupero la dignidad después de esto.

-Venga, Dani, no seas aguafiestas. Ha sido superdivertido... Tenías que verte la cara...

-No sigas... Creo que voy a vomitar.

-Mujer, no es para tanto. Ya verás como mañana te ríes de esto -me aseguró Mimi, acompañándome a la salida.

-Que no... Que voy a vomitar en serio... ¿dónde está la puerta?

Mimi se apresuró a conducirme hasta la salida, apartando de nuestro camino a las chicas de la despedida de soltera, cuyos penes en la frente eran ahora gigantescos falos que se movían en mi dirección, amenazantes.

-¿Seguro que no quieres que te acompañe a casa? -Mimi se mordió el labio con preocupación.

-Seguro... -Ya en la puerta exterior, aspiré aire profundamente y me apoyé en uno de los coches aparcados en la acera. Levanté la cabeza y le lancé a Mimi una de mis miradas de abogada-. Entra ya, ¿quieres? Que cruzo la calle y me pongo el pijama en un santiamén.

-No sé, Dani...

Me erguí con toda la dignidad que me quedaba y que no había sido aplastada en aquella pista de baile con mi patética actuación.

-Qué pesada eres... -La besé en la mejilla y la dejé allí plantada.

Recorrí con paso tambaleante la distancia que separaba la discoteca de la calle donde vivíamos. En unos minutos, alcancé nuestro portal y me llevé los dedos a la cadera, a la altura donde solía caer el bolsito de noche con la cartera, la barra de labios y las llaves de casa. Pero no. No estaba allí. Ni el bolso ni las malditas llaves. No podía creerme mi mala suerte. Seguro que me lo había

dejado en la discoteca. Tendría que dar media vuelta y ver si seguía allí. O en su defecto, pedirle a Mimi sus llaves. Y todo eso tenía que hacerlo antes de que la bomba de relojería que estaba a punto de estallar en mi estómago hiciera *boom* y pusiera perdida la entrada al edificio.

-Deja que te eche una mano.

Ay, qué susto... Aquel hombre estaba a mi lado como una aparición fantasmagórica. Una aparición que olía de maravilla, eso sí.

-No hace... falta... -repliqué, preguntándome si las palabras sonaban tan incongruentes fuera de mis labios como en mi cerebro. Mierda, si es que no atinaba a juntar las letras... Empezaba a sospechar que el Santa Teresa con el que nos habían obsequiado era, en realidad, ron de garrafón de la peor calidad.

-Ya, pero por si acaso.

Le vi sacar las llaves del bolsillo de su pantalón vaquero. Con habilidad, metió una de las llaves en la cerradura de la puerta y la empujó con la pierna. Mantuvo la puerta abierta y me arrastró al interior. Evitó que tropezara en los peldaños que conducían al ascensor, pasando una de sus manos bajo mi axila y cerrando los dedos en mi costado. Se veía que el tío dominaba aquello de los rescates, porque parecía un verdadero profesional mientras sus manos sostenían mi anatomía sin tocar nada de manera inadecuada. Ahí estaba yo, con uno de mis pezones presionando el corazón de mi top, muy cerca de la punta de sus dedos. Y allí no pasaba nada. Manteniendo los dos el tipo como si la cosa no fuera con nosotros.

-Estabas allí... te he visto... -le dije, dejándome arrastrar hacia el ascensor como una muñeca de trapo. Ladeé un poco la cara y miré su imagen borrosa. «Mierda», pensé, «es guapo hasta con las facciones distorsionadas por mi pedo etílico».

-Sí, estaba allí... También te he visto. Y bailas fatal.

Él reía quedamente. Qué buena persona era el tío... Se aguantaba las ganas de carcajearse para no hacerme sentir peor.

-Qué va... soy buena bailarina. Me apuntaron a clases de baile cuando tenía ocho años, ¿sabes? - Se me trababa la lengua y mis palabras sonaron ridículas.

Era verdad. Mi madre me había apuntado a aquellas clases que yo odiaba solo porque estaba de moda entre las madres del colegio. La profesora de danza era una vieja amargada y estirada, flaca como un espagueti y tiesa como un palo de escoba. De hecho, muchas veces, mientras esperaba mi turno en la barra de ensayos, yo solía imaginármela sacándose un enorme palo de escoba de su boca siempre apretada, y montándose encima para regresar volando hasta donde fuera que vivieran las brujas como ella. ¿Cómo se llamaba? Doña Bárbara, me sonaba... Ya habría muerto, suponía. Por aquella época, debía tener ochenta años... Sí, una vieja solterona con ínfulas de primera bailarina del Ballet Ruso, con el carácter agrio y unos dedos largos y huesudos con los que me pellizcaba cuando me equivocaba en algún paso, que solía ser todas las veces.

Por suerte, mi padre había logrado convencer a mi madre (y ahora que lo pensaba, creo que

había sido la única vez) para que me sacara de aquellas clases, y en su lugar, me apuntaron a unas clases de judo. A esas sí que les había sacado provecho. Era una alumna aventajada y solía tumbar a los chicos que me sacaban dos cabezas. Pero solo duró un año. Mi madre decía que era poco femenino y que empezaba a moverme como un camionero. Y de nuevo, eligió otra actividad cara y de moda, solo para demostrar que podía permitírselo: unas clases de arte en las que apenas aprendí a pintar monigotes estúpidos.

-Pues lo siento, vecina. Te timaron -me interrumpió, devolviéndome al presente con brusquedad.

Pulsó el botón con el número de mi piso y, en un arrebato, pulsé inmediatamente el seis borroso del cuadro de control.

-He olvidado las llaves... -dije.

-¿En serio?

-En serio...

-Pues vas demasiado pedo para volver a por ellas.

-Eso creo...

-Te puedes quedar en mi casa... hasta que llegue tu amiga -aclaró y se concentró en las luces de los botones del ascensor.

Me relajé en aquella cómoda postura, apoyada en él, un desconocido que me ofrecía su hombro y su casa mientras yo apenas me mantenía en pie.

-Eh, ¿te has dormido?

Mi salvador empujaba con la pierna la puerta de su apartamento, conmigo prácticamente en brazos.

-No... estoy perfectamente... -dije, echando un vistazo a mi alrededor. Qué limpio estaba todo... Qué bien decorado, en tonos azules, blancos, salpicados de lunares rojos y mariposas... Un momento, no... Creo que los lunares y las mariposas los añadía yo, fruto de mi intoxicación etílica-. Perdona... tengo que ir al baño...

Quise lanzarme de sus brazos, pero él insistió en acompañarme y me dejó de rodillas en el suelo, frente al retrete. Levantó la tapa con rapidez, intuyendo lo que venía a continuación y sujetó mi frente con la palma de su mano, mientras yo echaba hasta la primera compota que me había comido siendo un bebé. Cuando vacié por completo el estómago, me ayudó a incorporarme y me pasó una toalla húmeda por la cara. Me pareció que la miraba con cierta sorpresa.

-Vaya... Me gusta. Una mujer que sigue siendo la misma con la cara lavada -murmuró, aunque pude escucharlo igualmente.

-Qué vergüenza...

-No, no... Tranquila, está bien.

-No, no está bien... Mira qué desastre... -Señalé el retrete.

Él se apresuró a tirar de la cisterna y bajar la tapa.

-¿Lo ves? Está bien -insistió, rebuscando en el mueblecito que había bajo el lavabo y mostrándome sonriente un cepillo de dientes en su cajita y un tubo de pasta de dientes-. Toma, aún

está sin estrenar. Te sentirás mejor con el aliento fresco. Pero si te ves segura para mantenerte en pie, te dejo un poco de intimidad por si quieres darte una ducha o algo. Tienes toallas limpias en la repisa de la ducha y puedes usar mi albornoz.

Lo miré, sorprendida... ¿Cómo esperaba aquel tipo tan amable que terminara la velada? Vale, había potado en su baño y le agradecía el detalle. Pero incluso con el medio pedo que llevaba encima, yo era capaz de recordar un par de llaves de judo de las que había aprendido siendo una mocosa.

-No pienso acostarme contigo, que te quede claro.

-Oye, baja la guardia, ¿vale? Si quisiera echar un polvo, no habría escogido a la tía más borracha de la discoteca, ¿no crees? -espetó él, como si adivinara mis pensamientos de abogada liquidababosos. Y añadió en tono conciliador -: Mira, hagamos una cosa. Recupera la dignidad y después, si quieres, cuando vuelva tu amiga, te vas a tu apartamento.

-¿Y ya está... así... sin más?

Alargó su brazo kilométrico donde un excelente artista parecía haberle esculpido cada músculo y lo apoyó en el quicio de la puerta, sonriente.

-Así sin más. No todos los tíos somos unos cerdos aprovechados, ¿sabes?

-Entonces... ¿no quieres aprovecharte de mí? -Ni sé por qué se lo pregunté. Sonó a flirteo y, sin darme cuenta, jugueteé con la tira de mi top y la deslicé por el hombro.

-Hoy no -contestó él, subiéndome la tira con determinación, dándose media vuelta y cerrando la puerta a sus espaldas.

Me desnudé y me metí en la ducha a toda prisa y dejé que el agua helada corriera por mi cabeza, despejándome buena parte de la cogorza monumental que había pillado con aquel falso Santa Teresa. Me sequé a conciencia, aspirando inconscientemente el suave aroma de su toalla. Olía a suavizante fresco y a limpio... como él. Me envolví en su albornoz, apretándome el cinturón y cerrándolo hasta debajo de la barbilla. Me miré al espejo, satisfecha. No estaba tan mal, teniendo en cuenta que había vaciado completamente el estómago de comida que ni recordaba haberme comido. «¿Y ahora qué, listilla? ¿Cuál es el paso siguiente? ¿Le das un poco de cháchara y alguna de tus borderías como remate de cita, para demostrarle que ayudó a la chica equivocada?»

O por el contrario... Recordé aquella ocasión en la que charlaba con Mimi y Carmen en aquella terraza de la playa, el día que les había contado lo de mi excedencia... ¿Qué era lo que había dicho exactamente? «¿Voy a pasármelo genial?» ¿Era eso? ¿Y si era mi oportunidad? De pasármelo genial, de hacer cosas que nunca habría hecho mientras era una abogada cuyo único objetivo era machacar a la parte contraria e impresionar a Lucas para que se diera cuenta de lo maravillosa que era...

Aspiré aire con fuerza y abrí la bata hasta el nacimiento de los senos. Me alboroté el pelo húmedo y pellizqué mis cachetes como había visto hacer en las películas. Volví a echar una ojeada a la imagen que me ofrecía el espejo. Pues no, no estaba nada mal para ir camino de los cuarenta. Abrí la puerta del aseo y allí estaba... Esperándome pacientemente, vestido con su bermuda color

crema y su camiseta negra estampada con el mapa de la serie *Juego de tronos*, sentado en su sofá cheslón con las piernas estiradas sobre la mesa. Había preparado un par de infusiones digestivas que humeaban y me ofreció una con amabilidad.

-Te vendrá bien -dijo, alargando una taza en mi dirección y cogiendo el mando del televisor de plasma para seleccionar un canal-. ¿Te apetece algo en especial? ¿O prefieres irte a dormir? Te presto mi cama, si quieres. Yo puedo dormir aquí, no es la primera vez. Este sofá es lo único que mi ex me permitió llevarme cuando me dio pasaporte.

Sorbí la infusión, mirándole por encima del borde de la taza. «Qué situación tan extraña», pensé. «Mírate, Daniela. Resacada y en cueros debajo del albornoz de un pedazo de tío, compartiendo contigo sus confidencias sobre alguna zorra de su pasado a quien probablemente habrías ayudado a dejarlo en calzoncillos». Sin embargo, ahora me parecía que la ex que mencionaba tenía que ser muy gilipollas o muy cabrona, porque aquel hombre parecía el mismísimo Henry Cavill en su papel de Superman, todo músculos y honestidad... Fruncí el ceño, ¿dónde estaba la trampa? Él ni siquiera reparaba en que la bata se deslizaba lentamente por uno de mis hombros, dejando al descubierto mi piel blanca gracias al protector solar factor pantalla total que solía utilizar.

-La ducha me ha despejado. Prefiero la tele, si no te importa... -sugerí, pasmada por el tono afable de mis palabras. ¿*Si no te importa?* Joder, empezaba a hablar como una persona a quien le importasen los sentimientos ajenos... ¿Tendría razón Mimi...? ¿Sería yo esa persona y mi estupidez me había impedido verlo todos estos años mientras fantaseaba con la idea de que Lucas dejara a su mujer para estar conmigo? ¿Y por qué seguía pensando en Lucas, aquel traidor, *Mister perfecto*, el tío que nunca se despeinaba, el que me decía que yo era la mujer ideal para cualquier hombre, pero quien había olvidado felicitarme personalmente mi cumpleaños?

-Genial. Están dando *Australia* en este canal, ¿te apetece verla o prefieres otra cosa?

Abrí la boca, a punto de confesarle que ya la había visto. Pero me encantó que fuera tan considerado.

-Me apunto -dije, sentándome a su lado, no tan cerca que pudiera interpretarlo como un acoso ni tan lejos para perderme el olor de su colonia fresca.

Y las imágenes fueron sucediéndose en la pantalla de cincuenta pulgadas. Seguía pensando que Nicole Kidman parecía una muñeca de cera en aquella película, pero mi querido Lobezo estaba imponente, con su *look* vaquero y su barba de tres días... Creo que no pude resistir el sopor que me había proporcionado el alcohol y la ducha y me dormí un par de veces, pero el bombardeo sobre la isla me despertó... Aquel niño que la protagonista quería como propio había dicho: «yo canto para que tú me oigas»... Los dos actores principales, mi Hugh y Nicole, lo buscaban con desesperación y aquel cerdo asesino, el de las botas de serpiente, pretendía matarlo a toda costa... Finalmente, todo se resolvió y no pude evitar que mis ojos se empañaran de la emoción... Pero ¿qué coño me pasaba, que todo me sacaba el jugo y me exprimía como un limón? Me hacía mayor, seguro, aquello no podía ser normal. Giré un poco la cabeza, confusa. La tenía apoyada sobre un mullido cojín que él había puesto sobre sus muslos. Toda yo estaba estirada sobre el sofá y las

manos de mi héroe estaban sobre mi pelo y lo acariciaban con distracción, como si fuéramos una pareja bien avenida y no un par de desconocidos.

Mis ojos se encontraron con los suyos y me perdí en las profundidades azules de su mirada.

-No estoy llorando -solté de sopetón, en un alarde absurdo de proteger mi... ¿qué, dignidad? Por favor, había vomitado en su baño, me había duchado en su ducha y llevaba puesto su albornoz. Era una okupa en el apartamento de mi vecino cachas a quien yo había jodido para echarlo de su anterior edificio. ¿Acaso creía que su opinión sobre mí iba a empeorar o mejorar solo porque me hiciera la dura viendo una película?

-Pues claro. Te entró algo en el ojo... como a mí -respondió él, esbozando una sonrisa mientras se restregaba los párpados con la yema de los dedos.

¿En serio? ¿Casi dos metros de tío espectacular que entrenaba al ritmo de *The Eye of the Tiger* y salvaba vidas en medio de las llamas... y se emocionaba viendo *Australia*? Era el momento perfecto para hacerle picadillo con alguno de mis comentarios mordaces. Pero no. No me apetecía... Eso sí era preocupante. Todo lo que hacía aquel hombre me parecía adorable. Y adorable era una palabra que ni siquiera estaba en mi vocabulario.

-Me quedé dormida un buen rato -murmuré, y añadí, haciendo justicia a mi fama de bocazas inoportuna-: La culpa es de este sofá tan cómodo que te dejó conservar tu ex.

-Sí... Por suerte, no se lo llevó. Parece que ponerme los cuernos encima de mi sofá no la ponía a tono.

-Oye...

-Álex.

-Álex... Tu ex... debe de ser una completa idiota.

Él arqueó las cejas y yo señalé las tazas donde había servido hacía un rato las infusiones.

-Nadie en su sano juicio pasa de un tío que tiene un juego de tazas del Halcón Milenario.

Álex se rio bajito.

-Sabía que el chico de la tienda de animales decía la verdad el otro día. Eres una friki. Lo que me hace recordar algo... ¿cómo está tu hámster? ¿Sigue vivo?

Asentí con orgullo. Era el primero que me duraba tanto. Y aunque Mimi los odiaba e insistía en que adoptase un gato o un perro, yo me aferraba a mis pequeños ratones. A todos los llamaba igual: Venom. Pero aquella era una vieja historia...

-Se llama Venom... como los cuatro anteriores. -Me encontré proporcionándole la información contra mi voluntad. Pero ¿es que no podía mantener la boca cerrada? Ya adivinaba lo que él estaba pensando al escucharme: que yo era una loca rarita y solitaria a quien le costaba hacer amigos y sustituía mi falta de empatía con aquellos animalitos tan simpáticos.

-¿Les pones el mismo nombre a todos?

Volví a asentir y él no dijo nada.

-¿Te parezco una loca rarita?-le pregunté, poniéndome a la defensiva. «Y aquí acaba todo», me dije. «Ahora es cuando mi héroe se inventa alguna excusa y me devuelve a mi apartamento y evita

encontrarse conmigo en el ascensor para que no vuelva a hablarle de mis manías ratoniles o de los traumas infantiles que se ocultaban tras estas».

-Seguro que hay una buena historia detrás de eso, ¿me equivoco?

Me miraba con sincero interés, pero yo deseaba haberme cosido la boca después de potar y buscaba la manera de no explicarle nada. Sin embargo, otra vez para mi sorpresa, me encontré desvelándole los motivos por los que siempre bautizaba a mi mascota con el mismo nombre de superhéroe un tanto atípico.

-La hay... ¿Tú sabes cuánto dura un hámster?

-¿Dos años?

-Con suerte, y si antes no te toca una dueña irresponsable que se deje tu jaula y la tapa del retrete abiertas -puntualicé.

-Vaya, qué faena.

-Sí, una faena... -acepté, meditabunda-. ¿Has oído hablar del duelo? No el de los pistoleros del Oeste, el otro... Es una especie de estado emocional que se experimenta ante la pérdida de alguien muy querido... Tuve una perrita cuando tenía ocho años, Candy, por los dibujos, ¿recuerdas? Mi madre decía que ladraba demasiado y que mordía sus cortinas. Se la regaló a uno que tenía una finca y al poco supe que se había muerto de filaria. Mi madre me compró entonces una muñeca Barbie para compensarme, y esa misma noche, le arranqué la cabeza a mi Barbie y la tiré por el balcón, tan lejos como pude. Lloré durante una semana hasta que creí que no me quedaban lágrimas... Y decidí que no quería pasar por eso nunca más. No va conmigo. Si no hay apego, no hay adiós... Y también es aplicable a las personas.

Álex no dijo nada. Tan solo recorrió lentamente con su dedo índice la línea de mi nariz y lo posó sobre mis labios.

-Menuda historia... -Parecía hablar consigo mismo-. Toda una declaración de intenciones. ¿Es una advertencia?

No lo entendía. Mejor dicho, lo entendía muy bien. Pero como había hablado más de la cuenta, pensé que hacerme la tonta me ayudaría a librarme de la incómoda situación que yo misma había provocado sin pretenderlo.

-No es que me importe -dijo él-. Bueno, salvo por la parte en la que hablas de arrancarle la cabeza a esa Barbie. Es decir, si puedo elegir, paso de ser Barbie, ¿puedo? Es que me gusta mi cabeza, qué le vamos a hacer.

Me reí. No una de esas muecas mías en plan, *vale, todo el mundo se divierte, toca que parezca que lo hago...* No, nada de eso. Fue una risa de verdad... Hacía mucho tiempo que no me reía con naturalidad. Me incorporé en el sofá, quedando frente a él, mi cara muy cerca de la suya... Su alboroz se me había cerrado un poco por la postura y lo maldije mentalmente. Si lo abría se iba a notar que no era algo casual y tampoco era plan de tirarme a la piscina descaradamente.

-Bueno... ¿y ahora qué? -pregunté, humedeciéndome los labios. ¡Por fin! Mi atento vecino demostró que no era infalible a mis encantos y siguió con la mirada la punta de mi lengua.

Capítulo 8

PORQUE ES UN FUERA DE SERIE EN LA CAMA

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

Hay dos tipos de personas: las que se arriesgan y las que no. Ahí lo dejo.

Fdo.: *NomeCreonada*... Entrando en la espiral confusa de lo que podría ser una relación.

-Eso digo yo... ¿y ahora qué? -repitió mi pregunta, estirando la mano para enredar en sus dedos un mechón de mi cabello desordenado. Me lo colocó detrás de la oreja y me sentí como si acabara de ser peinada por el mismo estilista que le atusaba la melena a Kim Bassinger en *Nueve semanas y media*... Fogosa y dispuesta a todo.

-¿Me bajo un piso y compruebo si mi amiga ha vuelto a casa? -sugerí, en un alarde de responsabilidad absurdo, teniendo en cuenta que el albornoz ya le mostraba la mitad de un pecho y no hacía nada por evitarlo. Ahora sus ojos se clavaban en aquella parte de mi cuerpo expuesta, llamándole como si acabara de colocarme un cartel luminoso en la frente que decía *déjate de rodeos y vamos al grano*.

-¿Te acompaño?

«¿Te estás quedando conmigo?». No supe si había formulado la pregunta en voz alta, pero comprendí que no, porque él seguía mirándome, esperando una respuesta.

-Si es lo que quieres...

Él acarició el borde de la bata de felpa y lo estiró hasta cubrir la porción de mi piel que antes quedaba al descubierto, y todo lo hizo sin dejar de mirarme directamente y con un lento movimiento que hizo que yo contuviera el aliento.

-No, no es lo que quiero. Pero si te digo lo que realmente quiero, confirmaré tu teoría y me lo echarás en cara la próxima vez que nos veamos -dijo, en voz baja, inclinando la cabeza para hablarme cerca del oído.

Su confesión no me dejó indiferente. Mi corazón latía a mil por hora y estuve a punto de abalanzarme sobre él para que no tuviera ninguna duda sobre mis intenciones o sobre lo que opinaba ahora mismo de cualquier teoría que no le incluyera desnudo y cabalgando sobre mí. Por suerte, aún me quedaba un resquicio de sentido común que me hizo reprimirme y poner cara de inocente mientras colocaba mi mano sobre su muslo.

-¿Qué teoría? -quise saber, haciéndome la tonta.

-La de que todos los hombres somos unos cerdos -murmuró, desviando la mirada hacia mi mano, que seguía sobre su muslo y parecía haber caído allí por pura inercia.

-¿Así que es eso? ¿Quieres demostrarme que todos mis prejuicios son infundados? -dije,

elevando mi mano y dibujando con el dedo índice el mapa de su camiseta oscura, acercándome peligrosamente al lugar del mapa bajo el que palpitaba su corazón. Comprobé que también latía con fuerza y aquella certeza me desarmó.

-¿De verdad quieres que te diga lo que quiero? -insistió con voz grave.

-Por favor. -Vaya, otra vez hablaba por mí una señorita remilgada y educada por las buenas monjas de colegio de pago.

Yo no quería que hablase ella. Quería que hablase la mujer que había cumplido años en soledad, la que había soñado un millón de veces que su compañero perfecto del trabajo la empotraba contra la fotocopidora al final de una dura jornada. La que no quería admitir que su vecino, un héroe local, un tipo impresionante de casi dos metros con más músculos reunidos que una competición de waterpolo, era además un hombre sencillo y considerado dispuesto a no echar un polvo en pos de mantener relaciones cordiales con el vecindario. En definitiva, quería que la abogada racional y resentida se fuera a tomar viento y diera paso a la chica que no creía en el amor, pero que lo deseaba desesperadamente y llevaba demasiado tiempo sin sentir placer con algo que no llevara pilas.

-Ya que insistes... -Me rodeó la cara con sus manos grandes, un poco callosas, supuse que debido a su trabajo. Me habló de nuevo al oído, provocando que se me erizase la piel-. Quiero besarte... Quiero enterrar mi lengua en tu boca, rebuscar en su interior y beberme hasta la última gota amarga que haya dejado el último idiota que haya estado ahí. Quiero quitarte ese albornoz horrible que me regaló mi madre el año pasado y que no soy capaz de tirar porque la adoro. Quiero llevarte a mi cama y hacerte el amor durante horas, y convencerte de que soy un cerdo, pero adorable. Y despertarte por la mañana con mi repertorio más horterera de música de los ochenta y unas tostadas de mermelada de albaricoque... Y quiero hacerte el amor de nuevo antes de que huyas a tu apartamento y le cuentes a tu amiga que vomitaste en mi baño, te pusiste el albornoz de mi madre, lloraste conmigo viendo *Australia* y te arranqué un millón de gemidos mientras te retorciás de placer en mi cama... Todo eso quiero, Daniela. La pregunta es, ¿qué quieres tú?

Uf, casi me asfixio escuchándole... Mi mente gritaba «todo, todo, todo»... Y si a eso podía añadirle la promesa de repetirlo unas cuantas veces, digamos, los próximos treinta años, ya sería la leche... Me atraganté con mi propia saliva antes de contestarle de un modo bastante humillante, con algo como, por ejemplo, «ya puedes empezar, imagínate que soy una muñeca hinchable y da rienda suelta a tus fantasías más locas...».

-Veo que mi oferta te ha dejado sin palabras... -sonrió levemente, acariciando mis mejillas con sus pulgares-. Echaré toda la carne al asador, por si te ayuda a despejar tus dudas.

¿Por si me ayudaba a despejar mis dudas? ¿Qué dudas, quién las tenía? Mi vecino era demasiado considerado o demasiado idiota o necesitaba urgentemente que le revisaran la vista. ¿No veía las señales que le enviaba? ¿No veía que en su primer *quiero besarte*, mis pezones ya apuntaban al frente como las perillas de rosca de una vieja radio?

Abrí los labios para decirle que adelante, permiso concedido o lo que fuera, que aquel hombre

parecía necesitar un salvoconducto para arrancarme el albornoz de marras. Pero no tuve tiempo de animarle, ya que él solito se decidió. No estoy segura de si yo era la carne y él el asador o viceversa. Lo cierto es que mi temperatura había subido lo suficiente para que me utilizaran como parrilla en las competiciones culinarias y multitudinarias de Villarriba y Villabajo en los anuncios de Fairy.

Sus manos ahuecaban mi pelo detrás de la nuca y sus dedos pulgares acariciaban lentamente los lóbulos de mis orejas, mientras yo, completamente absorta en aquella caricia, permanecía con la mirada anclada en sus ojos azules. Vi como inclinaba su boca sobre la mía, sin tocarla. Sentí su cálido aliento revoloteando sobre mis labios entreabiertos.

-Me gustas mucho, Daniela -me susurró con la boca casi pegada a la mía-. Pero tengo que contarte algo. No me gustan los secretos y no quiero empezar nada guardando uno... ¿Puedo?

No podía creérmelo. ¿Tenía que darle un ataque de sinceridad precisamente ahora? Ya me temía lo peor... Otra vez, sola y sin echar un polvo. ¿Y qué querría contarme? ¿Sería mentira lo que me había dicho de su ex? ¿Sería que la dueña del sofá no era su ex y que solo echaba una canita al aire conmigo? ¿Sería...? «¡Basta de divagar!», me dije. Era mejor dejar las cosas claras antes de que su franqueza me estropease el momento.

-No me importa... Te perdono -lo corté con rapidez.

-¿Me perdonas? Pero si no sabes lo que iba a decirte. -Su risa era casi tan perturbadora como sus pectorales bajo la palma de mis manos.

-Te perdono -insistí-. Sea lo que sea.

-¿Lo que sea?

Pestañeeé con la visión nublada por aquellos ojos penetrantes, amables y seductores al mismo tiempo, por el cosquilleo de su nariz en mis mejillas...

-Por favor... No me lo cuentes -insistí, y no le dije que me aterraba lo que pudiera ocultar. Me parecía una buena persona y me atraía demasiado para echarlo todo a perder por unas cuantas confesiones-. Salvo que tu secreto sea que eres un asesino en serie o algo por estilo, déjalo.

-Así que si soy un asesino en serie me quedo sin postre... -bromeó, lamiendo levemente con su lengua la comisura de mis labios-. Voy a tener que cerrar el pico.

-En serio, Álex... Es que no quiero saberlo...

-Pero yo quiero contártelo. -Y sin embargo, seguía atrapando mi boca, entre palabra y palabra. Me aparté y lo miré, tan confusa como excitada.

-Pues suéltalo de una vez -exigí, cruzándome de brazos, reprimiendo el impulso de silenciarle con mis labios.

-¿Recuerdas aquel día, el año pasado... cuando te quedaste atrapada en el ascensor de aquel edificio?

—¿De qué hablas? -Empezaba a sentirme como la agente Clarice Starling, de *El silencio de los corderos*.

-Tenías mucha prisa por que te sacaran... Ya iban unas cuantas veces y estabas ansiosa, tenías una

reunión muy urgente. Me pareciste una prepotente... No podía creer que me ofrecieras dinero por hacer mi trabajo. Y confieso que no pude evitar darte un escarmiento. Tenía otras formas de sacarte desde el minuto uno, pero te dejé un buen rato allí adentro con la esperanza de que aprendieras modales... Ahora ya lo sabes, ¿estás enfadada?

Le clavé los ojos muy abiertos. En cualquier otra circunstancia y tratándose de cualquier otro, le habría dado una bofetada que le habría saltado todos los empastes. Pero él me estaba mirando con sus ojos del color del mar, con su expresión serena aunque un tanto insegura, con sus manos aún en mi cara...

-¿Eras tú? ¿Y desde cuando sabes que era yo? -le pregunté. Como si me importara. Me volvía blanda o estaba bajo los efectos del alcohol. Porque tenía claro que lo único que podría evitar que hiciéramos el amor era que su confesión tuviera que ver con armas de fuego, mafias rusas o cadáveres. Y teniendo en cuenta mi nivel de calentón, era más que posible que transigiera con alguno de los tres anteriores delitos.

-Desde el primer día que diste un portazo en tu terraza para no escuchar mi música mientras entrenaba -confesó, deslizado su mano para cerrar los dedos en mi cuello y acercar mi boca a la suya. Me habló contra los labios -: Lo digo en serio, Daniela. Me gustas mucho... Y eso que eres peor que un dolor de muelas, ahora que lo pienso. Pero me gustas, sí, debo estar enfermo o algo... Aunque no soy un chico fácil, te lo aviso... No me acuesto con cualquiera, no me va eso.

¿No era un chico fácil? ¿A qué venía eso, era por el billete de cincuenta euros que le había intentado colar en aquel ascensor? ¿Le había dado un ataque de dignidad o qué? Y si era así, ¿me lo tenía que decir precisamente en ese momento? Quise chillar de frustración, pero me aventuré a preguntar:

-¿Eso qué significa? ¿«Ha sido un placer, pero vete a tu casa, vecina»?

Álex enterró los pulgares en los bordes de mi albornoz y lo arrastró hacia ambos lados, dejando al descubierto mis pechos.

-No, Daniela. Significa: «¿quieres que te haga mía esta noche y algunas otras noches, y tal vez todas las noches que sigan a esta, hasta que uno de los dos diga basta?».

¿Dónde tenía que firmar? Por Dios, que alguien me diera un maldito bolígrafo para estampar mi firma en aquello que me ofrecía. Aunque bien mirado, lo que ofrecía daba un poco de repelús, en el buen sentido. No todos los días, un tío macizo como aquel, la fantasía sexual de todas las mujeres en edad de tener sexo del barrio, te proponía dártelo de manera prolongada... Tenía que haber algún pero, alguna trampa oculta, pero me dio igual. Deseché la idea de inmediato, no quería interferencias en lo que iba a suceder. Me levanté el albornoz abierto hasta las ingles y me subí sobre sus muslos, restregando mi cuerpo contra el suyo como si temiera que fuera a esfumarse como el espejismo maravilloso que era.

Enredé los dedos en su pelo y le obligué a enterrar su rostro entre mis senos. Como si fuera la señal que esperaba, atrapó uno de mis pezones entre sus dientes, mordisqueándolo suavemente mientras una de sus manos jugueteaba con el otro. Con la otra mano, acarició el hueco húmedo

entre mis muslos, generoso, paciente... Yo había olvidado lo que era sentir aquello. Había perdido la cuenta de los orgasmos solitarios, cortesía de Lucas y de sus muchas sonrisas en las que me prometía un cielo que jamás llegaba.

—Al diablo con Lucas...

-¿Quién es Lucas?

Oh, no... ¿Lo había dicho en voz alta? ¿Y ahora qué, le contaba todas mis inseguridades y frustraciones y le daba matarile a aquel momento mágico?

-Por favor, no preguntes... -Yo no era de suplicar... No lo había hecho nunca, es que ni sabía cómo se hacía.

Por suerte, él entendió que no era el momento para hablar de ello. Me besó con pasión antes de apartarme un segundo, apresurado, ansioso, solo para sacarse la camiseta por la cabeza y quitarse los pantalones cortos...

Yo sabía que tenía que morderme la lengua y no pensar ni una sola vez más en Lucas, el hombre perfecto que no estaba allí, entre mis piernas. Lucas era una fantasía, mi fantasía. Llevaba tanto tiempo idolatrándolo y perdiéndome en sus muchas virtudes que había olvidado sus muchos defectos. Y cada vez más, comprendía que todo aquello que le rodeaba, toda aquella perfección, nada de eso era real... Pero Álex, mi vecino increíblemente guapo, adorable, sensible y ardiente, sí lo era. Y me aferré a eso como un alcohólico al último trago.

Ni siquiera me percaté del momento en que su albornoz de la nostalgia caía en el salón y me arrastraba con él hasta el dormitorio, mis piernas alrededor de su cintura, sus manos en mi trasero, sujetándome con firmeza para no romper el contacto salvaje entre ambos. Vagamente, le vi rebuscar en algún cajón de su mesa de noche. Juraba entre dientes, maldecía, reía y suspiraba con desesperación y volvía a rebuscar. Todo ello conmigo enlazada en su cintura, con mi boca buscando la suya, con mis uñas arañándole la espalda...

-Mierda... mierda... ¿dónde están los condones?

Me reí contra su lengua.

-En serio, Daniela... Me va a dar un infarto si no los encuentro... Esto no podemos pararlo, ¿sabes?

Reí otra vez, le mordisqueé el lóbulo de la oreja y dejé que mis manos se recrearan en la fuerte musculatura de sus hombros, en la espalda ancha, lista para cargar con su equipo de salvamento en cualquier emergencia... Solo que ahora era todo para mí. Yo era una emergencia y de las gordas. Y mi atractivo vecino bombero adorable, héroe local y muso de cajeras y otras fémimas del barrio, tenía que acudir al rescate y salvarme. De mis modales, de mi malhumor, de mi orgullo, de mi falta de empatía con el mundo, de mi dificultad para perdonar, de mi incapacidad para amar... Sí, de todo eso, como en las películas románticas, como en las citas que organizaba Mimi y en las que yo no creía... Bueno, en realidad, todo eso ya se veía, estaba poniéndome un pelín melodramática y no lo veía. De momento, solo quería que me salvara de no regresar a mi apartamento sin echar el polvo del siglo. Le empujé sobre la cama y los dos caímos sin despegarnos la piel.

-Daniela, Daniela... Te dije que no era un chico fácil... -murmuró contra mi cuello-. Es que hace tanto que no estoy con nadie, que ni recuerdo dónde tengo los malditos condones...

Me giré con un movimiento felino y abrí el primer cajón a la izquierda. Desordené su ropa interior sin mirar, tanteando con los dedos hasta que encontré lo que buscaba. Una pequeña caja de preservativos en la que parecía no faltar ningún aliado. Se la tiré en el pecho y Álex la abrió con rapidez. Me miró con una mezcla de diversión y sorpresa.

-¿Cómo sabías dónde buscar? -preguntó, incorporándose un poco en la cama y desenroscando con dedos torpes el látex. La visión de su cuerpo desnudo y de su miembro endurecido apuntando en mi dirección, presionando mi estómago, casi me produjo mareos.

-Todos los hombres guardan de estos cerca de la cama... Por si triunfan una noche. -Encogí los hombros, dedicándole una sonrisita maliciosa.

Pero parece que mi sentido del humor no fue esta vez de su agrado, porque durante un fugaz instante, la expresión de Álex se ensombreció. Tuve miedo de que mi boca demasiado grande la hubiera fastidiado y la fiesta terminase con final trágico. No trágico de serie policíaca o dramática, eso no. Sino peor, uno del tipo catastrófico, como que me volvía a casa sin catar al bombero.

-Yo no soy todos los hombres, Dani... Y tú no eres cualquier mujer, ¿vale? No lo olvides. -Se inclinó para besarme, largamente... No fue un beso de alguien que te echa un polvo. Y no sé si la idea me gustó o me aterró, la verdad. Es que no sabría definirlo... Fue un beso de entrar en comunión con el otro, de enredar las lenguas y descubrir nuestros sabores, con calma, con precisión... Cuando se separó para mirarme fijamente, sentí que se estremecían fibras de mi ser que ni siquiera sabía que existían.

Sus ojos azules parecían mirar a través de mi piel. Como si yo no fuera más un holograma o una proyección virtual de mí misma. ¿Y lo era, era yo así? ¿Era alguien vacío o de verdad, él estaba viendo en mi interior y descubriendo lo que había bajo el envoltorio transparente en el que me convertían sus manos y sus ojos?

-Y por cierto... Ese Lucas tiene que ser gilipollas. -Y me lo dijo como una sentencia, con un tono categórico que me derritió hasta la última capa de la cebolla vieja y rencorosa que yo era habitualmente.

No le di tregua. Le arrebaté de los dedos la protección con la que seguía luchando. Le acaricié los muslos y las ingles y a horcajadas sobre sus caderas, cubrí con mi pelo su estómago, dejé que mi cabellera y mi lengua le hicieran cosquillas, primero en el torso, después en los abdominales, luego en el ombligo y, lentamente... Vi como contenía la respiración cuando mi pelo rozó el lugar donde su deseo quería liberarse. Le dejé sufrir unos segundos, torturándole con caricias intermitentes. Él trataba de apartarme y aferraba mis hombros para obligarme a regresar a su boca. Estaba listo para mí y yo lo estaba para él... Lo estaba antes de conocerle... Le ajusté la protección con tanta habilidad que me sorprendió a mí misma. Y sin dudarlo, me abalancé nuevamente sobre él, montándolo como una valquiria enloquecida y posesiva. Así me sentía. Poderosa, fuerte,

deseada y traviesa. Me veía como Gal Gadot en *Wonderwoman*, como la Capitana Marvel, la princesa Leia y la terrible y coqueta Harley Quinn... Un cóctel explosivo que había estado demasiado tiempo encerrado en una botella de genio. Una botella cuya mecha corta se encendía en los dedos y en la boca de aquel hombre y en unos minutos, se consumiría en el lugar exacto donde una mujer olvida cualquier comportamiento aprendido y se convierte en ella misma.

-Espera, no vayas tan rápido... -pidió él, aunque parecía igual de ávido por encontrar los puntos donde mi cuerpo vibraba. Me arrancaba gemidos que ahogaba con sus labios y presionaba con sus dedos mis nalgas contra sus piernas, reteniéndolas para evitar hundirse totalmente en mi interior-. Despacio... despacio...

Yo no estaba dispuesta a darle tregua, me deslizaba una y otra vez sobre él, atrapando su miembro y apretándolo en mi interior, buscando que llegara a lo más profundo de mí.

-Espera, Dani, espera... No podré aguantar mucho... si tú... si tú... me cabalgas como si estuvieras compitiendo en un rodeo... -jadeaba él, tratando de concentrarse en mi placer y retrasando el suyo cuanto podía.

«Mentiroso», pensé. Le cabalgué durante más tiempo del que recordaba haberlo hecho. Álex estaba en forma. Por su trabajo, por sus entrenamientos, por lo que fuera, no me importaba... Yo no podía pensar en si aquello iba a costarle una contractura, una hernia o una fractura de pelvis. Siendo egoísta, y yo lo era y mucho, solo pensaba en saciarme hasta el infinito. Por si a la mañana siguiente, aquel regalo de hombre descubriría que yo no era su tipo en realidad.

-Afloja, Dani, afloja... Dios, más despacio...

No quise escucharle... «No hay más preguntas, señorita», estuve a punto de gritarle. Y así era... Aquello estaba visto para sentencia. O para orgasmo, que en este caso era lo mismo. Así que los dos llegamos allí, juntos, y gritamos y jadeamos y sudamos hasta la última gota de deseo... Y así fue como nos enredamos.

Capítulo 9

PORQUE AGUANTA A TU FAMILIA

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

El famoso dicho «uno elige a sus amigos, pero la familia te viene dada» es una verdad universal. Si quieres que algo funcione, mantén a cada uno a raya, cada uno en su lado del cuadrilátero, hablando en términos pugilísticos. Si no lo haces, si permites que una parte de tu vida cruce la línea hasta el otro lado, corres el riesgo de que alguna de las partes salga corriendo. O herida. O recibiendo el justo merecido y desapareciendo de tu vida y haciéndote un favor enorme si todo lo que puede ofrecerte es rencor y veneno.

Fdo.: *NomeCreonada*... espectadora de cuadrilátero.

—¿Cómo que te has liado con el vecino?

Mimi había elevado el tono de voz y Carmen, su madre, mi salvadora, le colocó la mano sobre la boca para silenciarla.

-Hija, baja la voz, que te van a oír en toda la isla. -Lentamente, le quitó la mano de la boca y la docena de pulseras de colores de su muñeca tintineó al hacerlo-. A ver, ¿tú por qué pones esa cara de sorpresa? Ni que Daniela fuera una extraterrestre. Tendrá sus necesidades, como todos. ¿Qué más da si es con el vecino o con el repartidor de Telepizza? Ella sabrá lo que hace.

-Mamá... Que lo echó del piso anterior, que casi lo lleva a los tribunales por entrenar en el balcón. -Mimi puso los ojos en blanco.

-No era por entrenar -puntalicé-. Sino por poner la música demasiado alta.

-No me vengas con rollos, Dani. Pero ¿tú anoche qué bebiste? La verdad, no me digas que fue el ron de garrañón, porque no me lo creo. Que yo te he visto encajar más alcohol y no cometer locuras.

-Ah, claro, ahora soy yo la loca, dijo la *señorita adopta-un-pingüino* -me defendí, dándole donde sabía que más le dolía, en su antaño nefasto olfato para los negocios-. A lo mejor, si no me hubieras obligado a ir a esa discoteca a tope de feromonas, no me habría olvidado las llaves allí y esto no habría pasado.

—¿Ahora es culpa mía que te hayas ventilado al vecino? Te pregunté si te acompañaba a casa y dijiste que no...

-Si hubieras sido una buena amiga, habrías venido conmigo igualmente.

-Y si tú no fueras tan bocazas y no quisieras aparentar todo el tiempo que te las apañas bien sola, lo habría hecho.

-Y si no os quisiera, os daría un guantazo a las dos. Bebed y callad. -Carmen cortó la disputa así de rotunda.

La miré, preguntándome por qué no había tenido yo la suerte de que me tocara una madre como

Carmen. Llevaba el pelo rizado a la altura de la nuca y teñido de un rojo chillón. Lo recogía en la parte superior con una de esas pañoletas coloridas que vendían en los puestos ambulantes en la avenida marítima. Carmen compraba de todo en los puestos: sus pañuelos estrafalarios, sus pendientes larguísimos y sus pulseras hechas de piedras y conchas marinas. Hasta la camisola playera que llevaba era de uno de los puestos, concretamente del de su amiga Fatoumata, una senegalesa que se ganaba la vida desde hacía una década con la venta ambulante y con quien Carmen había trabado amistad. Yo lo sabía porque la policía local había multado a Fatoumata unas cuantas veces y Carmen me había pedido que le echara una mano con los recursos.

Pero esa no era la cuestión. La cuestión era que Carmen, por muchos motivos, era mi ídolo. A su edad, ya pasaba de los sesenta, poseía una mente abierta, seguía disfrutando del sexo con su marido e inventaba originales bebidas como la que nos tomábamos en ese momento. Le di un sorbo a mi infusión de menta con hielo y ron y vi que Mimi hacía lo mismo, como si estuviéramos sellando un tratado de paz.

-Bueno, ¿te liaste con el vecino? ¿Y qué tal? -Carmen continuó la conversación con naturalidad.

Yo no contesté. Sentía vergüenza. Y felicidad. Y remordimientos. E inseguridad. ¿Y ahora qué? ¿Nos saludaríamos como si nada cuando nos encontrásemos en el ascensor?

-Le he robado una camiseta -dije en lugar de expresar todos aquellos sentimientos-. Cuando me fui de su apartamento, dormía y no quise despertarlo. Mi top olía a rata muerta, seguro que el vómito de la noche anterior me salpicó y no me di cuenta. Así que le pillé una camiseta y desaparecí.

-No te he preguntado eso, Daniela. -Carmen le hizo una seña al camarero para que le sirviera otra ronda de sus mejunjes afrodisíacos.

-Carmen, que me da apuro... -Bajé la mirada y la concentré en las hojas de menta que flotaban en mi vaso.

-¡Ja! Ya has respondido. Te conozco, Daniela. Si hubiera sido un fiasco, ya estarías poniéndole verde con tu habitual cinismo. Le habrías puesto hasta un mote, como el *pichacorta*, el *culebrita*, el *gusanito* o algo así.

-Eso es verdad -convino Mimi, chocando su bebida contra la mía-. Así que nuestro Álex, es un fuera de serie en la cama. Tanto que te ha dejado sin palabras... ¡Brindo por él!

-No es *nuestro Álex*... Ni siquiera es algo mío -repliqué, un tanto preocupada por el rumbo que tomaba la conversación. Aquellas dos románticas ya me veían desfilando hacia el altar con el bombero cachas y una banda de gaiteros escoceses de fondo, mientras los demás bomberos del turno cruzaban las mangueras o lo que fuera y formaban un corazón con ellas.

-Mujer, por algo se empieza... Mira tú, ya le has robado una camiseta, nadie dice que no puedas robarle el corazón -rio Carmen, palmeándome la espalda.

-No le he robado la camiseta. La he tomado prestada y se la devolveré en cuanto lo vea... Un día de estos -aseguré, echando otro trago de la bebida.

-Ay, pues estás de suerte... Mira, por ahí viene.

Me atraganté al escuchar a Mimi y seguí con la mirada su mano. Señalaba a un hombre, mejor dicho, una aparición celestial, que se acercaba en nuestra dirección. Venía corriendo y al detenerse junto a nuestra mesa del paseo marítimo, se inclinó un poco para recuperar el aliento. Después, tiró del extremo inferior de su camiseta de deporte y se secó con ella el sudor de la frente. Al hacerlo, sus abdominales de infarto quedaron al descubierto y me fijé en cómo Carmen se bebía de un trago el resto de su infusión refrescante.

Por mi parte, escupí con disimulo en una mano las hojas de menta con las que había estado a punto de asfixiarme por el susto.

-Hola, chicas. Soy Álex -se presentó educadamente a Carmen antes de clavar su mirada en mí-. Daniela...

Vaya, me sentí como si realmente hubiera cometido el atraco del siglo y aquel pedazo de tío impresionante viniera a rescatar el botín y llevarme esposada.

-Pienso devolvértela -solté rápidamente.

Álex me miró con el ceño fruncido.

—¿Devolverme? ¿El qué?

-Tu camiseta... La de *Juego de tronos*. Es que la he lavado para devolvértela limpia -me justifiqué. No podía decirle que olía tan bien que había valorado seriamente quedármela como recuerdo.

-¿Mi camiseta? Ni me he dado cuenta. Pero no tengas prisa. Yo también tengo algo tuyo. Te dejaste una de tus sandalias en mi cuarto de baño. Pero no me la he puesto, lo juro. -Él sonreía.

Era verdad. Con las prisas, no encontraba mi otra sandalia, así que regresé cojeando a mi apartamento, con la esperanza de no haberla perdido antes de entrar en el edificio, aunque estaba casi segura de que no. Él seguía sonriendo, con aquella sonrisa seductora... Qué malnacido... No llevaba ni dos minutos allí y ya se había metido en el bolsillo a mi mejor amiga y a su madre. No había más que ver sus caras para darse cuenta de que ya lo habían elevado a la categoría de dios griego y firme candidato a novio de su amiga, es decir, yo misma.

-Mañana tengo guardia. Pero ¿te parece bien que nos devolvamos mutuamente nuestras pertenencias... el domingo? Podríamos dar una vuelta por aquí cerca y comer en el tailandés que han abierto nuevo en la zona del Confital. Dicen que es muy bueno.

Volví a atragantarme a causa de su sugerencia. Tosí ruidosamente, conteniendo la respiración cuando él se agachó frente a mí y cogió mis manos entre las suyas, mirándome con preocupación.

—¿Estás bien?

-Perfec... tamente -articulé con dificultad.

-Nunca ha estado mejor -añadió Mimi, mordiéndose los labios para reprimir una risita.

-Como una rosa -afirmó Carmen-. Y dígame una cosa, joven... ¿Ustedes los bomberos, son todos así?

-¿Así cómo? -quiso saber él, aunque por su expresión divertida, era evidente que entendía la pregunta de Carmen.

-Así de serviciales. Ya nos ha contado Dani lo bien que la atendiste anoche cuando se vio sin sus llaves y mareada. -Carmen ya lo tuteaba para acortar las distancias. Peligroso.

—¿Así que se lo ha contado? -preguntó Álex, arqueando una ceja con malicia.

-Bueno, todo lo que se podía contar, hijo. Anda, coge una silla, que te invito a un *mentarrón* y nos cuentas más detalles sobre tu apasionante profesión.

-No bebo, pero haré un parón en el entrenamiento, estoy fundido y seco. Me tomaré un Aquarius. Pero invito yo.

Y ya estaba sentándose a mi lado y poniéndose la mar de cómodo. Aquello estaba a punto de convertirse en *el día en el que me reducía a tamaño microbio de la vergüenza...* Por desgracia, la cosa solo podía empeorar. Lo supe en cuanto divisé a unos metros que mi madre caminaba en dirección a nuestra mesa. ¿En serio? ¿Tenía que encontrármela precisamente en aquel momento? Llevaba unos días sin hablar con ella y por su expresión helada no parecía que su amor maternal hacia mí hubiera aumentado últimamente. Más bien, todo lo contrario. Parecía furiosa, pero como la gran actriz que era, lo disimulaba bien bajo su gruesa capa de maquillaje.

-Vaya, vaya, qué sorpresa, ¿reunión de amigas? Ah, no, que también estás tú, Carmen... Perdona, no te había visto con todos esos abalorios que te cuelgas encima.

Ahí estaba. Zas, primera puñalada de mi madre en la espalda de Carmen. Creo que mi madre la odiaba porque sabía cuánto la quería yo. Y porque sabía que nunca podría ser como ella, ni aunque se tragara toda el agua del océano.

-Me enteré de que tu padre estuvo en el hospital. Me lo dijo mi vecina la enfermera -informó mi madre, mirándome acusadora-. Menos mal que me entero de algo, aunque sea por los vecinos.

-Está bien. Solo fue un susto -contesté sin ganas, consciente de que la salud de mi padre le importaba un pimiento.

-Podías habérmelo dicho.

-Tranquila, sobreviviré. -«Aunque te fastidie», pensé.

-Voy a pedir que me revisen la pensión -soltó ella, implacable-. He pensado que estoy siendo demasiado generosa y que esa fresca se está quedando con el fruto de mi sacrificio durante muchos años. ¿Me recomiendas algún buen abogado que siga ejerciendo y no esté en el paro como tú?

La miré estupefacta. ¿El fruto de su sacrificio? Lo único que había hecho mi madre durante años era esparcir su veneno en cualquier dirección, también en la mía. Como ahora. No se cortaba nada en humillarme delante de mis amigas y de un desconocido. Muy en su línea.

-Rosa, Daniela no está en el paro. Está en excedencia, que es distinto -le recordó Carmen con tono cordial, a pesar de que mi madre no podía verla ni en pintura-. ¿Y no sería mejor que lo hablarais en privado?

-Tú no te metas, Carmen. Ya decido yo lo que hablo con mi hija y dónde.

Quise que me tragara la tierra. No podía creerme que mi madre tuviera tan poco tacto y tan mala sangre. Bueno, sí me lo creía. No era nuevo para mí. Pero seguía violentándome que fuera de

aquel modo.

Álex pasó su brazo por encima de mis hombros y me colocó un mechón de cabello tras la oreja, en un gesto tan íntimo que desvió la atención de mi madre enseguida.

—¿Y tú eres...?

-Álex, encantado, señora. -Le tendió la mano, pero mi madre se quedó mirándola con desprecio y él la retiró para colocarla de nuevo sobre mi hombro. Mi madre le hizo un rápido escaneo, recorriendo fugazmente la ropa deportiva empapada en sudor que llevaba mi reciente conquista.

-¿Eres el novio de Mimi, el de las croquetas? -preguntó mi madre, tan políticamente incorrecta como siempre.

-No. Soy el novio de Daniela, el de las *mangueras* -respondió Álex ufano, añadiendo-: De croquetas no tengo ni idea. Soy bombero, señora.

Mi madre me miró. En su expresión podía leerse claramente un mensaje de decepción.

-Te dije que agarraras bien a Lucas. Mírate, Daniela. ¿Ahora sales con este tipo de hombres? ¿Un bombero? ¿Y qué será lo siguiente, un repartidor de pizza?

-Pues espero que no, señora -intervino otra vez Álex para mi sorpresa.

-Ah, ¿no? ¿Y eso como lo sabes, *musculitos*? ¿No sabes que mi hija es especialista en cagarla con los hombres? Dale un rebaño y dile que elija una oveja, y ella se llevará al perro pulgoso, así es mi Daniela. ¿No lo sabías? Se ve que la conoces poco.

Yo iba a gritarle que se largase de allí y nos dejara en paz. Pero los dedos de Álex en mi hombro presionaron con firmeza, indicándome que mantuviera la calma.

-La conozco poco, es cierto. Pero tengo la esperanza de que eso cambie, señora. A lo mejor un día, dentro de un par de años, le demuestro que estaba equivocada. Y nos reímos del día de hoy, mientras usted le da un beso a su nieto, que tendrá mi misma cara y los ojos color miel de Daniela.

¿Mis ojos eran color miel? ¿Cuándo se había fijado tanto mi vecino en el color de mis ojos? Y yo que toda la vida los había descrito como marrón común. Ni que decir tenía que aquel detalle ya había hecho que mi corazón latiera desbocado. Lo de *un nieto con su misma cara*, lo bloqueaba en mi cerebro para evitarme el infarto.

-Mamá... -Busqué las palabras para decirle que se fuera. Pero no me salían las adecuadas. Porque, aunque era una arpía sin sentimientos, seguía siendo mi madre y no quería faltarle el respeto delante de todos.

-No te preocupes, que ya me voy. No te molesto más. Puedes quedarte aquí, con tus amigas y con este, que no sé lo que ha visto en ti, con ese pelo que llevas, hija mía...

La vi alejarse por el paseo marítimo y ni me molesté en decirle adiós. Me estremecí cuando Álex me habló al oído.

-A mí me gusta tu pelo -me susurró.

¿Y ahora qué? Todos me miraban como si estuviéramos en una película de Woody Allen y yo fuera a soltar alguna frase mordaz y llena de ingenio que rompiera la tensión del momento. Pero no se me ocurría ninguna. Y las que se me ocurrían no tenían el ingenio de Woody Allen.

-Lo siento, lo siento mucho... Qué vergüenza. Tengo que ir... al baño. -Me levanté de un salto, empujando a Álex sin querer.

Me cogió la mano, reteniéndola un momento, en plan *no pasa nada*. Pero sí pasaba. Apenas le conocía. Pero él parecía conocerme de toda la vida. Me salvaba de quedar atrapada en el ascensor, en el coche, me daba serenatas en el balcón, me rescataba de una borrachera y me hacía suspirar entre sus brazos con caricias que ni imaginaba... Y también mantenía a raya a mi madre inventándose aquello de que éramos novios...

Demasiado perfecto, demasiado... Sería fácil enamorarme de él y olvidar lo que había sentido por Lucas... ¿Lucas, qué Lucas, qué pintaba ese ya en mi vida...? No nos engañemos, parecía que mi vecino bombero había borrado cualquier rastro de mi amor platónico en mis pensamientos. Pero estaba enfadada con él y mucho. ¿Por qué había intervenido delante de mi madre? ¿Acaso se creía que yo era una criatura indefensa que no sabía pelear sus batallas? Todo aquel rollo paternalista y sobreprotector que llevaban algunos tíos solía sacarme de quicio. Y aunque Álex parecía estar guiado por las mejores intenciones, se había pasado de la raya. No le tocaba hablar, no en esa ocasión...

Me había sentido doblemente avergonzada: por la salida de tono de mi madre y por la respuesta de Álex. Me había sentido como Baby en *Dirty Dancing* cuando Johnny le decía aquello de «no permitiré que nadie te arrinconen». Y no me refería a cómo se sentía Baby en la pantalla grande cuando la frase de Johnny nos parecía la mar de romántica. Sino a cómo se habría sentido realmente Baby si no fuera un personaje de ficción, sino una decidida mujer de carne y hueso que trasgredía normas y se rebelaba contra las injusticias. Se habría sentido humillada, eso seguro. La Baby de carne y hueso habría apartado a un lado a Johnny y habría dicho «mira, monín, te agradezco la intención, pero de que no me arrinconen, ya me encargo yo...». Y se habría abierto paso bailando ella solita hasta el escenario y repartiendo dosis de dignidad a todos aquellos ricachones estirados.

-No quiero volver a verte -dije sin pensar.

Álex me soltó, confuso.

-¿Perdona?

-Que no quiero volver a verte -repetí, mientras mis amigas ponían cara de *te has vuelto completamente loca*.

-¿Es por lo que le he dicho a tu madre... lo de que éramos novios? Era una broma, Daniela. Era solo que... Me pareció que quería machacarte por ahí.

-No tenías que meterte... Pero ¿por qué lo has hecho?

-Porque esa mujer te estaba vapuleando y tú no hacías nada para evitarlo... No puedo creerlo... ¿Estás enfadada conmigo por eso?

Álex abandonó su asiento para plantarme cara desde su altura. Incluyó su cabeza y me miró con una amplia expresión de perplejidad.

-No era *tu* problema -insistí con cabezonería-. Yo no soy *tu* problema.

-¿En serio? ¿Me estoy comiendo este sermón por intentar hacer algo agradable por ti?

-¿Y quién te ha dicho que sería agradable? -le espeté-. ¿Lo has leído en algún manual de *caballeros andantes* o qué?

-En serio... -Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el cabello. Luego, clavó sus ojos azules nuevamente en mí-. Estás como una cabra, ¿lo sabías? Resulta que esa señora que dice ser tu madre, se planta aquí y te pone a caldo delante de todos, y no dices una palabra para defenderte. Y a mí me crucificas porque salgo en tu defensa... Alucinante.

-Sí, tan alucinante como que tu vecino, a quien conoces solo de unos pocos encuentros, se crea con derecho a entrometerse donde nadie le llama.

Álex iba a decir algo, pero lo pensó en el último momento.

-Mira... ¿sabes qué? Me rindo contigo. Pero sobre lo de volver a verme -me apuntó con el dedo índice, haciéndolo girar frente a mis ojos. Yo lo aparté de un manotazo, enfadada-, te lo aviso: ya hiciste que me mudara una vez. No pienso cambiar de piso. Si no quieres tenerme cerca o encontrarte conmigo en el rellano de la escalera o en el ascensor... Ya sabes lo que tienes que hacer.

-¿Es una amenaza? -se lo pregunté elevando la voz, pero él ya no me escuchaba. Acababa de despedirse fugazmente de mis amigas y había reanudado su entrenamiento. Lo vi correr en dirección opuesta a la que le había traído y no tuve claro si lo hacía por su espíritu deportivo o porque no quería discutir más conmigo.

-Te has pasado un poco, ¿no te parece?

Le lancé una mirada asesina a Mimi, quien enseguida se metió la pajita entre los labios y sorbió ruidosamente su *mentarrón*.

-Ni una palabra... Y tengo que ir al baño, ¿vale? Pero ni una palabra cuando vuelva... Tengo que pensar.

Me marché, ignorando las voces de Carmen y Mimi que me llamaban. No fui al baño, me desvié de la puerta en el último instante y me marché a casa. El encuentro con mi madre me había afectado más de la cuenta. Para ser sincera, lo que realmente me había afectado es que Álex se sintiera tan cómodo conmigo, entre nosotras, tan dispuesto a ponerle una cremallera en la boca a mi madre, tan... adorable. Sí, no podía evitarlo, adorable.

Mucho más tarde, tuve que explicarle todo aquello a Mimi y Carmen. Vinieron al apartamento en cuanto se dieron cuenta, después de diez minutos de espera, de que no estaba en el aseo de la cafetería. Por supuesto, no estuvieron de acuerdo con que le diera calabazas a Álex. Pensaban que los *mentarrones* me habían sentado fatal. Pero después de un rato de charla, comprendieron que lo que realmente me había sentado fatal era conocer a un hombre a quien yo parecía importarle y de quien corría el riesgo de enamorarme.

Lo inevitable sucedió antes de lo que esperaba. De hecho, sucedió aquel mismo domingo. Sobre las cinco de la tarde, recibí un mensaje escueto que decía: «Tengo tu sandalia». Me pareció que,

como excusa, era poco convincente. Pero no me sorprendió. Seguramente, él creía que lo que le había dicho después de la diabólica intervención de mi madre, no iba en serio. Y puede que no fuera en serio. Pero yo estaba hecha un lío. Y un poco o un mucho, aterrorizada. Recapacitando un poco, todo lo que le había dicho sobre su intervención con mi madre, me parecía ahora... desproporcionado. Él no debió entrometerse y yo no debí ponerme hecha una furia. La cuestión es que yo le había dicho unas cuantas medias verdades. ¿Necesitaba a un hombre que se creyera mi guardaespaldas y protector? No. ¿Resultaba agradable saber que alguien así estaría dispuesto a dar la cara por ti? Sí. Pero se me hacía raro.

Contesté a su mensaje: «Tengo tu camiseta». Me mordí el labio con nerviosismo. No tenía claro si quería una respuesta o no. Una parte de mí rechazaba cualquier complicación emocional (y mi vecino lo sería); la otra, contenía la respiración sin apartar la vista de la pantalla del móvil. Y, ¡bingo!, allí estaba otra vez: «¿Hacemos esto como los intercambios de los narcos en las películas? ¿Dejas la camiseta en mi puerta y yo el zapato en la tuya?». Lo medité unos segundos antes de teclear: «Vale. Salgo en diez minutos y tú en quince... Sin sorpresas».

En realidad, esperé cinco y subí por las escaleras, solté la camiseta en la alfombra de su puerta y bajé corriendo para encerrarme nuevamente en mi apartamento. Con el aliento entrecortado, apoyé la espalda contra la puerta y arrugué la nariz al escuchar un leve ruido al otro lado. «Tan tramposo como yo», pensé. Me asomé por la mirilla y comprobé que no había nadie. Abrí la puerta, dispuesta a recuperar mi zapato antes de que el perro de algún vecino lo tomara como un regalo y decidiera hacerlo trizas. Pero no había nada. Iba a cerrar la puerta, cuando la sandalia se balanceó delante de mis ojos. Seguí el movimiento hipnótico hasta los dedos que la sujetaban y el fuerte antebrazo que asomaba. Álex se deslizó por la pared y elevó un poco más la sandalia, dejándola a la altura de mis ojos. La recuperé con rapidez. Él se quedó en mi puerta, tal vez esperando algo, una disculpa, una invitación a pasar...

-¿Sigues sin querer verme? -me preguntó con tono más conciliador.

-Mira... Siento haber sido tan...

-¿Idiota? ¿Borde?

-Oye... ¿has venido a hacer las paces o a que no te dirija la palabra nunca más? -le increpé, aunque me merecía que me diera algo de caña.

-He venido a devolverte tu zapato.

-Pues muchas gracias.

-De nada.

-Pues...

-Daniela, yo también lo siento -me interrumpió de repente-. Supongo que tenías razón. Me porté como el protagonista idiota de una comedia romántica. Pero te prometo que no lo hice con mala intención.

-Lo sé.

-Lo hice porque me importas, Daniela...

-Ya, ya... Y yo me siento halagada y todo eso, pero tú no tenías...

-Estoy a un beso de enamorarme completamente de ti.

Vaya, así de sopetón, sin anestesia... Su confesión me dejó noqueada. Qué sincero, allí mismo, en el pasillo... Doña Raquel, la viuda de casi noventa años que vivía en el piso contiguo al mío, esperaba el ascensor, de espaldas a nosotros. Decía que no oía bien, pero todos sabíamos que lo fingía, porque no perdía detalle de la hora de entrada y salida de cada vecino. Era como tener al FBI en casa. Como ahora. La señora se volvió y nos miró, con una sonrisa pícaro en los labios.

-Vamos, mi niña, no te hagas rogar tanto. Mira que cuando te das cuenta, has cumplido setenta años y se acabaron las declaraciones de amor.

Los dos miramos a la ancianita durante un segundo. Mi corazón latía tan fuerte que tuve que presionarlo con la palma de la mano para evitar que se me saliera del pecho. Álex me miraba fijamente, con sus ojos azules que recordaban un cielo despejado, un mar en calma... Yo estaba hecha un lío... ¿En serio me estaba pasando aquello a mí? ¿Y qué pasaba con mis sentimientos hacia Lucas y con aquel extraño mensaje que había recibido esa misma mañana y había ignorado intencionadamente? Lucas quería verme, aunque no especificaba el porqué. Y yo tenía miedo de preguntárselo. Porque existía una remota posibilidad de que me echara de menos. Pero también era posible que quisiera repasar conmigo los detalles de alguno de nuestros viejos procedimientos judiciales. Y ambas posibilidades me mantenían en vilo. Y el hecho es que tenía que ser honesta con Álex. Debía resolver mis conflictos emocionales antes de estar preparada para escuchar algo como lo que él acababa de soltarme.

Así que hice lo que consideré más correcto.

-Gracias por cuidar de mi zapato -dije.

Mis palabras llevaban un mensaje oculto. Si Álex era lo bastante listo, y lo era, ya se había dado cuenta de que solo tenía que eliminar la palabra *zapato* de la frase.

-Ha sido un placer -contestó, inclinándose ligeramente para besarme en la mejilla.

Sus labios ardían y se quedaron un buen rato en mi piel. Yo sabía que se moría de ganas por besarme en la boca. Y yo a él. Pero no podía ser aquel día. Le dejé marcharse, preguntándome si había metido la pata hasta la rodilla o podía confiar en lo que había leído en sus ojos. Porque yo también estaba a un beso de enamorarme de él.

Capítulo 10

PORQUE NUNCA OLVIDA TIRAR LA BASURA

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

Lo sé. Varios días sin escribir un comentario. Pensaréis que he bajado la guardia y que vuestros mensajes sobre mi actitud negativa ante el amor me han calado hondo. Es posible. O tal vez haya estado ocupada repasando mi lista y haya encontrado que era una lista infantil escrita por una persona que nunca ha estado realmente enamorada. También es posible. Lo cierto es que le doy vueltas y veo todos vuestros perfiles, anhelantes de encontrar ese otro perfil mágico que pondrá su mundo del revés... Y tengo un poco de envidia. No digo que yo esté equivocada... Solo que, a lo mejor, y solo a lo mejor, no tenía toda la razón.

Fdo.: *NomeCreonada*... Es hora de tirar la basura.

Me quedé con la boca abierta, expectante, mientras él se quedaba en la puerta, igual de expectante, esperando a que yo le dijera que podía pasar. Pero las palabras no me salían y era bastante raro, porque ni podía contar el número de veces que había soñado con aquel momento.

-Hola, ¿puedo pasar?

Seguí mirándole, mientras mi mente analizaba detenidamente aquella simple pregunta. ¿Si podía pasar? ¿A qué se refería, a mi piso... a mi vida?

-Hola, Lucas -contesté, sujetando la puerta como si fuera un muro infranqueable entre ambos, una gruesa pared que me mantenía a salvo de sus encantos.

-Te preguntarás qué hago aquí, un domingo a las nueve de la noche -dijo, apoyándose en el quicio de la puerta al ver que, por el momento, se quedaba allí.

-Pues sí, la verdad -respondí con total sinceridad.

Él me enseñó su móvil y pude leer el mensaje de WhatsApp de mi madre. ¿Cómo había conseguido su teléfono? Ahora iba entendiendo la reaparición de Lucas en escena.

Perfecto. De todos los abogados del mundo, mi madre tenía que elegir a Lucas para iniciar su nueva batalla legal contra mi padre. Chasquéé la lengua, contrariada.

-Pensé que te ibas a sentir incómoda si aceptaba el encargo -comentó él, dedicándome una sonrisa.

-Te agradezco la consideración -dije, guardándome la opinión sobre el acto traicionero de mi madre. Intuía que solo era otra de sus estrategias rastreras para demostrarme que el hombre de mis sueños aún estaba a mi alcance y que yo era una estúpida si no aprovechaba la ocasión.

-De nada... Pero tengo que ser sincero. -Se inclinó un poco sobre mí para hablarme con sus labios muy cerca de los míos-. El mensaje de tu madre solo ha sido una excusa. Creo que hasta me alegré de recibirlo.

Arqueé las cejas sin comprender.

-Últimamente, he pensado mucho en ti, Daniela -siguió susurrando casi en mi boca-. Y me siento fatal por ello, ya me conoces. Soy un hombre felizmente casado, o eso creo. Pero estos meses sin ti... No sé qué me pasa, estoy hecho un lío. Porque, ¿sabes qué? Me había acostumbrado a tenerte cerca, a nuestros jaleos, a nuestras noches interminables preparando una vista, a tus sarcasmos... Es que... Mierda, mi mujer es la perfección en persona, y la quiero, todo el mundo la quiere... Pero no es fácil estar a la altura, ¿sabes? La gente espera que estés a la altura de alguien así... Y eso es mucha presión... Mucha presión, Daniela. No me daba cuenta de esa carga cuando estabas cerca. Porque tú... Tú eres distinta, tan real, tan...

-¿Imperfecta? -se lo pregunté mirándole a los ojos. Así que se trataba de eso. Lucas necesitaba tenerme cerca para sentirse mejor, para que al mirarme, sus pequeños defectos parecieran insignificantes y pudiera irse a la cama con su estupenda mujer sin sentirse menos que ella. Alucinante. Su confesión era lo más alucinante y descarado que había escuchado hasta la fecha. Dije en voz alta:- Lo realmente increíble es que hayas necesitado un año para darte cuenta de lo mucho que me echabas de menos.

-Daniela... Estaba hecho un lío. Estaba perdido... Llámame estúpido si quieres. Por favor, ¿puedo pasar? Me sentiría más cómodo si habláramos de ello en la intimidad, tomándonos una copa de vino.

Mi mano ya estaba tirando de la puerta para dejarle entrar. Pero mi cerebro intervino providencialmente. Un momento... ¿Lucas se sentiría más cómodo? ¿Y yo qué, qué pasaba conmigo? Porque, aunque pareciera extraño, y me lo parecía, me sentía bien en aquella postura, manteniendo las distancias, manteniéndome a salvo en mi puerta y en mi espacio. ¿De verdad quería que *Mister Perfecto* lo invadiera con su perfume suave, con su ropa de marca y su cara de chico bueno que está a punto de pecar? ¿De verdad quería que volviera a entrar... a mi apartamento, a mi vida...?

El sonido del ascensor que se detenía en mi piso, me desconcentró. Frente a mi apartamento, la puerta del ascensor se abrió de pronto. Detrás de dos operarios de mudanzas y de un sofá en posición vertical con los brazos desmontados, acerté a ver unos ojos azules que me observaban. Ladeé la cabeza con curiosidad... ¿Álex se mudaba? Aquel era su sofá, sin duda, el que le había dejado conservar su ex y sobre el que yo había llorado viendo *Australia*... Un momento, un momento... «¿Álex se muda?», me repetí mentalmente y hasta así, mi pregunta sonó un tanto histérica.

-Daniela... ¿me has escuchado?

Regresé la mirada a Lucas. Mientras yo me volvía loca imaginando que mi vecino bombero adorable (¡sí, adorable!) se mudaba de casa, tal vez de barrio o de país, Lucas, mi fantasma de las navidades pasadas, seguía con toda su verborrea cansina sobre lo mucho que me echaba de menos y lo infeliz que era en su vida perfecta.

-No, Lucas, ni una palabra -le sonreí abiertamente, sintiendo un gran alivio al descubrir lo siguiente.

Lucas me devolvió la sonrisa. Cerré los ojos, quería gritar de felicidad al descubrir que su sonrisa no provocaba el más mínimo efecto sobre mí. Mi corazón no se había detenido, mis piernas no temblaban de emoción. Supe que se acercaba más a mí, porque podía aspirar ahora por completo el aroma de su perfume... E inesperadamente, Lucas hizo lo que yo siempre había deseado que hiciera. Me besó.

Y eso fue todo. Me besó. Sus labios estaban sobre los míos y su lengua intentaba abrirse paso en el interior de mi boca. Y no digo que no fuera una sensación agradable, que lo era. Lucas besaba muy bien. Pero yo no sentía nada, ni mariposas en el estómago ni fuegos artificiales sobre mi cabeza... Nada de nada, salvo una profunda decepción. No con él, sino conmigo misma y con el tiempo perdido idealizando algo que solo había existido en mi imaginación.

Su boca seguía sobre la mía, en un esfuerzo inútil por despertar mi pasión o mi perdón o lo que fuera que viniera buscando *Mister Perfecto* a mi piso. Abrí los párpados y mis ojos se encontraron con los de Álex en aquella corta distancia. Supe que estaba enfadado conmigo, decepcionado, sorprendido... Hacía una semana que le había dicho que necesitaba tiempo y había sido muy respetuoso con mi deseo. Tan solo me había enviado un mensaje: «Quiero verte». Yo, en un alarde de diplomacia, le había contestado: «Aún no». Sin embargo, cada día de aquella semana que parecía duplicar los días, había sido una tortura. Cada mañana había esperado que me despertara con su música y su entrenamiento, aunque solo fuera para amenazarle como hacía antes de que todo se complicase. Cada tarde me asomaba al balcón por si le veía entrar o salir, y ahora que lo pensaba, aquello era un comportamiento más propio de una psicópata que de una abogada en excedencia como yo. Hasta le había pedido a Mimi que me dejara uno de aquellos calendarios solidarios de bomberos, para colgarlo en la cocina y consolarme viendo su tierna fotografía rescatando a un gatito. Ya sé que era una idiota y que todo lo que tenía que hacer era subir un maldito piso y decirle que sí a todo, a todo lo que quisiera ofrecerme. Pero me podía el temor de que fuera realmente un buen hombre y me enamorase de él.

Y ahora estaba allí, mirándome mientras Lucas intentaba hacerme un lavado de estómago con su lengua. Y aunque no decía nada, yo sabía lo que estaba pensando. Que yo era otra mujer que rayaba la cuarentena y que había visto cumplida su fantasía de liarse con un bombero. Que le había utilizado cuando él me había advertido que no era un chico fácil, cuando habíamos llorado juntos viendo *Australia* y me había confesado lo mucho que significaba para él conservar aquel sofá de Ikea que ahora bajaba en el ascensor. Parece que algo había atascado la puerta y los operarios no lograban cerrarla. Vi como Álex empujaba con brusquedad un extremo del sofá hacia el fondo, con cierta rabia, sin dejar de mirarme. Por fin, la puerta se cerró y las luces indicaron que el ascensor descendía unos cuantos pisos.

-Daniela... Deja que entre, por favor... -La mano de Lucas subía peligrosamente desde la cintura en dirección hacia uno de mis pechos. La detuve, apartándola con suavidad y devolviéndosela a su guapo dueño.

-Me parece que no -dije, exhalando un hondo suspiro.

-¿No? -Lucas no cabía en sí de asombro y no lo disimulaba-. No entiendo... ¿Ha pasado algo? Yo creí... Creía que...

-Lo sé, Lucas. Creías que yo te quería y que me habías hecho polvo cuando te casaste con Irene, cuando me dijiste un millón de veces que yo era estupenda y que deseabas que encontrase un hombre que supiera apreciarlo... Yo también lo creía. Pero me equivocaba. Tú no me hiciste polvo. Eso lo hice yo sola. -Tomé aire. Qué raro, ¿eran cosas mías o el aire ya no estaba impregnado del perfume de Lucas?-. Todo este tiempo creía que se trataba de mí... Que era culpa mía, porque nunca sería lo bastante buena para ti... Pero no soy yo, Lucas, eres tú... Eres tú quien no es lo bastante bueno para mí.

-Estoy confuso, Daniela... En serio, no entiendo.

-¿Has oído alguna vez eso de *si lloras porque no puedes ver el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas*?

Lucas me miró como si me hubiera puesto hasta arriba de marihuana.

-Lucas, ¡tú eras el sol! -Le estampé un sonoro beso en la mejilla-. Pero ahora tienes que irte y volver con Irene. Ella es maravillosa y hacéis buena pareja. Pero ¿sabes qué? Yo también soy maravillosa. Ahí afuera hay un millón de estrellas esperándome y no quiero perderme ni una más.

Lucas iba a decir algo, seguro. Pero no le di oportunidad. Le cerré la puerta en las narices y corrí como loca hacia mi teléfono móvil. Busqué el número de Álex y, con el corazón encogido, tecleé un mensaje y pulsé enviar. Contuve la respiración durante unos segundos antes de mirar la pantalla de mi móvil y comprobar si había repuesta. Yo había escrito «sí a todo», recordando lo que él me había dicho antes de hacer el amor. Pero no contestó. Ni a ese ni a los cinco mensajes siguientes que le envié durante aquella semana.

-Álex, no puedes doblar guardia y lo sabes. Está terminantemente prohibido -me advirtió Ortega.

-Vamos cortos de personal, hay varios compañeros de baja. ¿Qué más da si doblo guardia? He dormido en el parque, estoy descansado y a punto por si sale algo.

-Que te vayas a casa te digo. Que si te pongo hoy en el cuadrante me van a meter un puro, ¿es lo que quieres?

Miré a Ortega. No, no quería que le metieran un puro por mi culpa. Pero no me apetecía volver a casa y arriesgarme a encontrarme a mi vecina dándose otra vez el lote con aquel guapito vestido de Armani. Había sentido la tentación de llamarla por teléfono aquel mismo día, cuando la había sorprendido besándole en la puerta. Por suerte, en la guardia del sábado anterior, mi móvil se había derretido durante una intervención en la que casi nos habíamos achicharrado el trasero. Así que ya no tenía su número.

El destino había querido que evitara tentaciones y así me ahorraba el mal trago de que ella me dijera otra vez aquello de «aún no»... Vale, ella había sido mortalmente sincera, eso se lo reconocía. Pero no lo hacía más llevadero. Después de lo de Silvia, no me había interesado de

nuevo por una mujer. Y ahora que por fin sucedía, resultaba que para esa mujer, a lo mejor solo había sido un lígüe de fin de semana.

-Oye, Álex, que dice mi mujer que te dé las gracias por vendernos tu sofá a tan buen precio. Que dice que estuvo mirando el mismo modelo en Ikea y cuesta un ojo de la cara.

Encogí los hombros como respuesta al bombero del turno anterior a quien casi le había regalado el sofá. La verdad es que me sentía mejor con él fuera de casa. Pero ahora que ya me había desprendido de todas las cosas que me recordaban a Silvia, resulta que me daba cuenta de que Silvia ya no me importaba. Me importaba Daniela, mi vecina rarita que coleccionaba ratones porque eran fáciles de sustituir, la que era capaz de matar por llevarse las últimas fresas del súper, la que lloraba en su terraza porque nadie celebraba con ella su cumpleaños... Me importaba de verdad esa chica. No era un capricho ni tensión sexual no resuelta. El tema sexual lo había resuelto bastante bien, ahora que lo pensaba. Es que ella era... diferente. Dura por fuera, pero vulnerable en el fondo. Yo había sentido aquella vulnerabilidad en mis manos, en mis dedos y en mi boca...

-Mira, hacemos una cosa. Te quedas a dormir en el parque mientras el sargento localiza a alguien para sustituir a los que faltan. Si hay algo gordo, te vienes con el turno. Si no, te quedas aquí y descansas, ¿estamos? O eso, o te largas a tu casa.

-Ortega...

-Ni Ortega ni nada. No creas que me chupo el dedo. Que ya me ha contado Abocu que te has liado con esa abogada vecina tuya y que te ha dado calabazas. Mira, yo lo siento mucho. Pero estoy hasta los huevos de hacer de hermano mayor.

Yo sabía que no lo decía en serio. Pero realmente estaba estresado. Séneca se había roto la clavícula haciendo surf, Abocu estaba de capa caída porque lo había dejado su novia y al Culebra le habían abierto un expediente por presentarse con resaca a la guardia. La verdad es que lo traíamos por la calle de la amargura y comprendía que no estuviera de humor para mis exigencias.

-Oído -convine.

Era mejor no cabrearlo. Me quedaría por allí por si hacía falta y aprovecharía para leer alguna de las revistas que Séneca guardaba en su taquilla. Y al día siguiente, me pondría manos a la obra para reconstruir mi vida, lo que incluía encontrar un sofá nuevo para el salón. Y a lo mejor... me armaba de valor y convencía a mi vecina para que lo estrenase conmigo.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer?

Asentí, más segura que nunca por primera vez en mi vida.

-Pensaba que no querías volver al despacho -dijo Mimi, mientras tecleaba en su portátil a toda velocidad.

-Y no voy a volver.

Mimi levantó los dedos del teclado y me miró con expresión interrogante.

-Pero acabas de decir que vas a retomar tu carrera.

-Es lo que he dicho. Pero no en el despacho con Lucas. Voy a montar mi propio despacho - anuncié.

—¿Vas a seguir separando a la gente que yo intento unir? -me preguntó mi amiga, arrugando la nariz-. No sé si eso me alegra demasiado.

-No, Mimi. Voy a trabajar para que las personas que no quieren seguir juntas, porque se les ha terminado el amor o por lo que sea, puedan ir cada una por su lado de un modo pacífico. Sin víctimas, sin heridos y sin rehenes -le expliqué.

Mimi se recostó en el respaldo de la silla y me miró, con una de aquellas miradas suyas que expresaban cuánto me conocía.

-Así te has sentido siempre, ¿verdad? Con el divorcio de tus padres. Como un rehén -apuntó con tristeza, plenamente consciente de que daba en el clavo.

-Sí -acepté-. Y durante el tiempo que trabajé junto a Lucas, todos mis esfuerzos iban encaminados a conseguir la mayor victoria para la parte que yo representaba. No me daba cuenta de que, inconscientemente, intentaba reparar lo que mi padre y Claudia le habían hecho a mi madre.

—¿Pero?

-Pero me he dado cuenta de que no había nada que reparar. Salvo mi propio corazón, que había quedado hecho pedazos por un divorcio que no era mío, por una culpa que no era mía y por un rencor que tampoco era mío.

—¿Vas a arreglarlo con Claudia? -La mirada de Mimi se iluminó.

-No sé si eso tiene arreglo. Pero mi padre dice que Laurita quiere verme. Y aunque no te lo creas, últimamente he pensado mucho en esa enana. ¿Sabías que me hace dibujos por mi cumpleaños y que tiene una colección de fotos mías en su habitación?

-No lo hagas, Dani, te lo advierto.

Sacudí la cabeza, sabía que Mimi temía que yo entrara de nuevo en la espiral del remordimiento que no conducía a nada. Me acerqué a la jaula de Venom, mi hámster, quien milagrosamente seguía vivo pese a tener una dueña desastrosa como yo. Vi como Mimi me sacaba la lengua. Hice girar la rueda de Venom para despertarle y, al momento, él asomó su hocico por su diminuta caseta. Me saludó a su manera, se subió a la rueda y esta empezó a girar a toda pastilla.

-No lo hago, tranquila. -Con un movimiento firme, detuve la rueda-. Eso ya se acabó.

-*Aleluya, hermana* -gritó Mimi, imitando la voz de los predicadores televisivos-. Ahora solo tienes que resolver ese *asuntillo* con nuestro vecino.

-Olvídalo. No contesta a mis mensajes. Está claro que no quiere saber nada de mí -concluí, con cierta tristeza.

Vale, aquello no había sido la historia de amor del siglo, sino unos cuantos encuentros en los que había surgido la chispa entre nosotros. Pero yo la había fastidiado... otra vez. Y ahora, me tocaba asumir las consecuencias. Pero no era el fin del mundo. Porque yo ya sabía que no era imposible encontrar una media naranja. O dos. O tres... A lo largo de nuestra vida, era posible tropezar con

gente maravillosa que te dejaba vomitar en su baño, te prestaba su albornoz de la suerte y te hacía sentir especial. Y lo más importante, recordé. Casi me olvidaba de aquello.

-Por cierto, Mimi. Has ganado -dije, besándola en la coronilla.

-¿Que he ganado el qué? ¿Has comprado el Euromillón y nos ha tocado?

Me reí, contenta por el triunfo ajeno, otra novedad para mí.

-Tu app... Tenías razón: todo el mundo necesita enamorarse.

Capítulo 11

PORQUE SABE PERDONAR

Aplicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*

No voy a ser tan cínica. Al César lo que es del César. A estas alturas y a la vista del éxito de esta app, tengo que ser sincera. Puede que yo sea un auténtico fraude, queridos camaradas en busca del amor. Los que me habéis leído, sabéis por dónde voy. Sí, por esa lista de razones por las que, supuestamente, creemos haber encontrado a nuestra alma gemela. Funciona. Todo es cierto. Y no importa si tachas de la lista una cosa o dos o todas ellas o ninguna. Es lo que buscamos en el otro lo que hace esto posible, aunque nada de lo que busquemos esté en una lista. Porque a veces, lo que buscamos es tan insólito y raro que solo nos parece importante a nosotros y el resto del mundo piensa que estamos locos por el valor que le concedemos... Pero no dejéis de hacer vuestra propia lista, con aquello que os haga feliz y que esperéis encontrar, por raro que sea.

Fdo.: *NomeCreonada*... A un paso de ser creyente.

A ver, era sábado por la noche. Mimi y Marín estaban de fin de semana en un *spa* de un hotel de cinco estrellas. Me habían invitado, todo sea dicho de paso. Pero ya lo decía el refrán, dos eran compañía y tres una multitud. Tenía que acostumbrarme a vivir mi propia vida, relacionarme y encajar mis soledades con deportividad, como una forma de conocerme a mí misma. Bueno, está bien, no lo estaba consiguiendo. Aún tenía que adaptarme a mi nueva yo, positiva y lista para el amor o para lo que fuera. Así que repasemos la situación: llamadas de Lucas a las que yo no respondía, ocho (eso aún tenía que resolverlo, pero con el tiempo, Lucas regresaría a su rutina y me olvidaría); llamadas al número del nuevo despacho que había alquilado a dos calles de nuestro piso, dos (y eran del casero para decirme que ya tenía internet); llamadas de Álex, mi vecino bombero *adorable* (sí, sí, adorable), cero. La verdad es que mi nueva yo no lo estaba teniendo fácil para animarse. Decidí dar un paseo por la avenida marítima, a ver si el aire de la noche me infundía un poco de moral.

Me puse unos vaqueros cortos y una camiseta blanca de tiros con el escudo del Capitán América. Me calcé unas Ipanema planas y me crucé el bolso bandolera en el pecho. Antes de empezar mi paseo, me detuve en una cafetería y compré una lata de cola y un sándwich de atún con pimientos. Le pedí al chico que me lo envolviera bien en una bolsa de papel y crucé el par de calles que separaban nuestro apartamento del paseo marítimo. Recorrí lentamente la avenida, arrastrando los pies, dejando que la brisa me acariciase el rostro. Me senté en uno de los banquitos de piedra y estiré los pies sobre la barandilla que separaba el paseo de la arena. Abrí la bolsa de mi sándwich y me disponía a disfrutarlo cuando, de pronto, alguien me lo arrebató de las manos. En ese momento, me pareció escuchar algo, una explosión o algo similar, a lo lejos. Pensé que alguien tenía el volumen de la televisión demasiado alto y me concentré en tratar de averiguar qué le había pasado a mi sándwich.

-Pero qué...

Me levanté de un salto y empecé a insultar al gamberro que se escapaba con mi cena, empujando a las personas que transitaban la avenida. El muy cerdo también había tirado de la correa de mi bolso, pero como lo llevaba cruzado, había tenido que conformarse con el sándwich... Ojalá se le atragantara. Algunas personas se interesaron por lo que había pasado, pero al ver que la cosa no había ido a mayores, siguieron su camino. Yo me conformé con haber conservado el bolso. Menos mal, recordé que tenía la camiseta de Álex dentro...

Entonces, sentí algo húmedo en la frente y elevé la vista hacia la luz de la farola que había junto al banco de piedra. «¿En serio? ¿Acaba de cagarme una paloma después de que un pandillero me robe el bocata? ¿Y qué carajo hace la paloma aquí de noche, no se supone que duermen a estas horas?». La muy traidora voló antes de que pudiera lanzarle nada. Saqué una toallita húmeda y me froté la frente, un poco descorazonada. Pues no, definitivamente, daba igual que me llenara de buenas intenciones. Parecía que mi nueva etapa no empezaba con buen pie.

Pero no. Puede que me equivocara. Al cabo de unos minutos, vi como el mendigo más famoso del barrio, el Ruso, se acercaba a mí con paso tambaleante. Estuve a punto de decirle que no tenía el día para obras de caridad. Pero enseguida reparé en que él no me estaba pidiendo nada... Extendía su mano hacia mí para devolverme mi sándwich. Lo había recuperado después de dar alcance, inexplicablemente, dado su deteriorado estado físico, al gamberro que me lo había robado.

-Tome, señorita... Es que esos chicos ya no respetan nada -dijo, enseñándome su dentadura negruzca y mirándome entre mechones de pelo rubio, largos y enredados.

Me fijé en el color de sus ojos. Grises. Nunca me había fijado. ¿Qué edad tenía? Debajo de aquella suciedad, de aquella maraña de pelo que tenía más mugre que el rabo de una vaca, había una persona, no demasiado mayor. ¿Y por qué le llamaban el Ruso? ¿Era realmente de Rusia o es que le habían puesto el mote por su pelo rubio y sus ojos claros? Como nunca le había oído hablar, nunca había reparado en que no tenía acento extranjero. Porque nunca le había oído hablar. ¿O es que nunca le había escuchado cuando pedía limosna por las terrazas del paseo marítimo?

El Ruso se dio media vuelta, dispuesto a volver a sus actividades habituales, beber, beber y beber, y sobrevivir a las cosas que le habían convertido en un sintecho a quien llamaban el Ruso.

-Espera... -lo llamé y se giró hacia mí. Me miraba como si no se creyera que alguien le estuviera hablando a él. Le ofrecí el sándwich y rebusqué en el interior del desastre que tenía por bolso la cartera. Por suerte, la encontré antes de que el Ruso pensara que le gastaba una broma. Saqué un billete de veinte euros y se lo puse en la mano. Él lo meditó unos segundos y miró alrededor. Seguro que creía que había alguna cámara oculta. Le cerré la mano sobre el billete, sin importarme lo sucia que estaba-. Por favor, cógelo. En agradecimiento por la carrera que te has dado detrás del gamberro.

-No hace falta, señorita. Con el bocadillo me vale.

-Sé que te vale. Pero a mí no.

El Ruso asintió y me sonrió antes de desaparecer, tan contento como desconcertado por el regalo. Y vaya... Me sentí genial, como si acabara de impartir una especie de justicia divina. Gamberro robabocatas, cero; pordiosero justiciero, uno. Se me iba la pinza últimamente.

-He visto lo que has hecho. No veas lo contento que iba el Ruso, derechito a gastarse tu dinero en alguna botella de ron.

La voz de Carmen me sobresaltó y le hice una seña para que se sentara a mi lado en el banco de piedra. Yo sabía que no era un reproche. A estas alturas de su vida, Carmen era un espíritu muy libre, no juzgaba y no dejaba que la juzgasen. Y tenía un enorme corazón que Mimi había heredado.

-¿De paseo nocturno?

-Ya ves. Tu hija y tu yerno se están dando un homenaje en un *spa*, con masaje de chocolate y no sé qué otras excentricidades -bromeé.

-Anda, no imaginaba yo que el negocio del amor y el de las croquetas iban a dar para tanto. - Carmen me siguió la corriente con la broma. Me miró, pensativa-. ¿Y qué tal le va al bombero? ¿Qué sabes de él?

-Pues poco, la verdad. Y no porque no lo haya intentado. Le he enviado tantos mensajes que cualquiera podría considerarlo acoso -confesé-. Pero no me ha contestado a ninguno. Así que después del número veinte, me he dado por vencida.

-Vaya, qué pronto te rindes.

La miré sin comprender.

-Hombre, Carmen, es que no quiero que me pida una orden de alejamiento. Está claro que no quiere saber nada de mí. Y no me extraña, después de lo que le dije.

-Mira, te voy a contar algo. -Carmen se cruzó su pañoleta amarilla con diseño tribal en el pecho y se puso cómoda para su historia-. Cuando el padre de Mimi me cortejaba, yo trabajaba en la pastelería de mi tío, una que en aquella época era famosa por sus dulces, cerca de Santa Ana. Pues bien, como te decía, mi entonces pretendiente y ahora marido, era más pobre que las ratas, preparaba oposiciones como funcionario y no tenía donde caerse muerto. Mi padre no quería que me rondase, por supuesto, y ya había advertido a mi tío que me tuviera vigilada. Pero él se las ingeniaba y hacía algunos trabajillos mientras estudiaba y se ganaba unos cuartos aquí y allá. Y no había tarde que no pasara por la pastelería y se comiera dos o tres dulces, solo para estar conmigo y que mi tío no lo echara de allí a patadas. ¿Tú sabes cuántos dulces de merengue se llegó a comer mi pobre Fernando? Un día y otro y otro... Así está el pobre, con el colesterol por las nubes.

-Ya veo -sonreí. Ay, cómo me gustaba aquella mujer. Siempre tenía una historia, un buen consejo... Fruncí el ceño. Empezaba a sospechar que se inventaba algunas cosas solo para animarme-. ¿Te lo has inventado, Carmen? ¿Y ahora viene la moraleja?

-Pero ¿por quién me tomas? ¿Por una vieja charlatana? -Me guiñó el ojo-. Pero sí, hay moraleja. La moraleja es que si yo fuera tú, perdería el culo hasta donde quiera que estuviera ese chico ahora mismo. Y le diría que podía apagar me todos los fuegos que quisiera.

-Así me gusta, Carmen. Directa al grano -reí.

Y entonces, algo llamó nuestra atención. Al final del paseo, bastante lejos de donde estábamos, se había formado un gran revuelo de gente y luces.

-Mientras paseaba, me pareció escuchar una explosión -dijo Carmen.

-A mí también. Creía que era alguna tele que se pasaba de decibelios.

Y justo en nuestro lado del paseo, la pantalla del bar donde solían retransmitir el fútbol, estaba dando las noticias locales en directo. Carmen y yo nos abalanzamos contra la cristalera, atentas a lo que decía la guapa periodista.

«Hace tan solo momento, cerca del Auditorio Alfredo Kraus, desde donde les informamos, una fuerte explosión, seguida de grandes llamaradas, alertaba a los vecinos de la zona. En poco menos de cinco minutos, agentes de la policía local y del Cuerpo Especial de Emergencias del Servicio de bomberos municipal se han personado en el lugar del accidente. Según fuentes oficiales, el fuego se ha originado en la cocina de un famoso restaurante de comida india, después de que una de las bombonas explotara por motivos que se desconocen. Gracias a la rápida intervención de los bomberos, el personal del restaurante y los clientes se encuentran a salvo. Sin embargo, parece que uno de los bomberos que participaba en la intervención ha quedado atrapado en el interior. Sus compañeros tratan de sacarlo en estos momentos... Ahí, vienen... ¡Han logrado sacarlo! Por ahora, no podemos dar más datos sobre su pronóstico, pero seguimos en directo, informando desde este canal».

Mientras la periodista hablaba, se sucedían en bucle las imágenes que habían tomado durante la intervención de los bomberos... Vi como varios de ellos bajaban del camión con rapidez... Y cómo se ponían el verdugillo bajo el casco de intervención. Pero antes de que se lo colocaran todo, una de las cámaras enfocó la cara de uno de los agentes... Aquellos ojos azules eran inconfundibles para mí.

-¡Es Álex, Carmen! ¡Es Álex! -grité con todas mis fuerzas.

-Pero ¿qué dices, niña? ¿Estás segura?

-Completamente... ¡voy a buscarle!

-Pero no seas loca, Daniela, seguro que está bien. Y además, la policía no va a dejar ni que te acerques...

Yo no escuchaba a Carmen. No escuchaba a nadie. Acababa de convertirme en una corredora de fondo profesional que sorteaba a los transeúntes y recorría los tres kilómetros que conducían a la zona del siniestro en un tiempo récord.

-Por favor, tiene que dejarme pasar, en serio...

El agente de la policía local me obstaculizaba el paso con cara de pocos amigos.

-Señora, no estorbe, por favor, que estamos en plena faena. Aquí no hay nada que cotillear.

-No soy ninguna cotilla, agente... Le digo que tengo que pasar -insistí, observando de reojo como los sanitarios evacuaban en camilla a uno de los bomberos. Estaban a punto de subirlo a la

ambulancia.

-No se puede pasar -sentenció el agente.

-Oiga, soy abogada... -Nada más decirlo, comprendí que mi argumento resultaba ridículo. El agente también, me miró como si quisiera desintegrarme.

-Por mí como si es la reina de los Estados Unidos -replicó él.

-No sea inculto... Estados Unidos es una república federal, no hay monarquía... -Me pudo la marisabidilla que llevaba dentro, pero, por suerte, no dejé que aquello me distrajera de mi objetivo.

-Pues qué alegría -se burló el agente-. Pero igualmente, no puede pasar. Aunque sea abogada. Que yo sepa, por aquí no se ha cometido ningún delito... A menos que tenga intención de seguir dando la vara y tenga que detenerla por pesada.

-De verdad, agente...

-¿No ve que está molestando, señora? Hágase a un lado. -Otro agente me empujó con delicadeza y le dio algunas novedades a su compañero chistoso.

Pero mis ojos no se apartaban de aquella camilla. El corazón me decía que era él. Me di la vuelta, haciendo creer a los agentes que obedecía sus instrucciones. Pero en cuanto se despistaron para mantener a raya a un grupo de adolescentes que pretendían sacar fotos de los clientes evacuados sentados en la acera, vi mi oportunidad. Me deslicé con sigilo por un lado de los agentes y corrí hacia la camilla, sujetándola para evitar que los sanitarios se la llevaran.

-¡Esperen un momento! Tengo que decirle algo... -supliqué, aferrándome a la camilla con desesperación.

-Señora, que este hombre ha tragado mucho humo y no está para cháchara -me advirtió uno de los sanitarios.

Yo lo ignoré por completo y me incliné sobre el hombre que permanecía recostado con la mascarilla de oxígeno cubriéndole casi todo el rostro. Estaba oscuro, él tenía los ojos cerrados y lo poco que quedaba al descubierto de su cara estaba teñido de negro, seguramente por el humo que se había producido durante la explosión y el incendio.

—¿Puedes oírme? Soy yo... Soy Daniela, tu vecina impertinente...

Él no dijo nada. Parecía inconsciente y confié en que, como en las películas, escuchar mi voz le devolviera a la realidad.

-Escucha... Lo que viste... no era lo que parecía... -continué, y mi voz temblaba de emoción-. Lucas ya no forma parte de mi vida, pero tenía que asegurarme de que mi corazón estaba libre por fin... Para entregártelo, para hacer lo que haga la gente que se arriesga... Si es que soy una borde y una cobarde en el fondo... Pero estoy dispuesta a aparcas mis prejuicios y mis inseguridades y yo...

-Señora, que no es el momento... -El sanitario de mayor edad me apartó sin contemplaciones-. ¿Por qué no espera un poco, a ver si este pobre diablo no la diña, antes de declararse?

-Pero ¿qué dice? -lo miré espantada.

-Que no se ponga tan melodramática, leñe. Que es broma. Solo ha tragado un poco de humo, pero seguro que se recupera en un par de horas. ¿No puede esperar hasta entonces para soltarle ese rollo?

Lo envié a paseo con la mirada y me incliné de nuevo sobre el bombero convaleciente. Sentí la tentación de arrancarle la mascarilla de oxígeno un momento. De besarle un instante por si funcionaba, por si mi beso le despertaba y sucedía lo que él había dicho... Se lo susurré al oído, tal vez pudiera escucharme... «Estoy a un beso de enamorarme de ti...». No hizo falta nada más. El milagro se había obrado... Solo que tenía la impresión de que no era el que yo esperaba. No hizo falta que tocara su mascarilla. Él abrió los ojos, levantó la mano débilmente y tiró de los elásticos de la mascarilla para separarla un poco de su cara. Me acerqué más. Y más...

-Guapa, *io* ni me acuerdo en donde nos hemos conocido... Pero estoy dispuesto a ser quien quieras que sea, *cara mia*.

¿Cómo? La voz no me resultaba nada familiar, ni el acento medio italiano tampoco. ¡No era Álex! Mi corazón gritó de alivio al contemplar aquel par de ojos verdosos que, si bien eran preciosos, no pertenecían al hombre que buscaba. Me concentré en sus facciones ahora... No, no era él. El alivio fue enseguida sustituido por la vergüenza. Le coloqué la mascarilla con brusquedad y el bombero protestó débilmente.

-Está claro que no puedo perderte de vista. Al menor descuido, ya estás intentando ligar con un compañero.

Me giré sobre los talones al escuchar aquella voz grave. Álex se quitaba el casco de intervención lentamente. Me miró por la delgada abertura del verdugillo de tela hecho un asco y después se lo quitó también. Estaba completamente cubierto de un polvo grisáceo que le teñía el cabello, las cejas y toda la piel. En contraste, sus ojos azules resaltaban en su cara y atrapaban los míos en la corta distancia de apenas un metro que nos separaba. Llevaba aún puesta la gruesa chaqueta ignífuga azul. Se la abrió con un hábil movimiento y se desprendió de ella, lanzándosela a otro compañero que se la pedía para soltar las prendas en el camión.

-Álex... ¿Estás bien? -le pregunté, y mi voz sonó como si perteneciera a otra persona. A otra Daniela. A una que había entrado en pánico cuando había visto aquellas imágenes en el telediario.

-He tenido días mejores -me sonrió, restregándose los ojos con expresión cansada.

-¿Cuánto... cuánto has escuchado? -quise saber, alegrándome de que la oscuridad le impidiera ver que me había ruborizado hasta la coronilla.

-A ver... Me ha parecido escuchar que querías entregarle a Casanova tu corazón. Pero no te lo recomiendo, no es de fiar. ¿De dónde crees que le viene el apodo?

-¡Eh, que te estoy oyendo, tío! Aunque acabas de salvarme el pellejo, como sigas haciéndome campaña de desprestigio, le cuento a tu novia lo llorón que eres...

La voz del aludido sonaba lejana, ya que los de la ambulancia lo habían metido dentro para realizarle el correspondiente chequeo rutinario.

—¡No soy su novia!

—¡No es mi novia!

Los dos habíamos gritado al mismo tiempo. Nos miramos como idiotas.

-Lo digo en serio...

-Y yo también -me cortó él, avanzando un paso hacia mí.

—¿Has oído...?

-Cállate. Estoy a un beso de enamorarme de ti -repitió él, dejando caer el casco a sus pies.

Me rodeó la cintura con sus manos grandes, arrastrándome hacia su pecho. Y lo hizo. Cruzó la línea invisible que antes no habíamos querido atravesar. Mejor dicho, que yo no había querido cruzar por culpa de mis temores e inseguridades. Me dio aquel beso que podía ser el principio de una gran historia de amor.

Y no me aparté. Le correspondí con toda la pasión que guardaba en mi interior, con los sueños que no había vivido antes, con las expectativas que aún podían cumplirse... Con mi lista de motivos a los que mentalmente había puesto un aspa victoriosa, por los que yo también estaba a un paso pequeño, muy pequeño, de enamorarme...

Álex me buscó la boca una y otra vez, hambriento. Yo le buscaba la suya, para qué negar la evidencia. Me tenía pillada y bien pillada. Me aparté un momento...

-Creí que no querías volver a verme... -dije, mientras sus manos enmarcaban mi cara para acercar mi boca nuevamente a sus labios.

-Y yo que preferías a ese *Borjamari* que te besaba en la puerta...

-No se llama así. Se llama Lucas... -repliqué divertida.

-Pues tenía cara de llamarse *Borjamari*... -insistió contra mi boca-. Y no veas las ganas que tenía de partírsela, por estar donde yo quería estar...

-No contestaste a mis mensajes... -le reproché, aunque la verdad, ya me daba igual por qué no lo había hecho. Lo que me importaba estaba sucediendo ahora, en aquel instante...

-Mi móvil se chamuscó durante una intervención. He comprado otro, pero no había hecho copia de seguridad de la agenda...

Le puso un dedo sobre los labios.

-Ya te daré mi número... -bromeé.

-Qué detalle... Y dime una cosa, abogada, ¿crees que podrás darme algo más que eso?

Lo miré, perdiéndome en las profundidades de sus ojos marinos.

-No soy yo quien tiene que responder a eso, vecino... Eres tú.

Álex me apretó aún más contra su pecho, gruñendo cuando un par de compañeros empezaron a aplaudir para tomarle el pelo. Lo único que faltaba es que empezara a sonar alguna baladita romántica y apareciera Bridget Jones, paseándose en bragas por el paseo marítimo. Bueno, si aparecía, al menos allí no hacía tanto frío como en Londres. Y, bien pensado, ¿por qué iba a aparecer? «Aquí no pintas nada, querida Bridget», pensé. «Ya tengo mi propia historia».

-¿Crees que voy a caerle bien a Venom?

Me reí.

-Más le vale. Porque no pienso sustituirle... Y a ti tampoco.

Álex me besó de nuevo.

-¿Te cuento un secreto? Sobre lo de que estaba a un beso de enamorarme de ti...

Me lo dijo al oído. Era un mentiroso. Acababa de confesármelo. Que ya me quería desde que había llorado viendo *Australia* con mi cabeza en su regazo... Qué tramposo.

FIN

Epílogo

Un año después

-Está torcida.

Álex se volvió al escuchar la crítica y me miró con cara de pocos amigos.

-No está torcida. Tú estás mirándola con la cabeza inclinada -replicó, pasándose la mano por la frente para intentar poner orden en aquel pelo rebelde que me encantaba despeinar por las mañanas... En nuestro piso, el de la planta seis de nuestro viejo edificio que ahora compartíamos los dos.

-A ver, Marín. ¿Tú no la ves torcida?

El novio de mi amiga encogió los hombros.

-A mí no me mires. Yo solo sé de croquetas. Y dentro de poco, de pañales.

-Pues menuda ayuda tengo -me quejé, haciendo a un lado a mi bombero manitas, quien ahora contenía la risa mientras me veía hacer malabarismos con la dichosa placa de mi nuevo y flamante despacho.

Le di un par de vueltas más sobre la pared (a la placa, no a mi bombero, claro está), mordiéndome el labio y mirando de reojo y con envidia la placa reluciente del despacho cercano al mío. ¿Cómo es que su placa había quedado tan perfectamente alineada y la mía parecía haber sido lanzada contra la pared con tan mala leche? Quería matar al responsable. Contemplé con desesperación la caligrafía de letras extremadamente alargadas y mi nombre mal escrito. Daniel. Al capullo del taller se le había olvidado la «a» al final. Sabía que era una tontería, porque a mis visitas les iba a dar igual si me llamaba Daniela o Pepa de los Palotes. Lo que buscaban allí era soluciones y yo quería dárselas. Por primera vez en mi vida, me sentía ilusionada de verdad...

Aquel último año había sido un grato descubrimiento. Una etapa nueva en la que, cada día, sentía que había encontrado mi misión en el mundo. No separar, no repartir, no destruir... Mi misión era justamente la contraria: unir e intentar pegar los pedacitos de los corazones rotos que acudían cuando no sabían cómo hablarse sin rencor. La casa para ti, los niños para mí, el coche lo vendes y me das la mitad... Todo eso se había terminado. Y aunque Lucas se había reído de mí al enterarse (con mi consiguiente reacción poco adulta de hacerle una estupenda peineta por la ventanilla de mi Toyota destartalado), con el tiempo, hasta me había enviado un mensaje deseándome suerte en mi nueva andadura profesional.

Mi madre había encontrado el amor maduro (o lo que fuera en el caso de su tóxica persona) en los brazos de su gurú espiritual, un argentino sesentón con coleta llamado Valentino. Había reclamado un aumento de su pensión a mi padre y él, gustoso y esperanzado supongo ante la idea

de perderla de vista, había subvencionado el viaje de novios a Bali de la nueva pareja. Por su parte, él y Claudia y la pequeña Laurita seguían propiciando encuentros casuales conmigo. Yo me había vuelto blanda y viscosa como natilla, no lo negaré. Atesoraba cada uno de aquellos encuentros casuales y me prestaba a las más locas ocurrencias de mi recién descubierta hermana pequeña, quien, por cierto, me recordaba bastante a mí misma cuando tenía su edad.

Mimi y Marín iban a ser padres en breve. Mi amiga ya no lucía tipazo y yo se lo recordaba a menudo, solo para fastidiarla. El médico le había prohibido comer dulces por aquello de la diabetes y Marín y yo nos hacíamos los suecos cuando nos suplicaba algún pastelito de Guirlache para quitarse el ansia, como lo llamaba ella. El único que picaba, por novato, era Álex. De vez en cuando bajaba la guardia y, en el descuido, se encontraba yendo al súper a por una tarrina de litro de helado de menta chocolate que Mimi rápidamente atacaba sin contemplaciones, agarrándose al envase como una garrapata en cuanto Marín la descubría. El pobre lo pasaba fatal intentando dominar a la fiera de su novia, preparándole sus croquetas al horno en lugar de fritas y soportando los antojos más excéntricos.

-Bueno, yo tengo que irme a por Mimi. Ya me ha advertido que como llegue tarde a la clase de preparación al parto, puedo darme por muerto. Álex, ¿te importa pillarme un par de cosas si pasas por el súper luego?

-Claro, ¿qué necesitas?

-Setas, un par de calabacines, apio, ajo negro, fideos chinos y un bote de Nocilla. Sobre todo, que no se te olvide la Nocilla o me mata.

La cara de Álex era un poema. Contuve la risa.

-¿Te estás quedando conmigo?

-En serio, no tienes ni idea de las guarrerías que le gusta comer últimamente. Y sí, la Nocilla es para la misma receta, no preguntes.

Álex me miró, aguantando también las ganas de reír.

-Tranquilo, que lo llevo todo después. Pero que conste, me lavo las manos cuando Mimi explote y lo que lleva dentro os dé matarile a los dos. Allá vosotros.

Marín se rio antes de marcharse, no sin antes darme una palmadita en la espalda y decirme que mi placa estaba quedando de lujo. Estaba claro que le divertían los antojos de Mimi. Es que estaban hechos el uno para el otro. *Tal para Cual...* Aquello me sonaba.

-Bueno, al fin solos -exclamó Álex, abrazándome por la espalda y encerrándome entre sus brazos fuertes.

Nos quedamos así un buen rato, contemplando la placa de mi nuevo despacho, torcida en mi opinión, demasiado rimbombante contra mi criterio... Pero mía, al fin y al cabo. Escuché como Álex leía mi nombre grabado en el metal (Daniela sin la «a» al final)... Abogada, mediadora familiar... Qué bien sonaba. Sonaba a esperanza. A oportunidades, a perdonar, a recomponerse de la mejor manera.

-Está torcida -repetí con cabezonería, y añadí con un puchero-: Y además, mira esas letras. Les

dije que no quería nada pomposo y parece el letrado de una peletería pija de París...

-Yo creo que es perfecta -me contradijo, rodeando con sus manos mi cintura y dejándolas reposar sobre mi abdomen-. Creo que tú eres perfecta, abogada. Y no necesitas ninguna placa que lo diga, porque cualquiera que te mire va a darse cuenta de que sus asuntos van a estar muy bien apañados contigo.

-Vaya, buen argumento, sí, señor... Recuérdame que lo ponga en mis tarjetas de visita: sus asuntos estarán bien apañados si me contrata. En serio, como comercial no tendrías precio -me burlé de mejor humor.

-Menos mal que también soy apañado en lo mío. Lo que me hace recordar que tengo dos horas justas antes de entrar de guardia... ¿Qué me dices, abogada? ¿Estrenamos tu nuevo despacho?

Me giré entre sus brazos para mirarle a los ojos, fingiendo escandalizarme con lo que proponían.

-¿De verdad me lo estás preguntando? -me hice la ofendida, pero el leve temblor de mis labios me delató y tuve que reírme abiertamente.

-Me he traído el uniforme en la mochila -me susurró al oído-. Por ti, estoy dispuesto a ponérmelo todo menos el casco.

-Qué considerado -ronroneé-. Y yo que iba a pedirte, precisamente, que te quitaras todo menos el casco...

Me dejé arrastrar hasta el interior del despacho y Álex cerró de un portazo.

-Será mejor que me dé un par de buenas razones para contratar sus servicios, señorita. Ya le digo que ese Fernando Fernández Valle, abogado experto en derecho laboral, fiscal y contable, el de la placa brillante de la puerta de al lado, me tiene en el bote...

Sin pensarlo, me saqué la camiseta por la cabeza y se la lancé a la cara. Vi como sus ojos se clavaban en mi sujetador y descendían lentamente por el resto de mi anatomía al descubierto. Tragó saliva antes de hablar y me estremecí por lo tierno que me resultaba provocar aquella reacción en él.

-¿Alguna pregunta? -Mis dedos jugaron con el cierre metálico de mis vaqueros.

-No... ninguna. Contratada... Contratada, contratada, por supuesto... -Lo decía contra mi boca, ansioso, excitado, cariñoso...

Sí, aquella nueva etapa de mi vida estaba resultando todo un descubrimiento. Creo que podía acostumbrarme a ella. Y Venom, mi hámster, también. Por cierto... seguía vivo. Y seguía en su rueda, girando cada día... Como yo, solo que esta vez, sabía qué dirección tomar.

Si te ha gustado

No soy yo, eres tú

te recomendamos comenzar a leer

El diablo pelirrojo quiere ser duquesa
de *Verónica Mengual*



Prefacio: Todo tiene un origen

Era el día más triste de su vida. Dorothy Cambridge se había quedado sola en este mundo de Dios. Su padre había fallecido a causa de una larga enfermedad, y lord Roden era todo lo que la niña tenía, porque su madre había muerto cuando había dado a luz.

Su vida se tambaleaba y allí, llorando frente a la tumba de la única persona que alguna vez se había preocupado por ella, la pequeña no sabía qué iba a ser de su vida.

Una sirvienta, Francis, que la había cuidado desde bien pequeña y era como su institutriz, le colocó un brazo sobre sus hombros. La niña comenzó a llorar con más ímpetu. No encontraba consuelo y, sobre todo, no entendía por qué su padre se había ido al cielo y la había dejado sola.

Escocia era un paraje frío y desolador en pleno invierno. Justo así se sentía Dorothy por dentro y, de verdad, se alegraba por que el día estuviera gris, apagado y triste, como su estado de ánimo. No hubiese soportado que el sol saliera en el momento más sombrío de su existencia.

La niña se había enfadado mucho con el Creador. Si era cierto lo que el cura del pueblo había dicho durante el funeral del conde de Roden, ese Dios del que tanto hablaba se lo había llevado sin su consentimiento. ¿Quién era ese tal señor Dios todopoderoso para privar a una niña de nueve años de su padre y de su madre en primera instancia?

Un grupo de nubes se colocó insolente donde los pocos que habían acudido a despedir al conde estaban reunidos. Pequeñas gotas ligeras comenzaron a centellear. Cuando la última palada de arena fue colocada sobre el ataúd, Dorothy dejó sobre la tierra una rosa blanca que había recolectado del jardín en el que su padre y ella llevaban años trabajando.

En los últimos años, él se sentaba en el banco a observarla, y era Dorothy quien mimaba y cuidaba las flores y plantas que crecían pacíficas y bonitas. Su padre decía que esas flores, las rosas blancas, eran las preferidas de su madre, y por eso también lo eran del conde.

Habían florecido fuertes y vigorosas. Había una docena de rosales que eran como un tributo a su madre. Los habían plantado en una zona estratégica de la casa para que el sol los alimentase y pudieran estar sanos. Ella le hubiese llevado todas y cada una de las rosas blancas que allí había, porque se sentía con ganas de destrozarlo todo a su paso a causa de la congoja que la inundaba, pero a él, a su padre, no le hubiese gustado que hiciese aquello. Decidió cortar una sencilla y modesta rosa para entregársela en ese día en el que se despedía de él y en el que ya no lo volvería a ver nunca más.

—Dorothy, es hora de irnos. —Francis la trajo de vuelta a la cruda realidad.

—¿Podemos esperar un minuto más? —La niña levantó el rostro para mirar a su acompañante con cara suplicante.

—Por supuesto que sí. —La mujer no pudo negárselo. Llovía, hacía frío, pero entendía que la pequeña tenía que despedirse de su padre.

No se quedaron únicamente sesenta segundos. Lo hicieron todo lo que Dorothy necesitó. Una vez que ella estuvo lista, se dispusieron a regresar a casa cabizbajas.

—¿Qué va a ser de mí, Francis? —Pese a su juventud, era plenamente consciente de que las cosas iban a cambiar, según le indicaba algo en su interior.

—Tengo entendido que el abogado de tu padre ha llamado a tu tío para que venga por ti.

—Mi padre nunca me ha hablado de él.

—Creo que ambos hermanos estaban peleados.

—Eso lo explicaría, sí. ¿Entonces no estoy sola, Francis? ¿Tengo una familia? —La sirvienta se estremeció al ver la expresión de ilusión y esperanza de la niña.

—Sí, Dorothy, no lo estás. —Francis esperaba que el buen Dios la perdonase por la flagrante mentira que acababa de contar: era una verdad a medias. Según había escuchado decir al abogado del conde de Roden, los hermanos, ingleses de nacimiento, se habían enemistado hacía años, y nunca más se habían vuelto a hablar. Todo había sido porque lord Roden había resultado el elegido para heredar un título escocés que ambos querían. Un familiar lejano los estudió y los evaluó, y finalmente decidió que fuese el padre de Dorothy quien lo sucediese a su muerte. El anterior conde hubiese preferido al otro hermano, el mayor, pero el hecho de que su hija se hubiese enamorado del señor Cambridge había inclinado la balanza favorablemente en pro del hermano menor.

Pasaron los meses, y ningún familiar fue a recogerla ni se interesó por ella. En la finca todo seguía prácticamente igual, salvo por un hecho trascendental: su padre había fallecido.

Cada vez había menos sirvientes en la casa. Muchos no podían estar tanto tiempo sin recibir sus honorarios, y la comida comenzaba a escasear. Llegó el día de su cumpleaños, y nadie se percató de ello. No había motivos para celebrar nada. Dorothy salió al jardín como hacía cada día; se pasaba la mayor parte del tiempo allí con sus rosas. Se sentó delante de las flores, que estaban más bonitas que nunca en esa época del año. Dibujó un pastel redondo en la tierra y le colocó diez velas. Sopló y pidió con todas sus fuerzas —incluso llegó a hacerse daño al apretar tan fuertemente los ojos y los puños— ser parte de una familia, encontrar a alguien que la quisiera como la había amado su difunto padre.

Se sucedieron las semanas, y la situación comenzaba a ser precaria con respecto a la comida. La niña oía cuchicheos entre la servidumbre. El hermano de su padre, ese que vivía en Londres, no había tenido tiempo de ir a Escocia aún y, según lo que había llegado hasta sus oídos, tampoco parecía dispuesto a hacerse cargo de una niña.

No obstante, a los pocos días, apareció el señor Cambridge, su tío, con su esposa y con sus dos hijos. Que preguntase por la estúpida mocosa hija de su hermano no fue un buen presagio. Dorothy era pequeña, pero no tonta, y su padre siempre había dicho que ella era de mente ágil.

Tal como temió, el hombre no la quería ver ni en una pintura y la esposa, aun menos. Sus supuestos primos eran mayores, y a cada rato la insultaban y la criticaban. El señor Cambridge le gritaba frecuentemente. Le había levantado ya varias veces la mano para apartarla de su vista.

La primera vez fue cuando sus primos redujeron su jardín a cenizas. Arrancaron sus flores y sus amados rosales. Dorothy se enfureció y se lió a puñetazos con los dos. Uno, Alfred, era un año mayor que ella y el otro, Maxwell, cuatro años más. Tanto dio igual porque los zurró a ambos. Ellos también le dieron patadas y puñetazos, pero no dolieron en aquel entonces. En el fragor de la pelea, Dorothy encontró fuerza para atizarlos a gusto. Su rabia, su frustración y tristeza se convirtieron en sus armas secretas.

Tanto fue así que los dejó enamorados. La pequeña también tenía signos evidentes de haber

protagonizado una encarnizada lucha, pero a su tío le dieron igual sus motivos: le cruzó la cara por haber puesto sus sucias manos sobre sus hijos, en especial sobre su heredero, el futuro conde de Roden.

La siguiente vez que recibió un fuerte bofetón por parte de lord Roden fue cuando la esposa de este descolgó el cuadro de su madre del salón principal del castillo de Durumby. Dorothy se abalanzó sobre su tía sin pensarlo un instante y la reprendió fuertemente. La niña le arrancó el cuadro de sus manos con tanta mala suerte que una astilla la hizo sangrar.

Lady Roden, como la obligaban a llamarla, fue a quejarse a su esposo, y él la tuvo un día entero sin probar bocado y, por supuesto, le dio otro bofetón para que aprendiese su lugar en el mundo.

Críticas, golpes, hambre y muchas injusticias observadas fue lo que llevó a Francis a despertar a la niña en medio de la noche. La tenían durmiendo arriba en el desván, sin la chimenea encendida a ninguna hora.

La sirvienta apartó el montón de mantas que le había depositado cuando la familia la había trasladado allí.

—No te asustes, Dorothy, soy Francis. —Estaba muy oscuro. La vela que la sirvienta llevaba alumbraba poco la estancia.

—¿Qué ocurre?

—Es hora de que te marches. —Francis lo había dispuesto todo. Convenció al cochero de hacerle un favor, que pagó con su cuerpo.

—¿A dónde vamos?

—Dorothy, cuando llegó el abogado, lo escuché decir que tu padre, sabiendo el carácter de su hermano, había nombrado como tu tutor a un buen amigo.

—¿A quién?

—Un noble que vive en Inglaterra, el duque de Norfolk.

—¿Debo abandonar mi casa? —preguntó presa de la desesperanza. Amaba el castillo, su tierra. Era donde había nacido y amado a su padre.

—Sí, y debes hacerlo de inmediato. Jef, el cochero, te estará esperando en el camino con el carruaje. Llévate esta vela contigo. He preparado una maleta con lo esencial. Vete, Dorothy, y no mires atrás: el duque de Norfolk sabrá defenderte.

—¿Y si no me quiere tampoco?

—No puede ser peor que esto, Dorothy. —La realidad era la que era, y Francis debía insistir para alejarla de sus parientes.

—Tengo miedo. —Las palabras salieron en un susurro apenas inaudible.

—Eres fuerte; además, irás acompañada de una joven que va también en dirección a Inglaterra. No es un viaje muy largo, porque el ducado de Norfolk no está demasiado lejos. El cochero, Jef, os dejará a Irish y a ti en la siguiente posta y de ahí os llevarán hasta tu nuevo hogar. Le he prometido a la muchacha que el duque la hará llegar a Londres. Serás tú quien deba convencerlo para que lo cumpla.

—Pero no tengo dinero.

—He vendido el jarrón chino que tu padre le regaló a tu madre. —Lo había robado sí, pero era para un bien mayor.

—¡No debiste hacerlo, Francis! —Era un obsequio de mucho valor que su padre le había comprado a su madre como prueba de su amor cuando había quedado embarazada. El anterior conde le había explicado la anécdota un millón de veces.

—Ellos lo hubiesen acabado vendiendo tarde o temprano, y estoy segura de que tu padre hubiese querido que el dinero lo gastases tú para buscar una vida mejor.

—Lo entiendo.

—Vamos, es hora de marcharte y recuerda, pequeña, no mires nunca atrás. Eres la hija de un conde y la protegida de un duque: la vida te depara cosas maravillosas. No desperdicies tu futuro; busca tu felicidad. ¡Promételo!

—Lo haré, Francis. Lo prometo. —No alcanzaba a comprender las palabras, pero la seriedad de Francis le hizo realizar la promesa.

—Toma este papel. Dáselo al duque al llegar. Ahí lo expone todo. Eres su responsabilidad ahora. —Francis le dio un abrazo y rezó para que todo saliese bien. La quería muchísimo y lamentaba tener que separarse de ella, pero su lugar no estaba entre esos bárbaros que habían invadido el castillo. ¡Ingleses atroces!

Con un bolso con lo esencial, una libra en el bolsillo y una vela en su mano, lady Dorothy Cambridge abandonó su vida, su finca y la tumba de su padre para comenzar una nueva vida en Inglaterra, al amparo de un duque que no conocía, pero que seguramente no podría ser peor que su tío, su tía o sus primos.

Cuando llegó a su destino, no fue tampoco un buen presagio que todos en la finca, en Norfolk Place, llamasen al duque *el Ogro del Pantano* a sus espaldas...

Norfolk, de nombre Camden y de apellido Lowell, era un hombre corpulento, duro, fiero que, los primeros meses de su llegada, la había tratado como si no existiera. Ni las múltiples travesuras que había llevado a cabo para desembarazarse de sus cinco institutrices lo habían hecho reaccionar.

La niña estaba desesperada por captar su atención. ¿Ese Ogro del Pantano no entendía que ella había huido de su casa en busca de alguien que la aceptase, de alguien que la quisiese?

Dorothy sabía que estaba mal poner sal en la tarta de chocolate, colocar ranas en la cama de las sirvientas y de alguna que otra institutriz... ¡pero es que estaba sola y aburrida!

Cuando llegó la última institutriz (la sexta que pasaba por la casa), había tramado un plan sublime para deshacerse de quien llegase a su casa para instruirla. Sus amigas las ranas iban a volver a ayudarla, pero no contó con que la señorita Rosemary Aldrich acabaría convirtiéndose en su mejor amiga en el mundo. Y mucho menos imaginó que, poco tiempo después, esa mujer, hija de un conde inglés fallecido y de madre escocesa, acabaría contrayendo nupcias con el Ogro del Pantano.

Ambas, Dorothy y Rosemary, eran muy parecidas (físicamente, sobre todo). Las dos eran pelirrojas, pecosas, con ojos azules grisáceos, y habían conseguido domar al ogro con el paso del tiempo.

Incluso una vez, su esposa, la duquesa, lo había amenazado con un arma, pero eso era otra historia. Lo bueno que sacó de allí era que sería una mujer fuerte como Rosemary y que quería aprender a tirar con una pistola (por supuesto, no pararía hasta conseguirlo).

Ese era el primer reto que se propuso. El siguiente sería convertirse en una duquesa para tener poder y el tercero, vengarse de quienes la habían lastimado.

¡Oh, sí! Lady Dorothy Cambridge tenía en su linda cabecita todo pensado y bien hilado. No sabía cuándo lo conseguiría o cuánto le costaría, pero alcanzaría su propósito de una manera u otra.

Fue la promesa que hizo frente al castillo, su hogar, antes de partir, y la cumpliría.

Una historia sobre corazones rotos, citas a ciegas y... ¡gatos y ratones!



Daniela es abogada. Trabaja en un despacho especializado en divorcios. Después de la ruptura de sus padres, del que su madre la culpa, y enamorada de Lucas, compañero de trabajo y hombre perfecto, inaccesible y casado, Daniela decide pedir una excedencia en el trabajo y tomarse un respiro.

Su compañera de piso, Mimi, tiene un proyecto. Mimi es pura energía positiva, el yan de Daniela, un terremoto andante llena de ideas e iniciativas. Mimi cree en el amor y se mueve como pez en el agua en las redes sociales. Con estos dos ingredientes, ha puesto en marcha una aplicación de citas a ciegas, TalparaCual, que está resultando un éxito.

Daniela siente mucha curiosidad. Le intrigan los motivos de la gente para iniciar lo que ella termina rompiendo en su profesión. ¿Qué hace que todas esas personas se empeñen en aventurarse en algo abocado al fracaso? ¿Existe el flechazo, existe realmente el amor?

Alex es bombero. Su trabajo es su pasión. Sobre todo, ahora que Silvia, su novia de toda la vida, le ha dejado por un representante de perfumes y pretende quedarse con el piso de ambos. Alex se muda a un edificio de apartamentos cerca de la playa. A Alex le gusta entrenar cada mañana en su terraza, escuchando su música favorita. Solo hay un inconveniente, su vecina de enfrente. Una bruja con mala leche a la que no le gusta madrugar.

Ebony Clark es la identidad bajo la que se oculta Cristina, una mujer de treinta y cinco años, natural de las Islas Canarias, que escribe desde los diecisiete sobre el amor. Soñadora incorregible deja que los sueños la lleven por las calles que conducen a Covent Garden en el bullicioso Londres o por el árido territorio de un rancho de Arizona o hasta el encanto abrumador del mítico puente de Brooklyn. En su mente, todos esos lugares se convierten en escenarios idóneos para sus historias de amor.

Edición en formato digital: noviembre de 2020

Travessera de Gràcia, Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del . El estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

No soy yo, eres tú

Prólogo

Capítulo 1. Porque es muy mono

Capítulo 2. Porque contribuye a alguna causa humanitaria

Capítulo 3. Porque no le importa ir al súper

Capítulo 4. Porque siempre se acuerda de las fechas clave

Capítulo 5. Porque le gustan los animales

Capítulo 6. Porque es capaz de escuchar sin juzgar

Capítulo 7. Porque está como un tren, le gustan los animales, sabe escuchar, participa en alguna causa humanitaria y llora con las películas románticas... pero ¿existen?

Capítulo 8. Porque es un fuera de serie en la cama

Capítulo 9. Porque aguanta a tu familia

Capítulo 10. Porque nunca olvida tirar la basura

Capítulo 11. Porque sabe perdonar

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ebony Clark

Créditos